Sublunar

Sublunar

Entre el kirchnerismo y la revolución

Javier Trímboli

Cuarenta **Ríos**

Trímboli, Javier
Sublunar : entre el kirchnerismo y la revolución /
Javier Trímboli ; prólogo de Jens Andermann. -
1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Las Cuarenta ;
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El río sin orillas, 2017.
168 p. ; 21 x 14 cm. - (Cuarenta ríos ; 3)

ISBN 978-987-1501-89-2

1. Historia Política Argentina. I. Andermann, Jens, prolog.
II. Título.
CDD 320.0982

Diseño de tapa y diagramación interior: Cuarenta Ríos

Sublunar
Entre el kirchnerismo y la revolución
Javier Trímboli
© Cuarenta Ríos, 2017
Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Primera edición
ISBN 978-987-1501-89-2

Esta publicación no puede ser reproducida en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del editor.

Hecho el depósito que previene la Ley 11.723
Derechos reservados

Índice

Prólogo

Las lentes del historiador. Jens Andermann (9)

Sublunar

Entre el kirchnerismo y la revolución (15)

Notas (165)

Prólogo

Las lentes del historiador

¿Cómo prologar un libro que pareciera ser más bien de epílogo, sino de epitafio o de elegía? A primera vista al menos, un texto como *Sublunar. Entre el kirchnerismo y la revolución* podría confundirse con alguna de esas variantes de canto fúnebre. Pero apenas nos sumergimos en sus páginas, vemos que es otro su ritmo: ante la recriminación, repetida hasta el cansancio desde las fatídicas jornadas electorales de 2015, de 'habernos quedado en el pasado', Javier Trímboli redobla la respuesta y enfila hacia más atrás todavía. No al pasado épico, luminoso, que escribieron a lo largo de la década kirchnerista esos nombres que se fueron tornando baluartes del nuevo santuario patrio: La Cámpora, La Vallese, La Jauretche, La Dorrego, La Juana Azurduy... No. Nos convoca a ese otro pasado más opaco, más de claroscuros, que media, en la Argentina, entre las elecciones de 1983 y las de 2003 (precedidas por el *interregnum* duhaldista entre la masacre del 20 de diciembre de 2001 y la del 26 de junio de 2002). Vuelve, insistentemente, a ese lapso gris y viscoso, 'otro orden de cosas' cuya emergencia la novela homónima de Fogwill narra con habitual precisión y crueldad, 'demoliciones' incluidas.

Entre el kirchnerismo y la revolución, entonces, pero 'entre' en sentido temporal, retrospectivo, sintagmático antes que paradigmático: lo que nos propone este libro es, efectivamente, volver al pasado. Demorarnos ahí un rato más, plantearle inte-

rrogantes a un tiempo que coincide en gran medida con la biografía política de quienes, en la Argentina como en otra parte, ya solo alcanzamos a 'andar en la revolución' (Fogwill) en los años, sino meses, que luego resultaron ser los últimos estertores de su agonía. '¿Qué fue esto que hicimos?', la pregunta que recorre el libro, remite, pues, a ese tiempo que midió entre kirchnerismo y revolución, o más bien entre revolución y kirchnerismo. Pero también, y crucialmente, a un tiempo en que se formaron las subjetividades políticas que, sugiere Trímboli, el kirchnerismo trató de leer (y de interpelar) a través del prisma de 2001. Es ésta, me parece, una de sus propuestas más originales y audaces: tomar al kirchnerismo como un intento de 'volver a la historia' tras el supuesto fin de ésta; literalmente, como proyecto no menos conciente por vacilante, de recomponer lenguajes políticos y marcos de disputa apelando a la historicidad vital de los sujetos a quienes congregaba bajo su ala. Y de ahí, de la constatación de que el propio kirchnerismo aspiraba a constituirse de algún modo como lección de historia (aspiración que, más que cualquier 'lógica instrumental', motivaba también su compromiso con las 'políticas de la memoria' y su apuesta, única en el contexto latinoamericano, por la especularización dramática del Bicentenario en clave neovanguardista), la idea de que su balance crítico debe ser asimismo, y ante todo, de carácter historiográfico: una vuelta al archivo.

Volver al archivo, se sabe, es la forma crítica por excelencia de cualquier pensamiento histórico que merezca ese nombre. Pero dentro de ese volver, como nos recuerda Derrida en *Mal de archivo*, hay dos tendencias o modalidades en tensión: una, de carácter ontológico, hurga en el archivo en busca de comienzos (*commencements*); la otra, nomológica, de órdenes (*commandements*). En tanto escena original de la puesta en orden del acontecimiento, de su *legalización*, el archivo es también constitutivamente *anárquico* –es un aparato de destrucción

sistemática del *arkhé* orginario– pero también es recién a partir de ese acto legalizador que se instituye la *legibilidad* del acontecimiento en cuanto tal. El archivo, en otras palabras (provenientes del léxico foucaultiano más que el derridiano), puede ser abarcado a partir del *documento* –del comienzo transformado en prueba, en evidencia sometida enseguida al 'juicio de la historia'– o puede interrogarse en la clave de su *monumentalidad*, es decir a partir de aquello que excede al orden documental por la singularidad o la polisemia de su signo.

Tal vez el empobrecimiento que ha sufrido, de treinta o cuarenta años a esa parte, el discurso historiográfico en la Argentina, tenga que ver también (más allá de talentos e inquietudes individuales) con su inclinación hacia una mera nomología del archivo, más grave y severa en su discurso cuanto más olvidadiza de su carácter de opción crítica entre otras. De ahí, me parece, no es un logro menor del libro de Trímboli el haber restituído al archivo su tensión fundante, su agonalidad, deshilvanando tramas y series en función de devolverles a los acontecimientos y a los cuerpos que en ellos convergieron, algo de su radical potencialidad. Hace falta mucho valor para entrarle por ese lado al archivo, el de la monumentalidad: más que esgrimir la credencial de prensa o directamente la del fiscal o el policía como suelen hacerlo quienes acuden al archivo en representación del *nomos*, en cuanto base documental, para acceder a su dimensión monumental hay que poner el cuerpo (David Viñas *dixit*), dejar a la vista las tramas afectivas en las cuales éste se forjó, y con quiénes. Saltar a los fondos del archivo sin el riguroso kit de buceo de la disciplina a mano. Elegir un poco al voleo las citas, porque el tiempo aprieta, evaluándolas del mismo modo en que practicaban la crítica literaria Silvio Astier y sus socios del club de ladrones en la biblioteca escolar, llevándose todo lo que pueda servir.

De ahí que la primera persona –la del plural y la del singular– es aquí todo lo contrario de un tic o un manierismo posmo: es la condición misma del enunciado, en cuanto se coloca del mismo lado de quienes apostaron –apostamos– por esa posibilidad de que la historia volviera a atravesarnos y a proveer otra vez el escenario de nuestra subjetivación (esto es: nuestro límite, claro, pero también nuestra potencialidad). Es decir: que las temporalidades de unas vidas y unos cuerpos pudieran confluir efectivamente en un enunciado compartido, una primera persona ya no solo del singular sino del plural, y no apenas como proyección nostálgica o utópica hacia alguna Edad Dorada pasada o futura sino, como escribe Trímboli, por una vez 'contentos con estar clavados en el presente' por más que se lo sospechara de escasa duración. Al mismo tiempo, sin embargo el texto desconfía ya de entrada de esa felicidad 'clavada en el presente' y se coloca también en exterioridad crítica respecto de ella. Escribe la primera persona del plural solo para enseguida producir una torsión a su interior, de la cual se desprenden una primera y una tercera persona del singular. El texto sostiene así, y es sostenido por, una tensión de la que ese vaivén proposicional no es sino el signo exterior. Responde a una pregunta, epocal si se quiere, por cómo concebir una historia a la cual, de repente, no solo estuvimos sujetos sino que también nos tuvo, al menos por momentos y en diverso grado, como actores, como sujetos activos ('¿Hay una historia?' comienza preguntando el narrador de *Respiración artificial*, inmediatamente después del epígrafe de T. S. Eliot que rescata de ahí *Sublunar*).

Si el archivo es, entonces, el *medio* propio de ese sujeto escindido (ya que es respecto del archivo que se puede formular una pregunta referida a sus dos modalidades, la del acontecimiento y la del orden: pregunta que es la propia de una historia concebida como crítica de sí misma), su *modo* de expresión solo puede ser la del ensayo, entendido con Adorno como un borde

experimental entre la literatura y la ciencia. El ensayo, afirma Adorno, es aquella forma de escritura que elude la división de trabajo entre el conocimiento categórico y la verdad estética, o más bien la que soporta y cataliza la tensión que se abre entre ambos. El ensayo es un modo *suplementario* de escritura que, como decía Lukács, 'se monta sobre algo ya escrito', des- y re-ensamblándolo a fin de hacer aparecer en esa materia verbal e imagética unas *constelaciones* contingentes y discontinuas – campos de fuerza que, oscuramente, subyacen a las sedimentaciones de palabras y de símbolos del proceso cultural y que recién el método refractario del ensayista torna visibles. El ensayo no es otra cosa que ese dispositivo de refracción, construido ad-hoc y a partir de trozos y pedazos a través de los cuales capta y redirige los rayos de una estrella imposible de mirar en forma directa: 'El ensayo debe hacer resplandecer en un trazo o un hallazgo singular a la totalidad, pero sin reclamar su presencia' (Adorno). El ensayo histórico es un dispositivo óptico puesto a trabajar en el medio del archivo.

Refractar, iluminar, reflejar: operaciones lumínicas que, lo sabe cualquier fotógrafo, inciden sobre el tamaño y la apariencia de las cosas. Nada más urgente, podríamos pensar, en ese instante de amenaza que pende sobre nuestras cabezas. En *El congreso de literatura*, César Aira hace inventar al científico loco homónimo que protagoniza la novela, un dispositivo teatral, el Exoscopio, 'máquina soltera' que (no se nos explica muy bien cómo) funciona también como antídoto de 'la clonación', esto es, del desdoblamiento y la proliferación que son propias de la invención literaria. Es gracias a ese artilugio, precisamente, que 'Aira', al final de la novela, consigue contener el desborde del delirio ficcional (los monstruosos gusanos de seda, clonados por error de la corbata de Carlos Fuentes, que se abalanzan sobre la ciudad colombiana de Mérida) al 'reabsorberlo en su reflejo en el vidrio'. Por cierto, sería excesivamente optimista

esperar de las lentes del historiador, del dispositivo óptico que éste dirige hacia el pasado que resguarda el archivo, la misma hazaña del Exoscopio aireano: captar y vencer a la amenaza a través de la imaginación, del reflejo. Pero algo del orden del juego lumínico y de la proyección, quisiera pensar, también está operando en este libro de Javier Trímboli, tal vez incluso en dirección inversa al artefacto de Aira: captando y amplificando hacia delante los débiles reflejos que recoge del pasado reciente.

Sublunar

Entre el kirchnerismo y la revolución

Como leímos en *Respiración artificial*:
"We had the experience but missed the meaning,
an approach to the meaning restores the experience. T.S.E."

1. Con la pretensión de medir mejor lo que había vivido la Argentina durante los diez años previos, el tan mentado número de la revista *Contorno* posterior al golpe de Estado del 16 de septiembre de 1955 hace de la relación entre el peronismo y la revolución uno de sus temas principales. Vale recordar, por las dudas: es antes de Cuba, o sea, aún sin que se perciba con nitidez que la "toma del cielo por asalto" era algo que podía ocurrir acá no más; demasiada nitidez quizás, cegadora, pero éste es otro tema. Recién arrancada la "justificación" del peronismo que en esas páginas publicadas en julio de 1956 escribe Juan José Sebreli se lee: "Para un proletariado andrajoso, sin medios de acción directa –huelgas, agitación, etc.– la solución de sus problemas no será ya ese lento y paciente trabajo a realizarse en la historia que es la revolución, sino la absurda generosidad de la magia que cumple inmediatamente, y sin esfuerzo, los deseos más descabellados". Casi a renglón seguido se entusiasma y mucho con esos deseos, hasta concluir que si en efecto el peronismo no fue la revolución, sí fue su "propedéutica". Según Halperin Donghi, en el escrito que fue su colaboración para ese número de *Contorno* y del que sólo se suele repetir su slogan fácil –el peronismo fue "el fascismo posible" para la Argentina de posguerra–, no se trató de una cosa ni de otra y añade que las masas que a él adhirieron no sólo carecieron de conciencia re-

volucionaria, sino que tampoco se vieron asistidas por una ferocidad que, aunque algunos denunciaron, estuvo lejos de ser tal. Si un rasgo las distinguió fue su pronta satisfacción, ya que con poco se contentaron. "Creían candorosamente que las jubilaciones y las licencias por enfermedad eran ya la revolución social." Para uno y para otro es en el sustrato cultural de lo acontecido donde reside su mayor radicalidad. Irreverencia plebeya que no reconoce el valor de las formas republicanas, tampoco se inclina, modosa, ante los padres de la modernidad argentina. Es lo que a Sebreli lo lleva a pensar en la iniciación de un camino revolucionario y a Halperin lo convence definitivamente de que es imposible que sus inquietudes políticas, que se preocupa por mostrar que son también las de una fracción de su clase –la media–, encuentren un punto de contacto con el peronismo. Es verdad, también Sebreli pertenece a la misma clase pero poco menos que la aborrece y suma puntos para que, de ser posible, lo declaren persona no grata. En la nueva coyuntura Martínez Estrada conferenciaba a teatro lleno y en enero de 1956, de un tirón según indica, escribe *¿Qué es esto?* El manoseo que ha sufrido la palabra revolución –también por los seguidores de Perón–, lo lleva a distinguir sobre lo distinguido hasta, sino concluir, afirmar con algo más de vehemencia que Perón fue "un servidor de las contrarrevoluciones", en tanto consolidó "el espíritu más retrógrado de nuestras 'instituciones democráticas'". Mezcla de Al Capone y Juan Moreira fue el peronismo, pero de masas.[1] Sin embargo, a borbotones y casi a continuación, listo para ser transvalorado si a alguien le hubiera interesado hacerlo atendiendo a su libro, añade: "Perón ha encendido en la chusma, que él llamaba 'los descamisados' y que algunos tontos y necios confundieron con el proletariado, un orgullo de clase dominante. Si el socialismo marxista hubiera triunfado realmente en cualquier parte del mundo, el estado de ánimo ensoberbecido del obrero y del campesino habría

sido el mismo de las chusmas peronizadas". Ismael Viñas: "Perón encauzó una eventual revolución y la transformó en una gran pieza teatral, casi farsa, casi tragedia dionisíaca". Más de un artículo de la revista conversa y cuestiona la interpretación de Borges en *Sur*, en su número 237, de un par de meses después de la Libertadora, ella sí en el centro de la escena. (Se ha dicho que el número 7/8 de *Contorno* es el reverso del de *Sur*. Mientras que en la publicación de Victoria Ocampo al peronismo se lo mide con la vara de la libertad y el resultado es bochornoso, la revolución –también la izquierda– es la piedra de toque del peronismo en la revista que nuclea a una nueva generación intelectual; pero aquí la cuestión, es lo que estamos planteando, queda sin solucionar, indecisa, un problema. Lo que es seguro es que la izquierda no sale indemne de la prueba). También para unos y para otro, para *Contorno* por entero, la revolución estaba en el futuro, esperándolos más allá del peronismo que lucía como una pieza concluida, "un fruto estéril" escribe Halperin, de muy dudosa vida política. "Sé que llegaré a ver la revolución, el salto temido/ y acariciado, golpeando a la puerta de la desidia": versos de Francisco Paco Urondo –"La pura verdad"–, a más tardar de 1965, rodeados de otros que recogen la volatilidad de una situación que, en lo personal y en relación con la vida social, está abierta. Mientras que para todo lo demás hay dudas, la revolución es un dato inconmovible. Recién queda atrás su participación en el gobierno de Santa Fe con el frondicismo; ni la lucha armada ni el peronismo se adivinan próximos. Pero en el reportaje que en 1971, sin que quede escrito su nombre, Urondo le hace a Carlos Olmedo, uno de los fundadores de las FAR, el peronismo es la expresión cierta de la conciencia de clase de los trabajadores, forjada en la lucha contra sus opresores, el vehículo ineludible de la revolución en la Argentina. A tal "lección" llegan al evaluar la "derrota política y militar" del Che Guevara en Bolivia; atrapados en ese mo-

mento de "reflujo y amargura" comprenden que si siguen por el camino del foco revolucionario, si no registran plenamente "la formación social específica", lo nacional ya se decía, corren el riesgo de convertirse en "una pequeña patrulla extraviada en el espacio de la lucha de clases". La reconsideración táctica anuncia de todos modos "una victoria política mediata". Con cuidado de no mellar el respeto por el caído en La Higuera, René Zavaleta Mercado había propuesto poco antes un balance en la misma línea: "la guerrilla está alucinada con la propia grandeza de su misión", lo que la lleva a desdeñar la historia de Bolivia, la particular posición de sus campesinos en las tierras orientales, sus organizaciones sindicales, incluso la naturaleza misma. Del Movimiento Nacionalista Revolucionario que por esas mismas sierras y quebradas había dado batalla no tantos años atrás no tiene ni le interesa tener dato, aunque en su llegada al poder haya habido de por medio una "insurrección obrera triunfante", quizás la única que hubo en América Latina y que sólo guarda parentesco con el 17 de octubre de 1945. Añadamos que si hay un fondo teórico-político del que se recorta lo que sacude a Bolivia desde que en el año 2000 se desató la "guerra del agua", en él es principal el pensamiento de Zavaleta Mercado. Sigue: la "pureza" que encarna el foco no quiere entremezclarse con todo eso. A ese camino hay que escaparle. La discusión que entabla el dirigente de las FAR con las lecturas más clásicas del marxismo se deja acompañar con declaraciones de Perón a favor del socialismo como meta de los "pueblos del Tercer Mundo". Ya que estamos con Perón: mientras que el número 7/8 de *Contorno* circulaba entre pocas manos, desde su exilio que recién comenzaba en Caracas, le escribía a John W. Cooke, su delegado: "A ellos –a los conservadores y reaccionarios– los colgaremos nosotros a corto plazo o los colgarán los comunistas a largo plazo: ellos pueden elegir, eso sí, el árbol y la piola." Recomendaba ejercer la resistencia que no ofrezca blan-

co al enemigo y se disemine en miles de "acciones depredatorias". "Si bien el ideal es una fuerza poderosa que da continuidad en el esfuerzo, el odio no lo es menos porque asegura intensidad al mismo. Precisamente lo que nos faltó a nosotros fue el odio pero ahora lo tenemos 'por toneladas'". Metódico e inmerso en un trajín sin pausa para que le obedecieran, Cooke tiene la cabeza puesta en preparar la "huelga general revolucionaria". Y definitiva, agrega.

2. Con buen tino, durante los años del kirchnerismo en el gobierno nacional a nadie se le ocurrió hablar de revolución. Ni acompañada por el peronismo ni sola se constituyó en marco orientativo o de referencia, que sirviera para evaluar lo que se estaba haciendo. Asunto del pasado, al que cada vez que se lo mentaba –y eso sí se hizo seguido–, se lo degradaba. Esto último, se entiende, corría por cuenta de quienes desde la izquierda apuntaban contra el kirchnerismo. Un antiguo camarada vuelto hombre de alta responsabilidad en la gestión macrista argumenta que los que están pasándola mal son quienes creen que el kirchnerismo hizo una revolución, por lo tanto piensan que desde el 10 de diciembre viven una contrarrevolución. No sólo faltaron reflejos para ensayar una respuesta, me refiero a quienes lo escuchamos, era más que eso. El capitalismo triunfó –continúa–, es lo único que hay, sólo resta encontrar la forma de vivir sin demonizarnos ni matarnos a palos, con respeto, cosa que no se hizo durante el kirchnerismo. Pero objetivemos un poco, eso no fue más que una conversación en un despacho de una empresa del Estado, primeros días de enero de 2016 y con frío de aire acondicionado. Desde las páginas del diario *La Nación*, las mismas de siempre, aunque también desde su *home*, entrando por la pestaña del suplemento "Ideas", nos lanzan a la cara, haciendo uso de Vladimir Maiacovski, un "mazazo per-

turbadoramente actual". Se publicó el domingo 7 de febrero pero quedará allí colgada por un tiempo difícil de determinar. Podría no haber sido más que una reseña más o menos olvidable sobre el librito coqueto que recoge las notas de viaje de 1925 del poeta futurista y revolucionario soviético, pero la periodista que firma quiere dar un paso más, su modesta contribución a la causa. No importa entonces lo mucho que Maiacovski pretenda zamarrear a New York y al capitalismo, que ése y no otro sea su blanco, la nota enfatiza y hace suyas estas otras palabras escritas en ruso casi un siglo atrás: "Para los mexicanos [revolucionario] no sólo es quien entiende o presiente los siglos venideros, lucha por ellos y lleva a la humanidad hacia el futuro; el revolucionario mexicano es cualquiera que derroque el poder con armas en la mano, no importa de qué poder se trate. Y como en México cualquiera ha derrocado, está derrocando o quiere derrocar a algún poder, todos son revolucionarios. Por eso esta palabra en México carece de sentido, y si aparece en el periódico en relación con la vida sudamericana hay que investigar e indagar más". El cachivache que ustedes hicieron –se nos quiere hacer ver– no fue una revolución, adolecen del mismo mal que los mexicanos, trafican impurezas. En los últimos días del diciembre en cuestión destacaron por varias horas la foto trucada del Chapo Guzmán y Aníbal Fernández, marchando presos en el asiento trasero de un patrullero. Esperen: nunca nos atribuimos tal cosa, incluso nos percibimos en falta, de poca monta en relación con tamaña palabra y su historia siempre heroica. Como desde un vamos supimos que lo que estábamos haciendo no iba a "merecer sin sonrojo el nombre glorioso de Revolución" –así decían los camaradas guatemaltecos hacia 1945, exigiéndose, cuando arrancaba el proceso político que terminaría con la intervención norteamericana en el derrocamiento de Jacobo Arbenz–, nos mortificamos por otras cosas pero no por ésta. Si detectaron algún

escrito o declaración de especial tono encendido, o si lo sospechan a través de otro tipo de indicio, háganlo llegar que nos vendría bien.[2] Dicho todo esto, estamos en condiciones de que se entienda que si nos interesa arrancar por este lado –revolución y peronismo– es porque una franja que adhirió al kirchnerismo provino de una parcialidad significativa de quienes se habían encontrado, más cerca o más lejos en el tiempo, bajo el signo de la revolución. Digámoslo así, por empezar, aunque no nos convenza del todo la figura, "bajo el signo...", por su relativa vaguedad, por el tono que parece impropio. Una franja sin duda menor en términos de votos, no así en su incidencia en la "cultura", en la inspiración de algunas políticas y a la hora de aportar cuadros –o personal– para la gestión; desde ya en la militancia y en la producción de "opinión" favorable, en el entusiasmo. Algunos de quienes integraron esta pequeña multitud habían tenido distintos niveles de participación y con banderas variadas en el momento de su más poderosa influencia y cuando se creyó inminente, en los últimos sesenta y primeros setenta, padeciendo luego la represión y el terrorismo de Estado. Otros, levantemos la mano, conocieron su peso en los años de la acotada "primavera democrática", entremezclado con la demandas de los organismos de derechos humanos y haciéndole lugar a motivos que hasta poco tiempo atrás habían sido contraculturales y que estaban en camino de tener una más amplia aceptación por el mercado, deglutidos. Algún malintencionado podría decír que, sin beberla ni comerla, nos habíamos hecho parte de la "alucinación dispersa en agonía", título de un artículo de Beatriz Sarlo de agosto de 1984, que busca dar nombre a lo que sobrevive del "delirio colectivo de la primera mitad de los años setenta." La mutación política ocurrida, aquí y allá, en los alrededores de 1989 y que implicó tanto a la revolución como al peronismo, privó aún más de su lengua ya tartamuda a la resistencia social que se avivó poco después contra las

políticas neoliberales. No obstante, la revolución –nunca antes tan burlada, escarnecida, también ternurizada– se dejaba ver en incrustaciones, en referencias icónicas, también en algunas prácticas organizativas, una vez más en lecturas que seguían subyugando. Vuelta otra cosa, en el zapatismo que avivó interés en muchos, en especial en varios que pronto serían referentes de movimientos sociales. ("Hay que seguir con atención el fenómeno zapatista porque allí puede estar surgiendo una nueva imagen de la revolución, como un proceso de la sociedad civil", palabras de un "amigo cubano" -sociólogo y militante comunista- que se recojen en un artículo de la revista *La Escena Contemporánea* de junio de 2001). Aunque había sorpresa y una pizca de temor en la detección que hacía la revista *Punto de Vista* en 1997 de emergentes "setentistas", propios de la época en que "la política era joven" –la película *Cazadores de Utopías*, *La Voluntad* o *El presidente que no fue*–, la revolución era algo que casi exclusivamente se miraba por el espejo retrovisor. Tics remotos, picazón sin cuerpo. Porque el pasado era su territorio si sólo se la aceptaba ver diáfana y munida de densidad teórica, para añorarla o denostarla, pues en el presente era sólo caída, roña. "En un momento dado, mucho más fuerte y positiva de las manifestaciones pacíficas (sic) es un tiro bien dado a quien se le debe dar." Recoge esta oración Emilio De Ipola, de un artículo sobre el Che y los moderados, en una revista -"Huevos para cambiar la historia"-, que le dan por esos días de 1997 en el hall de entrada de la Facultad de Sociales, en la UBA. Lo vuelca en un artículo que se diferencia ostensiblemente en el mismo número -es el 58-, pues se pregunta por el significado de estos "anacronismos", también por su simpleza. En la novela que fue casi un emblema de Andrés Rivera, *La revolución es un sueño eterno* (1987), la melancolía y el desprecio ante una sociedad que le daba la espalda a los revolucionarios –de 1810, a los bolcheviques genuinos de 1917 y, se desprendía fácil, también

a los de la última oleada– impedía cualquier tipo de entusiasmo. Todo sumado al equívoco del título en el que la "utopía" a la que se pudo creer aludía el "sueño" en cuestión, en tanto "eterno" también refería a la muerte. "¿Qué nos faltó para que la utopía venciera a la realidad? ¿Qué derrotó a la utopía? ¿Por qué, con la suficiencia pedante de los conversos, muchos de los que estuvieron de nuestro lado en los días de mayo, traicionan la utopía?". Paréntesis: dos epígrafes introducen a la novela, es decir, a Castelli enfermo haciendo balance de lo actuado desde mayo de 1810, dos epígrafes que buscan resolver terminantemente la cuestión del peronismo y la revolución. Mientras que en el primero se lee, es letra de Perón rumbo al exilio, que al "cambiar de camino" y mirar hacia atrás para ver que dejaba a sus espaldas, "todo parecía irreal", el segundo es de Lenin y lo fulmina: "Todo es irreal menos la revolución". Se cierra. Durante los años del kirchnerismo se dejó de hablar de utopía, asunto que en los noventa fue poco menos que contraseña entre muchos que habían quedado, vidriosos, bajo el signo que nos ocupa. Cuando lo percibimos, algunos celebramos su silenciamiento, de callado porque no merecía tanto y también porque estábamos ocupados en otra cosa. En su edición del lunes 28 de diciembre de 2015, ingresando rápido en la coyuntura que hoy nos aprieta, *Pagina/12* titula "No hay faja de clausura para las utopías", palabras del discurso de Sabbatella en un acto convocado en Parque Saavedra por *678*, el programa emitido por Televisión Pública desde 2008, a punto de ser levantado por esos días y en búsqueda que no prosperó de otra pantalla. Nuevamente el suplemento "Ideas": en la edición dedicada al Bicentenario de la independencia, uno de los textos principales sólo se distingue de los que Natalio Botana publicó en medios amigos, en *La Nación* también, entre 1979 y 1980, por el uso de la palabrita en cuestión. Lo de Roca fue la "utopía del progreso"; en las páginas que siguen, y no son muchas, se men-

ciona también a la "utopía de la democracia", a la "utopía católica", a la "utopía de amplio espectro" del peronismo y al "ardor utópico" de los intelectuales. El diario que prueba sin pausa cuánto espacio hay para la revancha, que nos arrincona junto con la delincuencia[3] y que por esos días clama por la vuelta de los desfiles militares al centro de la escena –cosa que obtiene con creces–, también le hace un lugar a la reaparición de esa figura ideal para que se monte sobre el pasado, sobre el presente y el futuro. En honor a la veneración por las ideas que el liberalismo argentino supo conjugar con su gusto, algo vergonzoso, por el poder. Agradecida *La Nación* por las firmas que se disuelven de algunos que en su momento estuvieron ligados al signo de la revolución. Nos gustaría decir que sin estar realmente convencidos, a la espera de que se les tienda el puente de plata para alcanzar la anhelada respetabilidad social. Por eso no hizo falta que les pagaran la colaboración. Pero no, no es seguro que sea así.

3. Si la atención de los afluentes que, desde los años finales de la dictadura, llegaron a la militancia bajo el signo –vuelto tenue, también opaco– de la revolución, se dirigió casi inexorablemente a ese núcleo de experiencia social y política que se dio entre el Cordobazo –ese "destello luminoso" dice Carlos Olmedo en el reportaje– y la vuelta de Perón, no faltaba mucho para que se advirtiera que todo eso había terminado mal, como lo habían hecho algunos antes de morir y los sobrevivientes de esa situación. En derrota se empezó a decir en un momento. Cada contingente que se incorpora a la vida pública y se ve atrapado por la revolución, desconoce la derrota hasta que tropieza con ella y por un rato, que puede ser más o menos largo, se le transforma en obsesión. Desinflado el entusiasmo primero, los escollos de todo tipo que encuentra la nueva mili-

tancia en su tarea cotidiana llevan a reafirmar los efectos feroces de ese final así como a enaltecer más y más lo que lo había precedido. Cumbre y caída, o al revés. ¿Qué se hace cuando finalmente se toma conciencia –permítanme ponerlo con esas palabras– de la derrota, cuando no queda más que aceptarla? En su ritualización progresiva, pero nunca del todo clausurada, cada 24 de marzo en su filigrana hablaba y sigue hablando tanto de una cosa como de otra –de la cumbre y de la caída–, y ofrece una de las respuestas. Es su núcleo. Nada más lejos, entonces, que una historia lineal, de pura presencia de los "revolucionarios" en continuidad sin falla. Lo que sobrevino una y otra vez –y nunca fue un trámite indoloro– fue el reconocimiento de la eficacia de las clases dominantes y de la sociedad para defenderse de los intentos de trastocarla tal como creía posible hacerlo esa "pasión revolucionaria" que el historiador francés Francois Furet no se avergüenza en llamar así en 1995 porque, luego de que fuera también suya, la detesta. Durante siete inolvidables años la abrazó, pero en su caso no hubo peligro ni derrota cercana, tan sólo el descubrimiento en 1956 de que la URSS no plasmaba el ideal tal como se lo había soñado. Va otra toma de distancia, sin tanto énfasis y envuelta en nuestra vida política menuda y postdictatorial: José Aricó, en una entrevista de marzo de 1984, en la revista *El Porteño*, después de mostrar su preocupación porque la inusitada adhesión multitudinaria a la democracia fuera sobre todo un resultado de la "derrota" –sospecha insinceridad, afecto por conveniencia–, concluía: "Hoy sabemos que nos enfrentamos a un mundo muy difícil de torcer en sus determinaciones fundamentales". No tenía por qué conocer Aricó la estrofa que le habían sumado los camaradas húngaros a su versión de la Internacional, pero a quien también había sido comunista le sobraban ejemplos parecidísimos: "Levantaremos de su eje al globo, / no somos nada, lo seremos todo." De la levedad de la materia a la fi-

jeza de las determinaciones. A propósito de la democracia, José Pablo Feinmann no le responde directamente a Aricó pero más o menos, mismo mes y año: "Porque si hay algo que debe quedar en claro desde el inicio es esto: la democracia sirve para la liberación nacional o no sirve para nada". En *Humor* y es una nota bien simpática con Alfonsín que transitaba los celebrados "cien días de democracia" que, decía Fogwill, "no conmovieron a nadie". Aun cuando resultara exasperante la observación de Aricó que era parte del esfuerzo por alejarse del signo de la revolución para involucrarse en la tarea de apuntalar al "sistema democrático", desde distintos caminos y con tiempos desiguales se llegaba a conclusiones como ésta. Del "puñado de sobrevivientes" con los que conversa Fabián Polosecki, Polo, en *El otro lado* que se emitía por ATC en 1993 y 1994, Emilio Pérsico es quien tuvo mayores responsabilidades políticas en los primeros setenta. "Ex guerrilleros" se llama el capítulo. La cámara lo registra atendiendo una frutería en La Plata, después lo acompaña hasta un vivero en las afueras de la ciudad. Dice: "No creo que hoy estemos en condiciones de dar una batalla política contra este sistema. No, no. Nos gana. Ya está. Creo que vamos a ir dando pequeñas batallas de resistencia en lo humano, en lo ideológico, en algunos puntos. Recordaremos la historia...". Volviendo a la efusión de los primerísimos años que siguieron a la caída de la dictadura, digamos que lo de Feinmann queda como una bravuconeada sin mayores consecuencias. Fogwill al poco tiempo parece cansarse de su beligerancia antialfonsinista, de mostrar y repetir que no hay más que "continuismo" con la dictadura. Pero para quienes hace apenas unos años habíamos ingresado en el disminuido cuadrante en cuestión, funcionó un rato más, una cuestión de tiempos desarticulados. Por ejemplo: vuelve a ser editada la revista *Crisis* en 1986 y cuando los que sólo la conocíamos de mentas tenemos en nuestras manos su número de mayo –el segundo de la nueva etapa pero

lleva el número 42, como si se pasara por alto la discontinuidad y la huella en la que se sigue fuera la misma–, leemos con atención la entrevista a Tomás Borge y a lo sumo leemos el copete del artículo de Nicolás Casullo. Aunque el título sea "Civilizar a la burguesía", el comandante de la revolución nicaragüense señala que "para amar a los burgueses, hay que liquidarlos como burgueses. Suprimir a la burguesía como clase social en términos históricos". Subrayado en birome. El de Casullo, lo sabremos tiempo después, propone que la revolución es el "día excepcional, la jornada" y agrega, a la par, que eso "fue", conjugación del consabido verbo que en negrita resalta la revista o él mismo. "La totémica jornada que alimentó a generaciones, se disuelve en el maremágnum de una cultura de izquierda en crisis, y es suplantada por las imágenes de los lugares de resistencia y reencuentro". Estas dos últimas palabras, también en negrita, poco significaban para quienes nos habíamos metido en la trinchera una vez en derrumbe la dictadura y desdeñábamos cualquier argumento que quisiera disuadirnos de alcanzar la "totémica jornada", a la que ni ebrios ni dormidos se nos ocurría llamar así. Fundamental añadir que también variaba el ánimo que acompañaba a esas conclusiones, digamos, cuando el límite de "lo posible" se te metía en la cabeza y en las piernas. Resignado, gustoso, distraído, depresivo, maduro, odioso. De seguro que las más de las veces se dio con pocas palabras, apenas un repliegue que llevaba a dedicarse a otra cosa. ¿A la aventura de la democracia y sus instituciones? ¿A la "nueva utopía", que menciona Sarlo en el artículo del '84, "de una sociedad reflexiva y tolerante? Los menos. Más que fugas, adaptaciones que hasta exitosas hubo. Un minuto por favor. Cuenta Jorge Asís en un reportaje de 2008 que anda dando vueltas por la web, revista cultural venezolana: "Desde el ´73 yo había dejado la militancia de izquierda pero estaba ´enredado´ afectiva e ideológicamente en el universo de la izquierda". En esa posición alcanza a

ver que la apuesta política en curso va a terminar mal. No había que ser una luminaria, muchos perciben lo mismo, lo que varía es la decisión que se toma. Y en 1976 "me afeito, me pongo hasta más presentable". Se la ve difícil realmente, para colmo se llevan a quien, recalca, era su amigo, a Haroldo Conti; en las catacumbas se resguarda hasta que de casualidad se cruza en una oficina con un editor importante de *Clarín* que tiene debilidad por su escritura, por sus reventados, y quiere entonces darle una mano; empieza a publicar en ese diario pero con otro nombre, Oberdán Rocamora. Y con bastante suceso. "En ese momento, para mí era un laburo que me salvaba". (En un estudio de televisión –en el programa de Fantino y a mediados de 2016–, coincidieron Guillermo Moreno y Asís. Todo apunta al show: Moreno, que pasó de estar a punto de ser lapidado, a que por un momento se le abriera un lugar en la *troupe* de *freaks* del panelismo; Asís, que ya no incomoda a nadie. Lo quieren azuzar al secretario de Comercio durante la presidencia de Cristina Kirchner, por eso le preguntan su opinión sobre Asís. Recuerda muy bien y valora, algo por el estilo dice, a Oberdán Rocamora, el alivio que le daba en las épocas oscuras leer sus columnas. Con lo que hayan significado para Moreno esas épocas.[4] Cuando en el 2008, durante el conflicto con por la resolución 125, saltó a la celebridad, se escribió en los diarios que fue militante de la JUP, que durante la dictadura se guardó y puso una ferretería, para recién reaparecer después de Malvinas, en Intransigencia y Movilización de Vicente Saadi. Con halo acusatorio, desde ya, que suma desconfianza hacia el "apretador K". Seguro que se supo en peligro, con amigos que caían. Como Asís). De mucha utilidad sería contar con una casuística lo más completa posible al respecto. Aunque Asís haya sido el réprobo, la oveja negra –porque *Flores robadas en los jardines de Quilmes* fue best seller durante la dictadura, por su adhesión al menemismo–, poco a poco perdían razón de ser y más que

nada filo acusaciones como la de "quebrado", en boga entre la militancia cuando los desgajamientos empezaron, a mediados de los setenta y también en los ochenta, parecido pero no igual. En el mismo capítulo de *El otro lado*, dice una compañera que no suelta el cigarrillo y se fue de Montoneros en el '74: "Un proyecto quebrado significa gente quebrada. Nadie puede salir a defender un proyecto quebrado. Yo entiendo que puedan existir traidores en plena revolución pero no que alguien diga 'vos traicionás' desde un proyecto que está quebrado y hecho mierda desde arriba". Lo mismo la de "traidores" que, presente en la novela de Rivera –los que "traicionan la utopía" –, en el contraplano pretendía demarcar el espacio tan improbable como impotente de los moralmente victoriosos. Incomprensible se había vuelto la película de Raimundo Gleyzer –*Los traidores*– para quienes la vimos en algún cineclub a mediados de los noventa. Aunque esto, otra vez la desarticulación, no es igual ni para Juan Carlos Cena que la recomienda en mayo de 2001 ni, sobre todo, para los referentes del Movimiento de Trabajadores Desocupados, el MTD, de Almirante Brown, entre ellos para Mariano Pacheco que lo deja escrito y para Darío Santillán. La ven sin pestañear y anotan, porque significa por todos lados. Para dar fuerza a la idea de que la revolución de Mayo de 1810 fue "un acontecimiento que se desencadenó en el Río de la Plata, sin que existieran sujetos políticos o sociales que lo programaran o ejecutaran", Oscar Terán solía decir que a Mariano Moreno la revolución "le aconteció". Podía añadirse, cuando el ciclo se cerraba –el de un siglo que se había inaugurado con ella–, que tan sólo nos había abandonado. A otra cosa mariposa. O "¡cada araña por su hebra!", que así le hace decir Mariano Azuela a uno de sus personajes de *Los de abajo* de 1916, ante la derrota de Villa por las fuerzas de Obregón que, éste es otro problema, no dejan de expresar a la misma revolución.

4. Aunque relativamente nos desviemos, interesa seguir algunas pistas sobre la incorporación de la palabra "derrota" en la lengua de la revolución, por lo tanto también del pensamiento sobre ella. Rodolfo Walsh no la usa en la carta a la Junta (marzo de 1977). Pesan probablemente los efectos que quiere para esas páginas, pero hay también un diagnóstico que le cierra el paso: se lee en el anteúltimo párrafo que "los señores Comandantes en Jefe de las 3 Armas" se conducen "tras la ilusión de ganar una guerra que, aun si mataran al último guerrillero, no haría más que empezar de nuevas formas"; de seguido, enlaza la situación presente con "las causas que hace más de veinte años mueven la resistencia del pueblo argentino", es decir, con la resistencia peronista. No sería de poco interés precisar el motivo que lo lleva a no explicitar esto último, para dejarlo suspendido en un número, "más de veinte años". De seguro que en ese momento no había quien entre los posibles lectores de esas líneas no le adhiriera de inmediato el nombre político que le correspondía, pero con la reedición del libro en 1984 empujó a un tipo de lectura que se volvió dominante. Cívica, pasteurizada, de corderos valientes. Esto se encuentra más allá de las intenciones de Walsh, pero también es cierto que la carta poco menos que inaugura una retórica. Aunque permanezcan palabras de otra política (guerra, enemigo, guerrillero), es de una radical novedad. De otra manera: por una evaluación táctica que repercute en la escritura, se podría pensar que se cuela el "déficit de historicidad" que, en uno de los escritos críticos dirigidos a la conducción de Montoneros (enero de 1977), anota como una de las principales "falencias" de la organización. Se conocen más los pormenores de la revolución soviética, escribe y cuestiona, que las revolcadas de la historia argentina. Pero no termina de convencer porque el problema excede a la literalidad historicista. Ahora bien, volviendo a lo que nos interesa, no hay lugar para "derrota" porque está la guerra que no termina ni termina-

rá. En otro de esos papeles críticos de enero de 1977 aparece la derrota pero como "derrota militar", porque la guerra –en la "forma" en que la planteó "nuestro Partido"– está perdida. Si las masas no la asumen como propia es porque no ven posibilidades de triunfo en esa estrategia. Contra el "exitismo" de la conducción que habla del "fracaso total" de la política enemiga, Walsh llama a reconocer los importantes objetivos alcanzados por la Junta Militar. Pero, a la vez, afirma la existencia de otras "formas significativas de lucha", ubicadas en el desplazamiento desde la guerra a la "resistencia", cuyo "punto principal en su orden del día es la preservación de las fuerzas populares hasta que aparezca una nueva posibilidad de apostar al poder", punto que define como de "supervivencia". Esto también obtura la irrupción de la "derrota". Casi en paralelo y mucho más puntual, en una nota de 1977 sobre la novela *Los pasos previos* (1974) de Urondo, Ángel Rama escribe "derrota" pero de inmediato aclara que es de una "batalla", "(no de esta guerra)". La publica en Caracas y será prólogo para la reedición de la novela en Buenos Aires en 1999. Quiere evitar que la novela sea leída desde esa perspectiva, porque no sería más que la acumulación de signos que advertían sin éxito sobre una enorme equivocación. Rama no "puede acompañar" la decisión –la fatalidad– que arrastra a Urondo, pero añade que "tampoco se la puede combatir". Su muerte "en combate" nos coloca ante "la realidad de la guerra civil", burlando "todas las coartadas del espíritu liberal" que no sabe qué hacer ante semejante drama. Ahora bien, si la derrota se circunscribe a una batalla, no a la guerra, es porque, incluso con sus muchos errores, la incorporación de un "equipo intelectual latinoamericano" a la lucha revolucionaria –el tema de la novela–, probablemente sea "el anticipo de una nueva solidaridad humana". Le pone un manto de duda, delgado, a la necesidad de dar vuelta indefectiblemente la página; en eso aún cree Rama. Desde México y entre 1978 y 1981, Casullo

escribe un puñado de textos en los que la "derrota" es el punto de partida desde el que se piensa. "Derrota política de los proyectos de izquierda en la Argentina", anota por empezar, y ahí incluye al del peronismo que lo había encontrado entre sus militantes. En una breve página de diciembre de 1979 que presenta los textos críticos de Walsh a los que nos referíamos, Casullo señala que ellos aportan las claves para entender el "porqué de un proyecto político vencido", claves que definen "la derrota"; parece categórica, sin atenuantes, y queda escrita entre comillas. Sin forzar demasiado, agrega a los textos de Walsh la palabra que tanto nos revoloteará. Así los leímos cuando llegaron a nuestras manos, no antes de finales de 1986. Se enerva pero también se entusiasma Casullo al leer en los diarios que llegan a México palabras de Videla que, desde su condición de presidente, ponen al peronismo en la obligación de "adecuarse", abandonando su carácter "totalitario" y "personalista", si quiere integrarse al "régimen democrático". Dice en este otro artículo: "provenimos de un particular proceso de derrota (en el marco del fracaso del proyecto popular protagonizado por el Movimiento)". La declaración de Videla es de noviembre de 1979 y, aunque faltaría confirmarlo en hemeroteca, es altamente probable que sea otro pasaje de la conferencia de prensa que se volvió archicitada por el señalamiento del dictador de que "el desaparecido es una incógnita, no tiene entidad, no está ni vivo ni muerto". Trabaja Casullo con lo que reproducen los diarios –*Clarín*, *La Nación*, *La Prensa*–, habría que chequear si levantan algo sobre esto último, pero a él le interesa la inadecuación del peronismo, algo que entonces sigue vivo. En uno de los últimos: "Se viene de una categórica derrota que extinguió un proyecto aglutinante". Se puede notar una acentuación al pasar de la "izquierda" como la derrotada al "proyecto popular" y al "Movimiento". No obstante sea así, son intervenciones que se encuentran animadas por el papel que está jugando el

"sindicalismo peronista" en la lucha contra la dictadura, en desmedro de lo que pronosticaban las perspectivas de la izquierda. La relectura de las cartas de Cooke a Perón lo ayuda a sostener que el error mayúsculo del que se viene estuvo en la concepción que llevó a desplazar el conflicto real de clases, y que tiene siempre al Movimiento como la expresión de las mayorías populares –aún inconsciente, por momentos claudicante y negociador, torpe–, a favor de la organización revolucionaria, en su extremo del foco guerrillero. No se priva de señalar Casullo que el Cooke que realmente le interesa, el de la "concepción mucho más original y rica", es el de la resistencia, el previo a Cuba, cuando no despega el ojo del peronismo, cuando tensa pero no rompe la cuerda con el sindicalismo realmente existente. Se podría decir que es un pieza más en la búsqueda de la relación más eficaz entre la vanguardia y las masas, pero así nos privaríamos de apreciar el entusiasmo que lo envuelve, como si a través de Cooke hubiera descubierto algo fundamental que sin embargo ya se sabía, porque estaba ante los ojos de todos. Pues en esta reconsideración se descubre la posibilidad de salir de la "derrota", de articular desde el peronismo –el Movimiento con mayúsculas– el posicionamiento político correcto. Por lo tanto, no hay un corte definitivo, aunque la revolución quede en un tembladeral: "Si la idea de revolución aún significase algo, desde el único punto que todavía atesora sentido para nosotros, es desde nuestra decisión de volver a pensar otra vez la relación con lo generado y resguardado por el Movimiento popular argentino". La vuelta de página, abismal porque no conducía a ninguna otra segura, Casullo la condensa en una situación vivida en el año 1983, recordado esto en un escrito de mediados de 2002 en la revista *Confines*. Difícilmente la fecha podría ser otra. Es el acto de cierre de campaña del peronismo en la 9 de Julio, del que sobresaldrá durante largos días el cajón quemado por Herminio Iglesias. Recién vuelto del exilio, Casullo tiene

frescas en la memoria las imágenes de las grandes manifestaciones populares que se sucedieron entre la asunción de Cámpora y el "rodrigazo". Pero los cuerpos con los que se roza en esa tarde, sólo por la temperatura primaveral, de octubre de 1983 cargan con "la derrota lapidaria" que se les ha hecho carne. Ya no pobreza, miseria. Ninguna de las discusiones desveladas, ninguna de las relecturas sin aliento que buscaban las causas de los errores, estaba a la altura de ese friso de "vejeces prematuras", de "salud muerta". Y, como si no fuera suficiente, como un castigo, "una bandada de pibes menesterosos (...) mientras se cantaba la marcha partidaria arrojaron al suelo a una compañera de las época heroicas y le robaron hasta los zapatos, para esfumarse luego entre la muchedumbre". Estupefacto, sólo recoge comentarios que quieren enseñarle que los tiempos no son los de antes, que cambiaron indefectiblemente y hay que andar con cuidado. Está frente a la "evidencia plena sobre la inmensa *historia vencida*". Otra: Juan Gelman fecha sus poemas de *Si dulcemente* entre enero y marzo de 1980, en Roma. "Vamos a empezar otra vez / el enemigo / está claro y vamos a empezar otra vez / vamos a corregir los errores del alma/ sus malapenas / sus desastres/tantos compañeritos // derramados (...) otra vez vamos a empezar nosotros // contra la gran derrota de la mundo / compañeritos que no terminan / o / arden en la memoria como fuegos / otra vez/otra vez / otra vez". Quizás la convicción que exudan estos versos no sea más que una licencia que se le permite a la poesía, lo cierto es que en el libro de Roberto Mero *Conversaciones con Juan Gelman* se impone otro tono. Es una tontería lo anterior, lo de las licencias de la poesía: pasaron siete años, estamos en 1987, y los intentos de "empezar otra vez" fallaron casi de entrada. En un pasaje de la conversación Gelman dice: "Si me permitís, hoy la Argentina es un bosque en el que hay que pensar". No le gusta nada a Mero que repregunta y Gelman reafirma. "Contraderrota" que se lee grande en

la tapa del libro, a modo de subtítulo, y no es mucho más que una expresión de deseos; lo que sí crece en el texto es la "utopía". En primera instancia Mero la agita contra quienes se han sumado al "posibilismo"; Gelman se resiste, con los argumentos que trae de los setentas, los básicos de un lector del *Manifiesto Comunista*, pero también de lo que fue una apuesta política. Hasta que en un momento afloja y empieza a esgrimirla él también. Última emergencia que interesa marcar: entre septiembre y octubre de 2001, un integrante del Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano –no conocemos su nombre–, en conversación con el Colectivo Situaciones, pone como zócalo de su intervención a la "gran derrota ideológica" sufrida. No acentúa en el '76, como si se sobreentendiera que es imposible hablar de tal cosa sin remitir a esa fecha, pero también porque se trata de un tema más vasto y prolongado. La cuestión son los "destrozos" que hizo el capitalismo con sus promesas de "consumismo" y "tecnología", es la "gente" que está "reventada de la cabeza". "El lazo social está muy desintegrado: si vos sos desocupado y salís a cortar la ruta, el vecino que tiene que salir a trabajar te pisa con el auto". Pero una inflexión nueva se hace lugar cuando el compañero contrasta y dice que eso pasa en Buenos Aires –ahí, en Solano, entre Quilmes y Almirante Brown– y en las "grandes urbes", pero no en Mosconi. En la conversación no hace falta aclarar, no cabe duda que está muy presente entre ellos que en esa localidad de Salta unos meses atrás, en junio, se había producido un nuevo levantamiento de la serie que había arrancado en 1997. Piqueteros con el rostro cubierto; se habló mucho de francotiradores pero las fotos sólo registraron muchachos disparando piedras con gomeras. Entre tantísimas cosas pedían que no les saquen 400 planes Trabajar. La represión de la gendarmería mató a dos hombres pero se estaba ya en medio de otra cosa. Durante 2016, hoy también en 2017, nos vuelve a rondar la palabra. ¿Qué derrota es ésta?[5]

5. Recuperemos el hilo. Entre el inicio de la última dictadura y 1989 hubo autocríticas más o menos asordinadas o escandalosas, colectivas o individuales, también de pequeñas fracciones, bandas. Siempre entre el peronismo y la revolución, con su ir y venir desde los círculos intelectuales. No conducían a un mismo punto de llegada, lo que se destaca es el ejercicio en sí. Desviado, César Aira responde en los primeros meses de 1985 a la pregunta que formula la revista *El Porteño* sobre la utilidad y la existencia de los intelectuales. No era el ídolo literario que es hoy o que era hasta anteayer. Sencillamente los desconoce; habla sí de la "esterilidad" de la que se ve afectada la literatura y afirma que uno de los motivos que a ella conduce "está en la promoción que vienen haciendo los más respetados faros del establishment cultural (la revista *Punto de Vista* por ejemplo) de una postura autocrítica y de crítica de la autocrítica y de autocrítica de la crítica de la autocrítica". El primer número de la reaparecida *Crisis* tiene como una de sus notas de tapa "20 Políticos Argentinos: Autocrítica" y querrá que hablen de "desencuentros, incomprensión, sectarismos, componendas, canibalismos". Para Horacio González la renovación peronista existe como tal por la autocrítica, es el peronismo sometido a ese ejercicio, por eso se nutre de ex militantes devenidos asesores de imagen, encargados de regular las palabras de cada uno de los candidatos, al cuidado de evitar la contaminación con un pasado que, entienden, sólo concita repulsas. López Rega y Firmenich. Es una nota, también en *El Porteño*, de julio de 1987, es decir, después del levantamiento carapintada de Semana Santa. "Cualquier momento histórico retiene personas que vienen de una actuación eufórica en una etapa anterior. Pero expulsa también a los que no sueltan la brújula antigua, a los obstinados que se convierten en custodios del *panteón* que guarda lo que ya no se repetirá. Son los *irrecuperables* (...) En política, una parte de cada generación se queda sólo con sus

muertos y se declara *irrecuperable*". El problema que se deja ver en esas líneas es que la de los "irrecuperables" constituye una zona muy amplia, porque la renovación, en su voluntad de adaptarse a los tiempos de modernización, se desentiende de demasiado, no quiere saber nada con las tensiones revolucionarias de los primeros setenta que atravesaron al peronismo, y tampoco con Luder, Herminio y Lorenzo Miguel, con lo que ellos, aun derrotados en las urnas, expresan. Condena a la irrecuperabilidad sin hacer mucho esfuerzo por persuadir, ablandar a los irredentos de variado pelaje que, no obstante, existen y se acumulan en diferentes zonas de la vida social. Intentemos enfocarnos en los de la revolución, en los irrecuperables tomados por la atracción de sus muertos y por la de "lo que ya no se repetirá"; los otros sin muchas dudas castigaron a la renovación apoyando en la interna a Menem. Es verdad que algunos de los que nos interesan también, en la interna contra Cafiero o en la general contra Angeloz. Como quizás ya se haya advertido, si ésta no puede ser la historia de un actor pleno y siempre idéntico a sí mismo –la de los revolucionarios sin la tentación de largar todo el asunto en el que se metieron, más dolor de cabeza que otra cosa–, tampoco está hecha, uniforme, de resignaciones prolijas y olvidos definitivos. Los que eludieron conformar pequeños grupos y levantar viejas banderas pasaron a militar en organizaciones sociales sin encuadramiento político firme por arriba, o poco a poco se decidieron por los asuntos de la vida privada y familiar, en una retracción que quizás supusieron definitiva de la escena pública. Cualquiera de estas cosas con las convicciones intactas –nunca tanto, se entiende, la vida era muy otra; ¿cuánto se puede sostener un revolucionario sin revolución?–, aunque casi siempre en voz cada vez más baja. Pero incluso muchos de quienes protagonizaron alguno de estos autocríticos –y las adaptaciones de las que eran su pretexto– iban a recaer, en una oportunidad o en otra, ya no, claro

está, en la repetición de la partitura íntegra de la revolución, sino en el uso de algunas de sus líneas. Quizás también haciendo reflotar alguna de las habilidades aprendidas en la militancia, puestas ahora al servicio de sobrevivir de la mejor manera en los entresijos de una sociedad que se abrazaba con suerte muy diversa al mercado. Pensamos entonces en los que el nuevo "momento histórico retiene", en los que se incluyen. ¿Cuánto de esa adaptación no era más que un intento oportunista o vano de tapar la "actuación eufórica" anterior, esperando que en una de ésas llegaran tiempos más propicios? Al límite de la simulación, grandísima obsesión de nuestros positivistas de finales del siglo XIX y principios del XX. Todo en función de garantizar condiciones de supervivencia, de no perder posiciones o más sencillamente de no quedar afuera de la sociedad. La puesta en funcionamiento de astillas de argumentos que antes concluían en la inevitabilidad de la revolución y en la felicidad colectiva, se disparaban en la nueva circunstancia –biográfica y epocal, con sus desajustes que se irían limando– casi sin horizonte. Más que una provocación o un juego insensato, tenía bastante de inevitable: era la lengua mejor aprendida. Ni siquiera como "oscuro día de justicia" –para decirlo a través del cuento de Walsh del año 1968–, ni con la figura del Che o con la de Perón, enmascarados uno u otro, así se supuso, tras el héroe –Malcom– que derrotaría a la encarnación del archienemigo, al celador Gielty; tampoco con el "pueblo" que aprendería que sólo él puede salvarse; de ninguna de estas formas se había vuelto fácil, incluso posible, creer en la llegada de un acontecimiento que nos librara de todos los males e inaugurara un tiempo exultante. Pero algo seguían significando "justicia", "Che", "Perón", "enemigo", "pueblo", incluso para el ex militante que quiere prosperar en los negocios, los que abre la política o los que corren por su andarivel con menos contaminación de este tipo. O "Haroldo Conti" a quien Asís le dedica *Flores robadas*

en los jardines de Quilmes. Con sus altibajos y diferencias claro está, cotizaciones variables y nunca exorbitantes. Así, aunque se hubiera vuelto inverosímil, se seguía estando a la distancia bajo su signo arrumbado. Ya que mencionábamos a la simulación y al positivismo, en *Los simuladores del talento* (1905) Ramos Mejía se obsesiona con el anónimo "aventurero de la penumbra" que es "irreprochable al parecer, correcto", pero que en su casa "a la hora íntima de la sobremesa, el oscilante pensamiento libre de testigos imprudentes, desarrolla sus bizarras doctrinas de regeneración política, sus programas de gobiernos ideales". Hombre de Estado después de todo, imagina el día en que "a fuerza de tironeársela", a la lengua se refiere, la misma pierda su "virginidad (...) entregándose a un verdadero *libertinaje* verbal que le arranca violentamente de aquel olimpo prestigioso de la sombra!". La postdictadura estuvo repleta de estos sujetos. Miren qué cosa, hoy a nosotros nos pasa parecido, querríamos tener la certeza de quienes son los que nunca dejaron de jugar de nuestro lado, a sabiendas de que muy pocas veces éste llegó a definirse con regla, escuadra y compás. Lo resbaloso de la situación se impone para unos y otros. (Un efecto de también haber sido funcionarios del Estado: Fernando Salem no para de circular a través de una lacrimógena conferencia TED, en la que hace la genealogía de *Zamba* y pasa por alto sin más todo lo que le debe su creación a un momento político. ¿Merece una golpiza o lo hace en pos de mantenerse en el medio para reactivar ni bien se pueda ese proyecto? ¿Sacrifica momentáneamente su inteligencia para que *Zamba* sobreviva bajo las condiciones del macrismo? En una de ésas se me escapó a mí algún guiño que busca ser bien interpretado. Si es la necesidad de garantizar la reproducción biológica de la vida, de él y de los suyos, ¿no encontró otra forma de parar la olla? Es cierto, se espera mucho más de la olla que se ha hecho elástica como nunca. Por otra parte, le sobra talento a Salem, una película suya

fue un éxito duradero en el MALBA. ¿Por qué hace eso?) Sin muchas dudas, fue durante los años inmediatamente posteriores a la caída del Muro de Berlín y a la alianza de Menem con las clases dominantes, cuando se volvió segunda naturaleza esta manera múltiple y errática de estar bajo una influencia que parecía congelada para siempre y aún así no se había extirpado por completo. Si durante la dictadura el consejo que Brecht reiteraba en *Libro de lectura para los habitantes de las ciudades* (1926), "Borra las huellas", se había contagiado como virus, luego del breve y muy circunscripto momento de movilizaciones de los ochenta, se volvió aunque de otra manera a esa enseñanza que no hacía falta conocer en letra impresa. Instalada la derrota con la fuerza de la evidencia, de la mano de la inauguración de un mundo que se suponía enteramente nuevo –otra vez 1989 como bisagra–, las huellas que se habían dejado y extraviado –dejado extraviar–, parecían de lunáticos e interesaban poco a propios y ajenos.[6] Ya no es la hipótesis represiva la que se teme, no obstante, por las dudas y en función de no saturar "lo que digas, no lo digas dos veces". Más de ese poema: "Si encuentras en otro tu pensamiento, niégalo". No, acá se puede tomar distancia: después de un rodeo, si te das cuenta de que hay afinidad podés conversar algo más, compartir un par de datos, cambiar figuritas. Siempre, entendámonos, en el estado confuso en el que se encontraba "tu pensamiento", bajo el peso brumoso, leve, de la revolución. Ahora bien, al ritmo de la descomposición de la nueva coyuntura, la "lengua" se puede aflojar más y desatarse, quizás sin explicar del todo la procedencia de los pareceres, pero a sabiendas de que la agitación crítica pasó a ser bienvenida. Si creyéramos en un sujeto plenamente consciente del asunto, diríamos que se trata de gestionar la reintroducción de esa lengua. González de vuelta: en la lectura que hace, en 1985 y en la revista *Unidos*, de la correspondencia entre Perón y Cooke, recuerda que la figura del sobreviviente es

también una figura del poder, puesto que poco menos que se regocija en no haber sido muerto. Lo quisieron matar, mataron a otros pero con él no pudieron: de ese trance proviene su poder. Lo hace con Elías Canetti y nada indica que esté pensando en él y en sus compañeros, ya que lo trae a cuento de la posibilidad que el mismo Perón evalúa de caer víctima de un atentado y que Cooke entonces quede a cargo del movimiento. Quiero decir: cuando el sobreviviente no se deja atrapar por la melancolía, roza o encarna un poder distinto. No es precisamente esto pero, cuando en 1875 se estaba volviendo insostenible defender a Carhué del "huinca", tal como había aconsejado el cacique Calfucurá antes de morir, cuando era obligado cambiar de táctica, Namuncurá –su hijo y sucesor– avisa en una carta que si le sacan las tierras "me meteré entre los cristianos y haré grandes daños y sabremos quién podrá más". Nada era para Namuncurá la revolución; además, aunque no tenemos registro seguro de que en algún sentido haya podido cumplir con la amenaza, no le fue ni un poco bien en esa coyuntura. El tema es el significado de "meterse entre los cristianos" y de los "grandes daños", qué implica quedar cercados en territorio del enemigo y seguir ahí de alguna manera la lucha. Después se puso hasta uniforme del ejército nacional, pero seguro que la idea de esos daños lo persiguió hasta último momento. Achacoso y todo, se enerva Sarmiento en 1883 al caer en la cuenta de que son "ciudadanos" los indios que no fueron muertos durante la "conquista del desierto"; dispersos, siguen siendo un lastre.[7] Como si fuera una rama de la casuística que necesitamos, deberíamos hacer engordar y sacar conclusiones de esta vertiente, la que registra los pasos de quienes, en la derrota, no tuvieron más remedio que adaptarse pero no desistieron de producir a su manera estragos. En diminutivo quizás, sin fanfarronerías. El problema es lo archivolítico, la reticencia a que queden registros de estas cosas. Sólo un archivista de pies a cabeza, un técnico pura pulsión de muerte, podría recriminar tal actitud.

6. No suena bien decirlo así pero el caso de Roberto Jacoby es interesantísimo. Del "arte de los medios masivos" y los happenings a la radicalización del largo año 1968 que duró, así dice, hasta el Cordobazo. La experimentación estética de vanguardia lo hace partícipe, integrando colectivos, del Di Tella para destruir la obra expuesta en señal de protesta; luego, del proyecto sólo a último momento fallido de teñir de rojo las aguas de las fuentes de Buenos Aires, en alusión al año que se cumple de la muerte del Che; ahí nomás de *Tucumán Arde*. Recuerda en una entrevista que le hace Rosario Bléfari en 2001 que, después de esta zambullida, se sabe "más para el lado de la revolución que para el lado del arte". Conforma el grupo Agitación y Propaganda, proyecta clandestinamente *La hora de los hornos*, vuelve a la carrera de Sociología que había dejado años atrás para integrarse al equipo de investigación de Juan Carlos Marín. Escribe en el suplemento cultural de *La Opinión* y algo también en *Nuevo Hombre*. Hasta aquí: quiero decir, es parte de la lucha de masas en ascenso, aporta a ella desde su condición intelectual, pero no se suma orgánicamente a un partido revolucionario, no toma las armas. Al calor de las grandes huelgas del año 1975 contra el "rodrigazo", empieza a escribir un libro que es una lectura detenida del balance que hace Lenin de la experiencia revolucionaria de la Comuna de París de 1871. Libro que entonces nace en una situación que caracteriza como "pre-revolucionaria" pero que se resuelve rápidamente en sentido contrario. La cuestión es que él no frena esta escritura y recién en 1985 la entiende terminada. Sería de enorme provecho reconstruir este itinerario, de qué forma se fueron desencadenando los argumentos, con qué altibajos, rodeados de qué objetos y sentimientos, en fin, cómo fue posible que se pusiera palabra tras palabra de ese mismo libro, que arranca con el aliento de la revolución, sigue con el terror de los años de la dictadura y asoma la cabeza tímidamente en los primeros que

le siguieron. Digamos algo más sobre él: trabaja sobre las condiciones de posibilidad que dieron lugar a la Comuna de París, sobre sus potencias más singulares y sobre las fallas que llevaron a su fracaso. Mientras que para la II Internacional nada se puede aprender de eso, ya que se trata del camino que no hay que seguir, para Lenin es imperioso leer de ese legado, aunque haya quedado trunco o parezca ilegible por la derrota. Para Lenin y para Jacoby –en 1975 y en 1985– la guerra es condición para la revolución que, a su vez, continúa reformulándola. La guerra franco-prusiana de 1870-1, la ruso-japonesa de 1904-5 y la gran guerra del '14. De guerra patriótica a guerra civil y de clases. Fatal para la burguesía es el momento en que se ve obligada a armar a los obreros, a quienes había incluido bajo su conciencia como "ciudadanos". Detiene estas palabras –las rubrica– en 1985, se las da de leer a algunos amigos que, según él mismo dice, no se entusiasman particularmente, cuestión que no hay a quien le interesa publicarlo. Probablemente a Jacoby tampoco lo convenciera del todo, de hecho cuenta en 2011 –en *El deseo nace del derrumbe* que reúne, al cuidado de Ana Longoni, cantidad de sus intervenciones– que desiste de probar con un grupo editorial mexicano puesto que "no me pareció prudente difundir basura radioactiva". No obstante, Fogwill –uno de los amigos a quienes les pasa el libro; Piglia, Daniel Link y Osvaldo Soriano son algunos de los otros– dice en una entrevista de esos años que, aunque en esas páginas de Jacoby ni una vez se hable de la dictadura y de los desaparecidos, lo que está pensando es eso mismo, a diferencia de los tantísimos libros que sólo hablan del asunto y no piensan nada. *El asalto al cielo*, así se llama, finalmente se publica en 2014, con una introducción última pero tal como había quedado en el '85. Es cierto que tiene marcas del "batido final", así dice Jacoby, de esos últimos años. Por ejemplo: aunque no se escriba su nombre, se transparenta la lectura de Foucault en los capítulos

finales; quizás en la reflexión que hace, a través de Clausewitz –a quien sí se nombra y mucho–, a propósito de que el objetivo en la guerra es "la destrucción del cuerpo colectivo del adversario, su autoconfianza, valor, cohesión, disciplina (...) su 'fuerza moral'"; seguro en un breve capítulo en el que postula "la influencia del terror sobre la capacidad de juicio", que hace surgir "un estado de ánimo que deja percibir exclusivamente el aspecto catastrófico de los resultados de la derrota y tiende a descalificar gradualmente la idea misma de revolución política". O en la primera oración del libro: "La revolución siempre parece imposible. A lo largo de siglos, quien domina logra que el mundo y la vida no puedan ser pensados distinto de lo que son". Aun así, *El asalto al cielo* es de una fidelidad por largos momentos pasmosa a esa situación irrecuperable –que no se resigna a entender ya irrepetible–, como si Jacoby no hubiera podido soltarle la mano a los muertos. Imposible que nos extrañemos: a tantos otros les pasó igual, el tema es que no produjeron huella que podamos seguir. Dejando un margen de duda, en el prólogo de 2014 José Fernández Vega sitúa al libro como "históricamente anacrónico". Indica también, a propósito de la guerra de Malvinas, que "es fácil imaginar el influjo de este acontecimiento en el libro", sobre todo por la hipótesis que concatena guerra y revolución. Es lo que uno creería –la reformulación habría sido drástica–, pero no, no se lee fácil ese influjo. Jacoby parece haber logrado sustraerse de lo que ocurría a su alrededor para alcanzar la templanza necesaria y, a cuentagotas, dos páginas por día –o a tirones con interrupciones variables–, concluir un libro que hubiera encajado sin chirriar en la coyuntura prerrevolucionaria a la que quería aportar con reflexiones teóricas. Para colmo, capítulo tras capítulo se sacan conclusiones que pretenden ser lecciones precisas, listas para poner en práctica; y no digamos que el mundo se había vuelto otro, pero sí que la nueva situación ya estaba atravesada hasta la médula por la con-

trarrevolución y el terrorismo de Estado. La explicación en algún sentido es sencilla y la da en una entrevista de 2005: "Hasta 1986, 1987, pienso en la idea de una revolución, de la toma del poder." Muy en serio da la impresión de que siguió pensando en el asunto. Por eso, en 1985 el libro es como una noticia de ultratumba para muchos de su camada que, aún sin abdicar plenamente de la "idea" de la revolución, habían puesto trabajosamente una distancia, las cosas en perspectiva. Aclaremos por las dudas que, en contrapartida, de haber llegado hasta nosotros, aun jovencitos, el ejemplar fotocopiado –en 1985 no nos dábamos cuenta de lo que habían cambiado las reglas del juego–, nos lo sacábamos de las manos, lo llenábamos de anotaciones en los márgenes. ¿Y qué es en 2014? Fernández Vega le da vueltas a la posibilidad de considerarlo una "peculiar obra de arte". Aunque no le convence, es lo que está en el aire. Iba a proponer, siguiendo al prologuista, que salgamos del "misterio que acabó rodeando a este texto", aunque sabemos que no se trata de tal cosa. Porque Jacoby no permaneció guardado durante esos diez años, no contuvo la respiración ni se congeló. De la Argentina sólo se fue tres meses, puesto que no soportó y volvió rápido, decisión que juzga muy poco inteligente. ("Frente al miedo hay una cantidad limitada de cosas que podés hacer. Una es la fuga, la otra es el combate. Elegir entre la fuga y el combate es muy importante. O huís o te quedás, lo jodido es quedarte en una situación en que estás aprisionado por algo, y no te enfrentás y tampoco te vas; entrás en una situación de autodestrucción, de parálisis.") En 1979 estuvo varios meses enfermo y cuando sale de ese estado de postración se reencuentra con Federico Moura que estaba armando Virus. Se convierte en el letrista de la banda, también maneja la imagen y el vestuario. Todo eso que seguramente llevó a que la revista *Humor* a través de Gloria Guerrero se burlara. Fue así el escriba de algunas de las canciones que más se bailaron y cantaron –so-

bre todo lo primero– en los últimos años de la dictadura y en los primeros de la democracia. Todo en un tono que era juzgado *light*, superficial, festivo. Es que Jacoby, mientras seguía dale que dale tecleando *El asalto al cielo*, apuesta con fuerza por la "estrategia de la alegría". Se puede apreciar que Clausewitz es el vínculo entre una cosa y la otra, por enseñar que la destrucción del enemigo es quitarle la voluntad de lucha y destrozarle el "estado de ánimo". La alegría contra la derrota o, mejor, contra el bajón. Se desdobla Jacoby y no hace macanas, no se tropieza. Con la mano en la que sostiene la "brújula" de la coyuntura que se obstina en no ver "irrecuperable", sigue en línea con el pasado; con la otra, acomoda trajes *new wave,* e invita a bailar el wadu wadu. Entre la fidelidad a una época pretérita y la aceptación de la que le toca; las dos cosas a rajatablas. Y no se derrumba. Lo ayuda en este complejísimo movimiento Elías Canetti que, dice en 2005, "trabaja esa idea de lo que sería una fuga permaneciendo en el mismo lugar, lo que cambia es la forma. Entonces quizás la estrategia de la alegría es como una metamorfosis: el disfraz, el juego, la diversión, una forma de establecer relaciones sociales que son, en un punto, 'inocentes'". Ahora lo citamos nosotros a Canetti de *Masa y poder*: "En la melancolía se es lo alcanzado y lo atrapado. Uno ya no puede escaparse. Uno ya no se transforma. Todo lo que se intentó fue en vano. Uno está entregado a su destino y se ve como presa. Se está en línea descendente: presa, bazofia, carroña o excremento. Los procesos de depreciación, que hacen cada vez menos de la propia persona, se expresan en forma transferida como sentimientos de culpa". Una parte de Jacoby se transforma e impide la melancolía, también ser atrapado. Con todo, da ganas de imaginar a pequeñas, pero muchas, multitudes de jóvenes que, aunque sin darse cuenta del todo, no podían estar sino asustados, tarareando la música de "Imágenes paganas" pero con letra de Lenin citada en *El asalto al cielo*: "El paso del poder del esta-

do de manos de una clase a las de otra clase es el primer síntoma, el síntoma principal, el síntoma más importante de la revolución, tanto en el sentido estrictamente científico de este concepto, como en sentido político práctico". O con su última oración, el señalamiento que hace Jacoby de que el movimiento teórico de Lenin "lo aparta del utopismo, porque si bien extrae de allí la fuerza de sus metas, demuestra su posibilidad y necesidad, y busca materializar los medios para triunfar en el asalto al cielo".

7. En *La pasión y la excepción* (2003), Beatriz Sarlo se remonta a los días de junio de 1970, cuando ante la noticia del secuestro y la muerte de Aramburu –depende en qué relación nos encontremos con el astro en cuestión para saber qué sustantivo usamos en función de hacer más preciso el verbo que le corresponde a esa acción–, la embargó algo parecido a la alegría, escribe: "Cuando recuerdo ese día en que la televisión, que estaba mirando con otros compañeros y amigos peronistas, trajo la noticia de que se había encontrado el cadáver, y luego cuando también por televisión seguí el entierro en la Recoleta, veo a otra mujer (que ya no soy)". Hecho de trastabilleos, el devenir que intentamos perseguir –el nuestro, digamos, y que nos condujo al kirchnerismo–, puede definirse en la imposibilidad de la pura ruptura que en esta oración expone Sarlo, de esa extrañeza lisa y llana que entonces deja de ser tal y no perturba.[8] Es decir, en un derrotero que impidió ese punto y aparte, esa tabla rasa, incluso su sola escritura sin un contrapunto atribulado y cercano. Aunque en algún momento hayamos pensado, tan modernos y bárbaros como ella, que era posible empezar todo de nuevo y desde cero. A eso nos dispusimos y fracasamos o, aliviemos, sencillamente no nos dejaron satisfechos los resultados. Se podría decir que en la idea de sujeto que se expresa

en esa oración, clave para entender toda una posición, que excede en mucho a quien la enuncia y por eso es tan significativa, se eluden las cargas y responsabilidades. Como si no hubiera culpa ni drama. No estaría mal a condición de que no evaluemos nuestro devenir en su reverso exacto, como compromiso mortificado e inalterable. George Grosz, quien había realizado una obra revulsiva en la búsqueda propia de las vanguardias estéticas y políticas de entreguerras, evaluaba tiempo después, en sus memorias, las vueltas que había dado y el esfuerzo invertido para acomodarse a otras circunstancias, por ejemplo, como ilustrador profesional a la cultura de masas en EE.UU.. Podríamos añadir, adaptarse para que no se lo exhiba, de California a New York, como "el último exponente europeo", tal como temía Benjamin harían con él llegado el caso. Aunque con otros tonos, por supuesto. Justifica que el nazismo haya destruido buena parte de su obra porque, acepta, no conducía a nada bueno. Es más que una ironía. Hasta concluir: "Pero siempre seguía existiendo algo irremediablemente difícil en mí, algo que yo mismo, de tanto querer adaptarme, había condenado y considerado esquizofrénico, pero que pesa sobre mí como una piedra imposible de mover de sitio". A fines de 1993 nos enteramos de esto que le pasó a Grosz –de su imposibilidad–, cuando hacíamos malabares de todo tipo, para plegarnos o para no plegarnos del todo. Extractado de sus memorias –*Un sí menor y un no mayor*–, este pasaje se publicó en el número 6 de la revista *La Caja* que dirigía Tomás Abraham. Aunque nos guste, por la precaución a la que estamos obligados para evaluar de la mejor forma este último tramo de la discreta "multitud" que nos ocupa –y, en una de ésas también, ver cómo seguimos en el intento de que la diáspora no nos pierda de vista–, no correspondería que hiciéramos nuestra esta afirmación, al menos de punta a punta. Porque seguimos capturados por esas vueltas que dimos y por las adaptaciones que no podemos juzgar extra-

ñas a nuestra verdad, menos que nunca en esta circunstancia, puesto que el kirchnerismo también fue una vuelta y una adaptación. La piedra quizás no se movió demasiado pero, molida, llegó a ser apenas un grano de arena, nunca irreconocible pero sí pasible de desatender.

8. Se pelea Fogwill con Zito Lema y con la revista *Crisis*, con quienes –dice– fueron la izquierda cultural del FREJULI: "quisieron sostener su discurso invocando a la muerte, lo sostienen ahora invocando a los muertos que no tuvieron oportunidad de irse a otra parte. Y van por ahí, invocándolos, recreando discursos que procuran pesar sobre una realidad que no pueden pensar". Ese "ahora" que menta es mayo de 1984. Pensar la realidad postdictatorial para Fogwill, junto con señalar las continuidades, obliga a suspender la obsesión con los muertos y a preguntarse por los que encontraron la manera "de irse a otra parte"; o al menos lo intentaron con denuedo. No por nada antes de que se lo conociera como "éxodo", al desplazamiento masivo del pueblo oriental en 1811 hacia la costa occidental del río Uruguay, acaudillado, claro está, por Artigas, se lo llamaba "redota". La derrota, aunque momentánea, siempre implica la búsqueda de otro lugar. Aun permaneciendo en el mismo, como Proteo. La vida después de la revolución fallida, la búsqueda de la supervivencia, lo que sigue tras haber evitado ser muertos. Se ha dicho que la escritura de Fogwill recoge y reproduce saberes muy concretos, que incluso hace ostentación de ellos. Autos y cigarrillos, armas, paisajismo y marcas. Pero se deja ver otro saber por encima de esos tan precisos que se pone en juego en buena parte de sus novelas, el del sobreviviente. Escribe Martín Kohan en un artículo reciente en *Review of books*: "Hay una figura que insiste en sus relatos y es la del militante de los años setenta que deviene en muy otra cosa, como el

ex trotskista que 'ahora tiene una agencia de cambio en la avenida Quintana' en *La buena nueva*...". Pero para Kohan esto se orienta "al despliegue de cierta cínica y escéptica distancia respecto de los ideales revolucionarios de los años precedentes y de la lucha por lograr su concreción". Peligro de Asís. Disentimos en este punto; no es anecdótico o cuestión menor ponerle el ojo a ese "devenir en muy otra cosa" de los militantes en cuestión. Podríamos conversar lo que sucede al respecto en *Museo de la revolución* de Kohan –novela de 2006, situada su acción a mediados de los noventa–, que gira alrededor de unos cuadernos de un joven militante del ERP; no se sabe bien por qué están en manos de una mujer argentina que desde hace años vive en México, llegamos a suponer que pudo ser ella también una militante revolucionaria, pero no es así, fue quien lo delató y lo hizo caer; un muchacho, agente de una editorial y que claramente pertenece a una generación más joven, quiere hacerse con esos cuadernos para publicarlos. Todo se entrevera en el Museo Trotsky. No hay cuerpo ni vida que haya sobrevivido de la militancia revolucionaria, lo que impide la confusión de un devenir otra cosa. Queda conjurado ese riesgo. La "distancia respecto de los ideales revolucionarios de los años precedentes" a la que refiere Kohan es inevitable, casi obvia; nos guste o no, no puede ser sino compartida, salvo que nos embanderemos en ellos, sin capacidad alguna de acción pero satisfechos por la ilusión de fidelidad literal con los muertos. Es por este asunto que tenemos la impresión de que en las ficciones de Fogwill se tratan las variaciones que venimos señalando. Sin revolución, como Namuncurá y los indios, *Los pichiciegos* es en este sentido fundamental. Contra toda evidencia, dice Fogwill que no es una novela sobre Malvinas, "es sobre mí". Ante la certeza de que te quieren matar, de que la historia en curso es sólo asesina, se desembalan conocimientos, tácticas, para que esto no ocurra. Se quiere "durar", como apostrofaba Raimundo

Villaflor, según Walsh en *¿Quién mató a Rosendo?,* que dura el "borrego" –a diferencia de la vida que sólo le pertenece al militante revolucionario–, y a un tris se está de que los "pichis" lo logren. A la cabeza, el Turco, Asís, ¿no? Para Lenin, insiste Jacoby, la revolución es una guerra. Zafar de la guerra no es pacifismo en Fogwill sino asumir otra guerra. La lucha por la vida o la supervivencia del más apto lo es también. Un poco más que un tufillo darwinista. ("–Un jabalí que muere de muerte a mordiscones de perros cazadores: ¿muere de muerte natural? (...) ¿Y un jabalí que muere asesinado por un virus que le come algo vital adentro? (...) Si usted lo mira bien, la guerra es la única muerte natural para el hombre...", *Help a él*). Además de con la Biblia, el celador Gielty, en el cuento de Walsh que mencionábamos, enseña al "pueblo" con *La evolución de las especies* de Darwin, probablemente de ahí obtenga la disposición para vencer al caballeroso Malcom que no se alimentó de esas lecturas. Una de las últimas ediciones de *Los pichiciegos* la dedica a los hijos, por las guerras que le tocarán, "donde nunca hubo paz" como dice en una poesía de *Últimos movimientos*. El Pichi de *Vivir afuera* (1998) de la guerra de Malvinas "nunca contaba nada", pero para él lo peor era ser inglés. Trafica de todo en la villa pero sólo fuma porro, repite que "la coca, el ácido, las pepas y las anfetas son una mierda, son drogas inglesas...". A los que aprieta los llama ingleses. La consigna que esgrime ya no es que "el pichi guarda, agranda, aguanta" pero sigue por ese surco, es cierto, más solo. Es un principio articulador, débil, de la vida en la villa. Defendiendo a una mujer paraguaya de quien decían que era más fea que un loro, el Pichi usa una frase que después se empieza a oír seguido en el barrio: "Feo es ser pobre. Lo demás viene por añadidura". El que "andaba en la revolución", en *En otro orden de cosas* (2001), se sabe cercado, a punto de caer, hasta que una mañana se decide, reduce "en ácido los papeles de código", borra "las impresiones de sus dedos en los

cristales empañados de la ventana" y se va. Su "otra parte" son las demoliciones que abren espacio para las autopistas que atravesarán la ciudad. Dice que no quiere trabajar para el enemigo como tantos otros. En un principio está dispuesto a creer que lo que está haciendo puede servir a la revolución. No más de cinco años atrás, cuando su militancia por ella había arrancado, le daba vueltas a una frase de Perón "Se puede decir una mentira pero no se puede hacer una mentira." No aclara Fogwill pero Perón se la había escrito a Cooke, a propósito del fracaso que inevitablemente llegará de la Revolución Libertadora. Fogwill arranca la sentencia de ese contexto y la hace masticar. Al que "andaba en la revolución" le va muy bien en las demoliciones, "hace carrera". Como si los viejos métodos aprendidos le dieran resultado aunque con otros fines. También la contrición al trabajo, la seriedad. Se ríen de él quienes trabajan a su lado porque no habla con ellos, no va a las parrillas de la Costanera, a las carreras ni con mujeres. Es grande a los veintiocho, porque tuvo otra vida, aclara uno, la de la revolución. Le va bien también al militante que se pone la agencia de autos, pero está esperando que vuelva la política y fantasea con lo que podrán hacer una vez que salgan de esa situación. Hacia el final, cuando dirige una fundación ligada a la empresa, ya no cree en que las demoliciones y la autopista sirvan a la revolución, "y no sólo por ser parte de una contrarrevolución afortunada". La mentira que no se puede hacer es la de la revolución, la que sí es la de una vida que se transforma finalmente en otra cosa. "La revolución se disipaba en el pasado como un mal recuerdo. Los revolucionarios inauguraban agencias de automóviles, gomerías, bares. O hacían política, canjeando su historia pasada por las dádivas de los partidos que empezaban a reaparecer." En unas extrañas primeras páginas que abren la novela califica a esta biografía de "penosa". Pudo haber otras. Algo de eso se sospecha en uno de los retratos de "Cuadros", escritos para *El Ojo Mocho* (1997), el

que le dedica a Daniel Hopen quien, apenas se sugiere, entre otras cosas fue uno de los fundadores del ERP 22: "Cierto que estábamos todos equivocados pero de elegir un error para nuestros pasados, yo preferiría los de Daniel a los de Murmis y Verón, o al mejor descripto por más honesto y reflexivo de Emilio de Ipola. Si Daniel viviera –y estuvo a punto de zafar– sentiría culpas y remordimientos, pero de nada de lo poco que necesitó pensar debería arrepentirse". Él pudo haber sido Daniel Hopen pero no lo fue. Le preguntan en 2007 de dónde proceden los saberes que desembaló para escribir *Los pichiciegos*. De la navegación y el frío, de la colimba y del miedo: "Yo viví años con miedo, loco. Está bien que era miedo anestesiado pero era miedo al fin. Yo había sido trotskista, y una vez los milicos tuvieron secuestrado durante meses a un tipo que vivía un piso debajo mío, pensando que era yo. En los últimos años de mi carrera empresaria yo vivía con miedo, me mangueaban de todos lados, me buscó la cana durante un mes". Más importante que la revolución: bajo el signo del miedo político, de las vehementes sanciones sociales, del terrorismo de Estado.

9. A Ricardo Zevi, personaje principal de *El traductor* (1998), casi un alter ego de Salvador Benesdra, lo internan de prepo en el Borda. Allí conoce a un ex combatiente de Malvinas y gracias al zen –no al marxismo leninismo con inflexión trotskista que cada vez le interesa menos– se gana su confianza. Entonces el ex combatiente lanza su odio contra las fuerzas armadas argentinas, le cuenta la violencia que había vivido en las islas, los estaqueos, el hambre, las violaciones. Zevi lo calma: "Yo le contaba que todo lo que él me decía podía ser imaginado por cualquiera que conociera siquiera por mentas las tradiciones recientes de nuestra oficialidad. Y que se quedara tranquilo, que un escritor argentino había puesto todo

eso que se podía imaginar en un testimonio vivo, sentido, en una novela llamada *Los pichiciegos*". Contra lo inimaginable.[9] De los saberes de la revolución queda poco en pie, más aún, se volvió casi imposible transmitir todo eso; pero se confía en que el procesamiento político y cultural de la represión, aunque insuficiente, dejó una memoria que al menos alcanza para impedir que un semejante se asfixie solo, sin que nadie lo entienda, en el horror de lo vivido. Porque son muchos los que saben de qué se trata todo eso, ya que también lo vivieron, más o menos "anestesiado". Quizás también por tal motivo se pueda prever la próxima catástrofe. Pero Zevi llega al Borda porque una vecina lo había encontrado sentado en el umbral de un edificio de alguna zona de Buenos Aires, agarrándose la cabeza después de una noche desastrosa. De una vecina a otra rueda rápido la noticia y la sospecha, hasta que se le informa a la policía que, ante la ira de Zevi y la falta de coherencia en lo que dice, lo envía al "nosocomio". Golpe imprevisto, del que toma nota. Por su antiestalinismo, había llegado a suponer que en una de ésas era cierto que la caída del Muro y el fin de las ideologías inaugurarían un nuevo tiempo en el que podría flotar, "sin miedo", "en ese caldo uniforme que se había adueñado hacía tiempo de todos los espacios del planeta". Pero no. En riesgo su trabajo como traductor del alemán en una editorial progresista en pleno proceso modernización y racionalización, Zevi se integra a una dinámica de lucha que no luce demasiado, hecha de decenas de asambleas, de negociaciones y pequeñas peleas, en la que descubre con bastante sorpresa la inutilidad y el entorpecimiento de los planteos "doctrinarios" de los delegados que leen los periódicos trotskistas, así como la mayor sensatez y eficacia de los dirigentes sindicales tradicionales, "viejos lobos de mar", para resolver las cosas en un momento de ofensiva del capital. A diferencia de los delegados que se irritaban contra la "burocracia podrida y traidora de la CGT (...) yo no amaba a

la conducción de la CGT, pero odiaba suficientemente a Turba [la editorial en cuestión] y la prepotencia patronal de cualquier empresa típicamente argentina (...) como para matizar cualquier inquina contra la conducción acomodaticia y corrupta de los sindicatos de nuestro país. Y más importante aún, no me preocupaba lo que nuestra actitud en Turba pudiera representar para las 'camadas revolucionarias' o para cualquiera. La patronal nos quería reventar y nuestro deber era sobrevivir por todos los medios razonables. Y un sindicato, por más dudosa que fuera su conducción, era apoyo razonable para cualquier trabajador". Finalmente, después de haber puesto ciertos límites a los planes de vaciamiento de la editorial, Zevi se acoge a un retiro voluntario, suma ahorros con su mujer, se compran una casita en Avellaneda y pasa a manejar un taxi. No es un recuerdo preciso, más bien una sensación de alivio, un atisbo de alegría en medio de la desazón. Me refiero al momento en que llegó a nuestras manos la crítica de Walsh a la conducción de Montoneros a la que ya nos referimos, en especial algunos párrafos. A muchos les habrá pasado parecido: "Esto no significa –viene de decir que Montoneros "debe seguir la dirección de retirada marcada por el pueblo"– que el Partido vaya a renunciar a sus objetivos estratégicos, su propuesta intermedia de Movimiento Montonero, su propuesta final de poder socialista, su programa de largo plazo, en suma; significa poner la correcta distancia entre esos objetivos lejanos y la dura realidad actual, que no permite a las masas ni siquiera pensar en el poder, sino resistir para sobrevivir". Replegarse entonces sobre lo conocido, sobre el peronismo dice Walsh, también sobre los sindicatos como se entiende en el escrito de Casullo de 1978. El tema es que la dictadura, en sus efectos, se hizo mucho más larga de lo imaginado, el Partido y sus objetivos estratégicos se estrellaron, sinsentido o de papanatas hablar de socialismo como si nada. Ausente uno de los términos, la "correcta distan-

cia" se transforma en otra cosa. Por lo tanto, ¿cuándo volver del repliegue y hacia qué posición? Para los personajes de Fogwill esto es imposible, ni siquiera vale la pena pensarlo. Tan estúpido como se le ocurre al que "andaba en la revolución" volver a decir "hacer el amor", después del placer de escuchar que su joven mujer, embarazada, le diga "metémela de nuevo"; o, como en *Vivir afuera*, porque sólo existe el "mundo del mal", el del bien "se fue lejos de nuestro alcance". Obsesionado se muestra más de una vez con la poesía de Gelman que citábamos, ésa que llama a vencer a la derrota y a empezar de nuevo. Convengamos que es casi insoportable, pero para Fogwill es más que eso, porque no hay nada fuera de la derrota y la sobrevivencia.

10. Recién concluida la segunda guerra mundial, José Luis Romero narra en *El ciclo de la revolución contemporánea* (1948) el protagonismo que llevaba un siglo de la "conciencia revolucionaria". La evalúa inconmovible, más igual a sí misma que transformada a los golpes. En tanto socialista, Romero se identifica con ella y el triunfo que le augura sería finalmente el del "espíritu". Incluso en una versión como ésta, enemistada con todo plebeyismo –ni qué decir con el peronismo al que no se nombra ni una vez, aunque el libro parece eludir a la Argentina por completo–, la "conciencia revolucionaria" se define en oposición a la "conciencia burguesa". A mediados de los noventa, en la lectura de Furet de la "idea comunista" –*El pasado de una ilusión* (1995)– no queda nada de superación dialéctica. La "pasión revolucionaria" que delinea este historiador francés corre por fuera de los caminos del humanismo y esto es así también porque se nutre casi con exclusividad del "odio al burgués". Tiene en la cabeza a Stalin y a la revolución cultural china pero también al hecho de que "no hay mejor ilustración de ese déficit político y moral que aflige al burgués por todas partes que

su humillación estética". De Holderlin a Flaubert, pasando por Stendhal y Heine, supone las raíces decimonónicas del desprecio por esa figura. Odio que procede de la misma burguesía, añade, para devaluarlo aún más, y del que también bebieron fascistas y nazis. El odio que manifestaba Perón en la correspondencia con Cooke, ¿podría ser integrado a este "combinado del mal" totalitario? Con pinzas y sólo relativamente. Sospecha que a su delegado no le simpatiza Jorge Antonio, empresario exitosísimo pero también preso por peronista –de hecho, se fugaron juntos del penal de Río Gallegos apenas unos meses atrás–, entonces le pide casi por favor que haga esfuerzos por mantener buenas relaciones, que anteponga la política. El de Eva, en cambio, es muy probable que pudiera figurar ahí. Entre paréntesis: en *La Nación* del 9 de enero de 2017, Carlos Pagni ya con su colega del diario y de la televisión, Nicolás Dujovne, como ministro de Hacienda, se refiere a los "axiomas muy arraigados en la mentalidad argentina" que el macrismo tendrá que perforar para continuar con su planes. Uno de ellos dice que "los pobres tienen razón respecto de los ricos", o sea, la palabra de los "ricos" está bajo sospecha cuando se trata del bien público. "Los Kirchner han encarnado como nadie estos prejuicios, con ecos bergoglianos". Ecos del "odio al burgués", aunque esto de los "ricos" estuvo primero, desde ahí alcanzó forma. La misma columna concluye contradiciendo lo que se agitó hasta el cansancio: se trata de "reemplazar un orden que aún no había estallado. [Macri] Está en la situación del odontólogo que debe extirpar una muela que no duele". Cierra. Añadamos que mientras que para Romero la gran guerra de 1914 es el indicador mayor de la decadencia irreversible de la "conciencia burguesa", su "harakiri", para Furet, que hace esfuerzos por limpiarle la cara, ese acontecimiento fue ante todo obra del azar. Que no encuentre "nada por qué morir" a Romero se le ocurre como el síntoma más grueso del agota-

miento que se arrastra. Y lo contrapone, orgulloso, a la certeza de que la "conciencia revolucionaria" no tiene dudas de por qué vale la pena hacerlo. Lo de matar es más complicado. Con sus inflexiones propias, larga vida tiene este asunto de lo antiburgués en la literatura argentina. Sin embargo reparemos tan sólo en un registro tardío, que da cuenta de cuando su sentido se vuelve inentendible. En *Glosa*, Saer explora en los primeros años sesenta la sociabilidad de una minoría que aun siendo tal no parece aislada ya que tiene puntos de amarre familiares, también políticos y estéticos, con su ciudad, la de Santa Fe. De uno de sus bordes luego se desprenderá un militante revolucionario a quien adivinamos protagonizando hechos armados y, sobre todo, lo sabemos palpando en los últimos años su bolsillo en pos de la seguridad que sólo le devuelve la pastilla, su bomba atómica. Las palabras que expresan el "odio al burgués" se apropian sin embargo de otro personaje, el Matemático; y tienen bastante de caricaturescas, por momentos es él quien parece ser objeto de burla incluso por el uso de esas palabras. Probablemente Saer no alojaría sin más en su escritura una fuerza de esas características pero, después de lo acontecido –*Glosa* es de 1985–, más caprichoso aún se presenta el desdén tan pronunciado de este personaje por quienes además son los suyos, puesto que proviene de una familia acomodada. Por momentos no es más que la soberbia frente a los simples. El Matemático, por lo demás, sobrevive a quien, oscuro, lo acompaña durante esa caminata de cincuenta minutos por la ciudad de Santa Fe; también a su mujer, militante de filiación trotskista. Si nos trasladamos a la circunstancia de congelamiento general de la revolución, desde 1989 para fijar una fecha, lo que de ese rechazo al burgués se sigue manifestando ya no es macizo y hasta en una de ésas prefiere no tener conciencia de sí mismo; ataca flancos, sesgos, efectos. Todo con menos argumentos, más inseguro. No obstante, es como si diera coletazos la

experiencia, devaluada y más que secular, de la lucha de clases, para advertir que nada bueno puede aportar al mundo esa "conciencia burguesa" –o tan sólo los "ricos"– que, por lo demás, en tanto emanación de un capitalismo victorioso, también se adjudicaba el triunfo de la hora. No estaría bien dejar de decir que las mutaciones de esa "conciencia burguesa" no son menores que las que afectan a quienes aún se encontraban bajo el signo de la revolución. ¿De Sarmiento a Grondona o, mucho mejor y sin atrasos, a la ponzoñosa lucidez de Pagni que en esos años estaba incubándose en la "guerrilla de derecha", él la llama así, de *Ámbito Financiero*? Sí, pero más que eso: el entrelazamiento con una serie de dispositivos técnicos, comunicacionales y económicos que hicieron variar su constitución misma como sujeto. En términos políticos clásicos, lo más novedoso radica en que en las nuevas circunstancias la "pasión burguesa", si es que hay algo así, por una vez no tiene término seguro de oposición y superación. Se erige en monólogo, sin sepulturero. En su raid victorioso había penetrado hasta en lo más "sagrado", allí donde se habían forjado sus antagonistas. En la secuencia con que se inicia *Teorema* (1968) de Pasolini, un periodista reportea a un obrero en la puerta de una fábrica, ante la noticia del suicidio del propietario y de su decisión última de hacer a los trabajadores dueños de esa propiedad. "Lo peor que nos podría pasar es convertirnos en burgueses" más o menos es así lo que declara el obrero. Como si esto estuviera ocurriendo, la "conciencia burguesa" se vuelve magnánima, multicultural, dispuesta a todas las palabras y a todas las lecturas, irónica respecto de sí misma, con capacidad de reconocer e incorporar a las minorías, antiautoritaria y vilipendiadora del Estado. El bueno de Brecht, en su *Balada de consentimiento a este mundo*, colocaba como imagen del estrato superior del capitalismo a "los gordos pelados que, hace ya un tiempo/ bocetara George Grosz" [y que] "están a punto de degollar a la humanidad".

Quizás valía imaginarlo así, quizás era así meses antes de que el nazismo se encaramara sobre Alemania, hoy nada que ver. Perdón Brecht, mil veces, por llamarte "bueno". Pelilargos, jovencísimos, vibran con los Stones, usan kipá o hacen yoga. También, no hay por qué ser racistas, los hay negros, delgados. Igualmente feos como los otros pero de otra fealdad, una más difícil de detectar quizás también porque se parezca a la nuestra. ¡Horror! No es tan sencillo hacer de ellos una buena caricatura, de ésas que sacudan y funcionen como revulsivo. ¿Cómo dar en el blanco sin riesgo de infligir el castigo a los propios, sin dispararse en el pie? Porque incluso quienes siguen despreciando a la "conciencia burguesa" al viejo estilo y buscan con no poco de desesperación formas de enfrentarla o "caminitos al costado del mundo", se reconocen en sus prácticas cotidianas hechos de la misma madera. No hay nada fuera de ella. A lo sumo, una cuestión que se resuelve en la diferenciación dentro de la amplia, amplísima paleta de gustos y consumos que ofrece el posfordismo, y todo se afloja. En 2017, hacemos un corte, asalta nuevamente este problema, pero como un anacronismo de lo que nosotros mismos impulsamos. Esto gracias a lo que se sostiene en las fenomenales universidades del conurbano. Se escucha, e incluso se deja leer aquí y allá, que vale darle una mano al joven obrero de una fábrica de autopartes para que haga realidad su deseo de estudiar y convertirse en abogado. Al borde del grito nos deja. De acuerdo, a nadie se le ocurre proletarizarse pero tampoco convence que en esta otra transformación, de obrero a abogado, haya algo efectivamente bueno. Salvo, claro está, si se lo enfoca en términos estrictamente individuales y atentos también a esos derechos. O con una formación política contundente, que tape todos los poros por los que intentará respirar, como no podría ser de otro modo, el profesional de clase media que quiere ascender hasta donde le dé y haciendo lo que corresponda. De todas maneras, y para no des-

esperar, si hablamos de los años noventa y en la Argentina, Menem y los suyos no terminaban de encajar en esta nueva versión *cool* del burgués, en ninguna a decir verdad, por más que se recauchutaran con esmero, cosa que confundió un poco más.

11. Sigamos en este surco casi improbable, el de lo antiburgués en los años de Menem. Es decir, muy difícil que algo de ese rechazo sobreviviera y, además, se manifestara, cuando segadas sus fuentes todo parecía colonizado por la forma de vida que, con las modificaciones de rigor, el burgués condensaba. Por lo tanto, lo que saliera a superficie lo haría con mucha impureza, contaminado como nunca. También impotente. Quizás en lo de la utopía, aunque no nos gustara y el idealismo siempre sea su terreno, algo de esto había; por lo igualitarista que era su fondo, por los recuerdos que encendía suavemente. De todas formas, desprendamos de lo antiburgués, que así enunciado parece alto o decimonónico, vectores más precisos, que quizás fueron difíciles de percibir y así de corregir por una sociedad abandonada por las disciplinas, desatada, con la sola vigilancia del mercado y de una opinión pública con tendencia a escandalizarse, entonces también dispuesta a hacer suyo algunos de estos motivos. Uno de ellos, a la hora de expresarse críticamente sobre la política y lo social, entendía que todo en ese plano era casi exclusivamente deudor de los intereses de clase –mejor, de los ricos y sus negocios– que de las construcciones regulativas de la "superestructura política y jurídica", a las que incluso se evaluaba crudamente anudada a esos intereses. Un poco de esto se podía leer en *Página 12* o en *La Maga* –¿se acuerdan qué feo esa mezcla de suficiencia e ironía cuando nos pasaban el trapo?–, pero también se hacía patente en el peronismo devenido otra cosa en la década menemista, como realpolitik y

crítica al puntillismo liberal; como asumida falta de medida. Exhibicionismo y antihipocresía de la mano de advenedizos. Otro vector: el interés apenas mortecino por la vida política de esos años, no sólo por el obrar del oficialismo sino también por la oposición que se instaló como alternativa. Poca o ninguna expectativa en el FREPASO y en la Alianza. Sabemos hasta dónde llegó este éxodo de la política cuando se agudizó la crisis económica, pero empezó mucho antes. Donde pone la oreja y se entromete el personaje que encarna Fabián Polosecki, Polo, en *El otro lado,* sale una buena historia. Se revelan en la pantalla y sin escándalo vidas usualmente refractarias a ese medio por las inclinaciones intensas que las definen de pies a cabeza. Con criterio que empezaba a caducar, también podríamos decir que eran anómalas y desviadas esas inclinaciones que despuntaban después de las sacudidas últimas –la dictadura, la hiperinflación de 1989 y el repliegue del Estado de sus responsabilidades sociales–. El entusiasmo, a veces también el drama, fluye hasta envolver por igual a quienes cuentan sus pasiones y al guionista que busca situaciones para sus historietas. Una de las pocas veces que esto no funciona así es en el capítulo "En materia política" que se mete con quienes se mueven en ese mundo. El personaje de Polo se declara aburrido, bosteza, no logra interesarse por lo que le cuentan militantes de base del P. J., de la UCD, tampoco un politólogo. Nada cambiaría si los militantes fueran de agrupaciones de izquierda, tampoco los busca Polo que había trajinado –como Fabián Polosecki, aunque todos lo conocían como Polo– comités y reuniones de círculo, en los últimos años de la dictadura y los primeros que le siguieron, siempre con la expectativa de que eso que parecía gris –comités, reuniones– abonaría un salto cualitativo. La lucha, las tomas de colegios, las marchas eran signos que vaticinaban el salto en cuestión, otra vez la distancia, que no ocurrió. Así hasta que discretamente se alejó de esa militancia.

En el capítulo de *El otro lado*, sólo cuando cambia de plan y se muestra con ganas de caerle bien y seducir a la joven militante duhaldista, el asunto amenaza con tomar otro color, nada más. Todo como contraplano del capítulo que comentábamos páginas atrás, "Ex guerrilleros". Faltan siete largos años para el "que se vayan todos" pero aquí no queda duda de que la política, la de los partidos y el Estado, nada tiene que ver con la vida. Otro vector antiburgués: como una nube que variaba de tamaño y color, estaba siempre el disgusto con las formas a un tiempo conservadoras y liberales de la sociedad argentina dominante y, en el reverso, sino la empatía claramente enflaquecida con los "humillados y ofendidos", que ahora eran también los "excluidos", la justificación o el querer encontrar los motivos de por qué obraban así, votando a Menem por ejemplo. Que a veces, cada vez más seguido, era la justificación de uno mismo. Se entiende que nada de esto prosperara en una corriente de opinión mínimamente coherente, con capacidad de expresión política, su imposibilidad por definición. Era mucho menos que una corriente de opinión, pero estaba más expandido también, ocupando zonas más o menos relevantes de la subjetividad. Hasta en *Clarín* se podía tropezar con algo de todo esto. Pero no se arriesga demasiado si se le aconseja al historiador de mañana que, si quiere encontrar el reducto menos contaminado de estos motivos vaya a las páginas de *La Nación*. Modernización mediante, su antimenemismo se inscribía en la vieja prédica antipopulista y republicana, con conciencia siempre despierta de la lucha que se había librado contra la revolución entre el Cordobazo y el golpe del ´76. Insaciables.

12. En una de las tantísimas conversaciones nocturnas del verano que se derramó impiadoso después de la segunda vuelta de noviembre de 2015 –"Qué calor, hará sin vos en verano"–, conversaciones en las que la política, la piña que nos emboca-

ron, se coló sin pausa, Francis Estrada agita que es inevitable hablar del anarquismo, cuestión varias veces más importante que todo lo otro, naderías. Porque, más que en el repliegue, en la desbandada que arrancó en el '89, se acudió a lo trillado de tan recorrido, incluso podría decirse a lo prepolítico. Aunque vigente la libertad de expresión, las plazas por varios años se vaciaron –no se dejaba ver ni una bandera– y lo que se volvió a encender, intermitente y en manchones, fue ese fondo de sensibilidad anarquista que entre nosotros pareciera ser que nunca dejó de estar por lo menos en ascuas. Se sabe del importante influjo que tuvieron los ácratas a fines del XIX y principios del XX, y que se visibiliza tanto en la letra de más de un tango como en el hecho de que una de sus vertientes, la sindicalista, supo entenderse con Hipólito Yrigoyen, ya presidente, para la resolución provechosa de conflictos laborales. También en atentados y con nombres propios que se inscribieron en la memoria popular y colectiva. Corcoveando, la huella del anarquismo llega a imprimirse hasta en las primeras películas de Nini Marshall, en el desprecio plebeyo por la cultura de los ricos. Se podría argumentar que es un fenómeno propio de la inmigración llegada masivamente de la Europa más pobre, de una sociedad aluvial y flotante como escribía José Luis Romero, pero no se debería pasar por alto que antes de eso, en la "sociedad criolla", sobraban signos de que en ese largo momento precapitalista la obediencia a la autoridad política y social distaba mucho de estar afirmada. Sarmiento, que tantas fichas le ponía a la sociedad como sinónimo de la civilización, en los primeros capítulos *Facundo* le daba una y otra vuelta a "esa asociación monstruosa" existente por estos lares que, exagerando como solía hacer, evaluaba incluso única. Y uno de los motivos que explican la "desaparición de la sociedad" es la disposición que detecta en los gauchos a "sustraerse a la autoridad", cualquiera ésta fuera, realista o revolucionaria. Ideología, está bien, pero

que algo de lo real capta. A Borges no lo dejó nunca de inquietar que en el libro canonizado como nacional se celebre "esa desesperada noche en la que un sargento de la policía rural gritó que no iba a consentir el delito de que se matara a un valiente y se puso a pelear contra sus soldados, junto al desertor Martín Fierro". Cosa que, según su análisis, seguía viva en la imposibilidad de que los "argentinos" –así de general enunciaba– se identifiquen con el típico personaje de película norteamericana que se gana la amistad de un criminal para luego entregarlo a la policía. Revolucionario radical en 1890 y 1893, cuando Alberto Ghiraldo se compromete con el anarquismo y la FORA crea una revista y la nombra *Martín Fierro*. Aunque Eva Perón nunca haya leído a Kropotkin ni a Barrett, la radicalidad de sus palabras y valoraciones lanzadas desde el balcón de la Casa Rosada o puestas por escrito en *Mi mensaje*, si tienen un parentesco político e ideológico es con el anarquismo. Leonardo Favio estrena su *Juan Moreira* en mayo de 1973 y anuncia que tiene en carpeta una película sobre Severino di Giovanni, *Con todo el amor de Severino...* se iba a llamar y siguió hablando de ella por un buen rato. En los años del neoliberalismo esos reflejos salieron a relucir para entremezclarse y sostener a lo que quedaba de la revolución, cuando maltrecha no podía o no quería acomodarse del todo. Sepan entender, son las ganas de imaginarla siempre presente, como al topo. Más, mucho más que la marcha peronista, ni qué decir que la Internacional, desde mediados de esa década se cantó esto, seguro se acuerdan: "Una bandera que diga Che Guevara/ un par de rocanroles y un porro para fumar./ Matar a un rati para vengar a Walter/ y en toda la Argentina comienza el carnaval". Un mezcladito de pura cepa. (Aún así, durante toda la década se canto y bailó por un "Oktubre" al que se regresaba sin estandarte, pero al que se prefería igual, en su condición internacional; aunque se escuchara de fondo, como un eco leve, "Chernobyl, Chernobyl",

esto al concluir el pogo fundamental). Pero debemos enturbiar esta imagen porque la indisciplina o la propensión a cortarse solo fue también un rasgo duradero de nuestras clases dominantes, que en ese contexto se volvió desprecio por la sociedad y el Estado. Margaret Thatcher, adelantada, había afirmado que la sociedad no existe, que sólo hay individuos. A Fogwill, como anarquista conservador lo caracteriza Damián Tabarovsky. Incluso en el eticismo y la aversión por los políticos de las clases medias algo de ese espíritu sobrevuela. El artículo de Borges que citábamos –"Nuestro pobre individualismo"– es de 1946 y la situación –Perón– lo reconcilia con ese anarquismo argentino: "en la lucha con ese mal, cuyos nombres son comunismo y nazismo, el individualismo argentino, acaso inútil o perjudicial hasta ahora, encontrará justificación y deberes". Parece gustoso entonces de escribir que "el argentino, a diferencia de los americanos del Norte y de casi todos los europeos, no se identifica con el Estado". Si existe algo así como lo emancipatorio, ni qué decir que esta combinación se encuentra bien afuera de su horizonte. Combinación entre el "anarquismo" y lo "destituyente" detecta Alejandro Kaufman, pensando –con Murena y Sergio Raimondi– en los años en que todo eso "estuvo a punto de terminar con la Argentina", también en el 2008 (*Confines* número 30, 2012). En la conspiración contra un régimen peronista de tiranos y sirvientes, Beatriz Guido pone en acción y hace pasar por verosímil la lucha mancomunada, que también es amor, entre una joven de alcurnia y un descendiente de Severino Di Giovanni, con su fervor libertario a cuestas (*El incendio y las vísperas*, 1965). Como si todos pudiéramos hacer uso de un mismo venero, Perón le escribe a Cooke el 3 de noviembre de 1956: "Algunos idiotas temen el caso de que se produzca un caos. Las revoluciones como la nuestra parten siempre del caos, por eso no sólo no debemos temer al caos sino tratar de provocarlo, solo allí el pueblo podrá tomar las cosas en sus manos y cobrarse la tremenda deuda que los 'gorilas' han contraído con él".[10]

13. Si bien es poca cosa, interesa reparar brevemente en la posición que mejor conocemos, la de una primera persona del plural que se angosta más y más, a punto de coincidir con el insufrible "yo", aunque esto tampoco nos previene de ser injustos. Círculos pequeños, en la facultad de Filosofía y Letras o Sociales de la UBA, ganados de a ratos por una melancolía que duró años; por lo que no se había vivido pero era obsesión y por la militancia durante la primera postdictadura que coincidía con los años jóvenes, militancia que podríamos llamar ingenua en la medida en que coincidió con el desconocimiento o el ninguneo de la derrota. Con mezcla de vergüenza y desazón. La pertenencia de clase conspiraba contra la posibilidad de enlazar con los movimientos sociales, incluso de verlos, que se empezaban a activar bajo la forma de los trabajadores desocupados y los piqueteros. La imposibilidad era también efecto del encandilamiento con las formas de la política que asumió el último intento revolucionario, formas que se pensaban únicas, verdaderas. Durante semanas o meses se pretendía preservar, expulsando toda discontinuidad, el hilo que los unía, así lo imaginaban, a los revolucionarios de la última oleada, los de tiempo completo y sin dobleces, para caer en la cuenta, una y otra vez, que tal cosa no era posible. Entonces: discutir acerca de cómo seguir, como romper el mandato de los setenta pero para superarlo, guardar su memoria con la intención de producir algo altamente político, a su altura. ¿Cuánto tiempo se puede ser, como escribía Rivera, "revolucionarios sin revolución"? Intentando no ser patéticos. Si en algo llegaba a encauzarse todo esto era en las páginas de algunas revistas –gloriosas por cierto– o como asunto que se traslucía, barruntado, en clases, de las primeras que se nos confiaban. En la universidad y en la secundaria, con escucha muy variable pero nunca para quedarnos solos. Toda inquietud política de ese tenor parecía condenada a tal suerte. Hasta que sobrevenía el hartazgo que daba

lugar a ratos de adaptación furibunda, más o menos a escondidas, también de excesos. Motivos de una sensibilidad en retirada, que envolvían a la propia biografía y amenazaban con llevarse todo puesto. "Clima nocturnal" define el artículo de *La Escena Contemporánea* al que hicimos referencia y que firma Diego Sztulwark, y que la irrupcion del zapatismo desbarató. Algunos ofrecimos resistencia a esto y no nos dio ni para burlarnos de Jorge Castañeda y su "utopía desarmada"; con roles menores, persistimos en polémicas que "escapaban al ámbito de las prácticas y de la política para rondar entre las casas editoriales y los centros de investigaciones universitarios." Andábamos mal, se entiende. En este cuadro remarco una –¿cómo decirlo?, ¿definición?–, de "revolución" que nos llega casi de suerte en el revuelo. Sin aspavientos, la había escrito Halperin Donghi en 1961. Ubicada en las últimas páginas de un libro –*Tradición política española e ideología revolucionaria de Mayo*– que discutía con interpretaciones de la derecha revisionista que buscaban menospreciar la novedad aportada por el acontecimiento de mayo de 1810, en su contexto de origen a nadie se le ocurrió reparar en ella. Al baúl de los mitos despacha Halperin a la revolución, justo cuando como nunca se la empezaba a concebir consistente y verdadera, con las patas en la tierra. Pero esta definición leída una y otra vez en los primeros años noventa era otra cosa. "La revolución no es una mera noción que apele a la inteligencia para ser comprendida; es a la vez un mito, es el mito moderno por excelencia, el de la redención de la humanidad por su propio esfuerzo, el de la conquista de un paraíso situado ahora en el curso de su propia historia humana, como meta final y alcanzable de un proceso que sólo a través de su conquista alcanza justificación". Un mito, advierte, en tensión pero también en el espejo del cristiano, porque se ve dominado por la audacia inédita de no rehuir "a la dura prueba de los hechos" y opone así, a la felicidad ganada por la gracia,

"una felicidad terrena igualmente concebida como perfecta que está al alcance del puro esfuerzo humano". Más que política la revolución es total y repite que a Cornelio Saavedra vale considerarlo, en tanto poseído por el mismo mito, tan revolucionario como a Moreno. Subrayado y con signos de admiración en mi ejemplar. Quizás sea cierto que cuando una creencia es detectada como tal pierde parte de su potencia, pero sólo eso, una parte. Además, si todo tendía en esa hora a que se emparentara a la revolución con la mentira, con los "totalitarismos" o con la mera delincuencia, el mito y la creencia permitían seguir valorándola, incluso extrañándola. Mientras que como necesidad histórica no quedaba más que desembarazarse de ella, esto era un contrafuego. Es más, en esa hora las "leyes de la historia" que habían resultado triunfantes aleccionaban que no hubiera hecho falta tanta agitación y sacrificio para alcanzar resultados civilizatorios, digámoslo así, que por la fuerza misma del capitalismo y su desarrollo se habrían vuelto realidad. No estuve entre quienes leyeron al Eric Hobsbawm que en 1989 escribe con irritación que no se camufla contra quienes, desde la historiografía y desde el gobierno socialista francés, en el Bicentenario de la destrucción de la Bastilla llaman a aprender de las revoluciones precisamente que no vale la pena hacerlas. Poco menos de cinco años después, él mismo, y esto sí lo leímos fresquito, dice en *Historia del siglo XX* que las revoluciones y el comunismo no serán más que datos incomprensibles para la humanidad del futuro. Señal mayúscula de abatimiento. La reflexión de Halperin nos hacía ver diáfano lo que habíamos –o nos había– abandonado y, aunque nunca se lo hubiera propuesto, revelaba como pura crueldad la obstinación en olvidarse de ella y desconsiderar a quienes habían actuado bajo su influencia. La inteligencia, de los otros, no termina nunca de ser antídoto contra la tristeza, nuestra. Leemos que para Nietzsche "el resentimiento nace de la imposibilidad para la voluntad de aceptar

que haya sucedido algo determinado, de su incapacidad para reconciliarse con el tiempo y con su 'así ha sido'". Resentidos entonces. Así como el "alma" en el poema de Baudelaire no se siente a gusto en ningún lugar del mundo, por eso sólo la conforma abandonarlo, lo de algunos de nosotros, movido por la imposibilidad de aceptar el "así ha sido", era desprendernos del presente hasta fugar de él. Y sin siquiera escribir poemas. Ya no jovencitos, mucho menos promesas, pero con expectativas de vida crecientes según los índices estadísticos, pura biopolítica. Los indios: mientras hacía cavar la célebre zanja Alsina, que no iba a funcionar, el ingeniero Alfred Ebelot trataba con algunos de ellos, a otros los veía de lejos o leía las cartas, hechas con un manojo de palabras pero contundentes en su argumento, que dejaban clavadas en los arbustos. Se pregunta Ebelot, para que se publique en Francia, si "su mayor culpa, ¿no consistirá acaso en ser más bien que salvajes, anacrónicos?". A quienes me refiero, de salvajes les quedaba poco o nada; la condición anacrónica sí era el riesgo que se cernía. Pero nunca tanto tampoco, pues, con reaseguros sociales que los prevenía de algo tan sólo parecido al destino de los indios, a lo sumo se trataría de asumir lo que les tocaba y punto, con más o menos pena. Quizás valga algo de esto para definir otro aspecto del lánguido momento de la "conciencia revolucionaria", atada a la experiencia –como nunca "el peine que te dan cuando te quedás pelado"– de una camada diezmada y no por las armas. En su desacomodo más general frente al triunfo del neoliberalismo. En el mismo número de junio de 2001 de *La Escena Contemporánea*, es el 6, en la nota de Sztulwark y en otra de María Pia López, se detecta y critica al "definicionismo" que busca dar con la política tal como debe ser y que de esta manera es ciego para entender lo que ocurre, para hacer lugar a la pregunta por la "invención" y por lo nuevo. Se dice incluso que en la revista se manifestó ese "definicionismo", cosa que una nota que lleva mi firma -esto lo

agrego yo-, y es de finales de 1998, lo prueba. La observación no puede ser más acertada, por eso casi de inmediato -a mediados de 1999- nos dimos cuenta de que no entendíamos nada y nos llamamos a silencio.

14. Bueno, el kirchnerismo atrajo a una parte importante de estas limaduras desperdigadas sobre las que venimos hablando, muchas de ellas con poco filo y contradictorias entre sí. Las reunió con otras cosas, por ejemplo con el peronismo más clásico y de gubernamentalidad microfísica –ése que en algún momento se supuso había desaparecido–, al punto de que algunos bordes incluso se fundieron. Les asignó sentido y tarea, ambas cosas en minúscula. Los "irrecuperables" de variado pelaje, volviendo a lo que detectaba González, salían del ostracismo. Unifica los tiempos desarticulados generacionales que por fin coinciden. Dio cauce a la inquietud por la vida en común que se resistía a apagarse por completo, cuando asunto del pasado casi remoto la revolución, se supuso que nunca más la vida política –la sublunar y prosaica– volvería a convocarnos. No, nunca nos había convocado; más correcto decir entonces que así fue que la política sublunar por primera vez nos atrajo en serio. Leímos como nunca los diarios, hicimos cálculos electorales de todo tipo; no faltó quien se entrevistara con algún barón del conurbano y nos sentamos en despachos de ministerios; gastamos tiempo –demasiado, ¿no?– en entender cómo funciona la Corte Suprema de Justicia. Pero ésta es la imagen final o anteúltima del kirchnerismo, forjada entre el conflicto por la resolución 125 y la muerte de Néstor Kirchner. Antes de eso todo había sido más indeciso. Aunque no estemos convencidos de que haga al centro del asunto, podríamos mencionar la alusión al 25 de mayo de 1973, 30 años después y a punto de ponerse mal la banda presidencial. Nadie parecía reclamarle a

Kirchner que sacara a relucir ese segmento de su pasado –y del colectivo que nos ocupa aunque sólo una parte de él hubiera estado ahí de cuerpo presente– y lo agitara ante tirios y troyanos. Sí, probablemente estilizado. Muy pocos se asustaron; otros muchos no se lo tomaron en serio, ridículo en esa circunstancia hablar de algo que había quedado tan atrás, de otro mundo. Dice Jacoby en una entrevista en *El río sin orillas* de 2011 que él no le creyó, que no había razones para hacerlo y sí varias para no prestarle atención. Una luz, menos, un chispazo –casi nunca la batiseñal que indicaba que era hora de reagruparnos, aunque nos guste imaginarlo así– fueron esas palabras para quienes, habiendo tenido también un 25 de mayo o alguna cosa parecida aunque degradada, se estaban dedicando a cualquier otro asunto, con el segmento en cuestión guardado en un arcón del que sólo asomaban, por los bordes de su boca, flecos borrosos. Negocios, las urgencias del barrio, investigaciones académicas, familias desagregadas, buscar trabajo, Mitteleuropa, maratones, la moto. Por supuesto, sostener apuestas políticas nacidas de asumir que había que arrancar desde cero. No seamos vagos ni juguemos al distraído: quizás parecía u hoy parezca más tiempo, pero todavía no había pasado año y medio de las jornadas del 19 y 20 de diciembre, que se enristraban de manera despareja, sin una voz contundente que les diera un texto común, con piquetes, levantamientos sociales, ocupaciones de tierra que venían de lejos; Mosconi pero también la pueblada de Libertador General San Martín en Jujuy, el "Libertadorazo", en mayo de 1997; con los "escraches" y con la carpa blanca. En la serie de entrevistas que realiza María Moreno y se publican en *Página/12* en los primeros meses de 2002, la atención está puesta en la clase media, su protagonismo –o arrebato– más o menos inconsecuente, y casi que pasan desapercibidos los saqueos. Motines: en un libro que escribe en medio del cráter –*Cosecharás tu siembra*–, Raúl

Fradkin los llama de esa manera y, aunque sin afirmarlo enfáticamente, deja señalado que es posible, quizás justo también, entenderlos como la expresión que adquirió la lucha de clases. Recorta la imagen de una multitud en el partido de Moreno, en el conurbano bonaerense –seguramente portaban palos y piedras, no otra cosa–, plantada frente a uno de esos grandes supermercados, reclamando alimentos si querían evitar que entraran en masa a tomarlos. Los dos extremos de la sociedad frente a frente, los que más perdieron y los que más ganaron, como hace tiempo no se veía, como es altamente inusual ver. Aunque después esto se desfigure: porque la protección de las fuerzas represivas del Estado y de la seguridad privada reforzada disuade a los desposeídos de continuar con sus exigencias y amenazas a los poderosos, porque las pantallas de los televisores se detienen en la imagen del supermercadista coreano llorando, mientras la gente sigue llevándose todo lo que encuentra en góndolas y estanterías sin brillo. Despabilados queremos creer, desde la coyuntura actual de "rehabilitación de las clases acomodadas" recortemos nosotros otra situación: el martes 18 de diciembre todos los diarios recogen la noticia de los piqueteros de la Coordinadora Aníbal Verón que el día anterior habían quemado neumáticos en la avenida Calchaquí, en Quilmes, dejando cercados a los hipermercados Auchán, Makro, Jumbo y Vital. *La Nación*: "Eran muchos los piqueteros que llevaban bastones de madera y de metal; y eran muchos también los que, con las caras cubiertas con pañuelos o pasamontañas, sólo dejaban ver sus ojos, con la mirada de los que ya no tienen nada que perder". Son más o menos dos mil y se quedan ahí apostados desde las primeras horas de la mañana hasta que el sol recargado empieza a esconderse. Reproducen las palabras de uno de ellos, Juan Cruz Daffunchio, de 27 años casi subrayan: "Pedimos bolsas de 20 kilos de comida para cada familia. Nos ofrecieron medio kilo de leche en polvo, medio de

arroz y un cuarto de manteca. Son unos hijos de p... estos empresarios de multinacionales que encima se llevan la plata del país". Nos interesa porque va en la dirección de lo de Fradkin, pero también porque en esta otra escena –previa, bien organizada y menos multitudinaria– hay muchos que orbitan alrededor de la revolución; los de la última ola, digamos, activando también a algunos que habían quedado relegados de las anteriores. (En la misma edición de ese diario, para coleccionar, se informa sobre la explosión de un artefacto lanzapanfletos en la sede de Acción para la República, el partido del ministro de Economía Domingo Cavallo. Dicen los panfletos: "Se van o los echamos. Siempre habrá un caudillo capaz de conducir una montonera". Firma el Comando Nacionalista Ricardo López Jordán. Denuncia el atentado a la policía el jefe del bloque de diputados de AR, Guillermo Alchouron, presidente de la Sociedad Rural entre 1984 y 1990). Volvamos a las entrevistas de María Moreno que están aguijoneadas por la inquietud, sólo a veces explicitada, de saber si vale la pena sumarse a las asambleas y movilizaciones que se suceden constantes durante ese verano. ¿Auguran una "aurora de asfalto" o un "final apocalíptico y clase mediero"? Nicolás Casullo señala con vehemencia que "esta no es una época que podríamos llamar prerrevolucionaria" y más que con González –a él lo identifica con lo de la "aurora de asfalto"; ambos, dice, con posturas de tinte inevitablemente "aristocrático"–, discute con los alumnos que "por primera vez tengo la sensación de que después de veinte años se corrieron a la izquierda de nosotros". Julia Rosemberg me acerca una grabación que está circulando en las redes, un reportaje de 15 minutos que le hacen a Darío Santillán, sentado en la banquna, al costado de la autopista Buenos Aires-La Plata, en el piquete que se hizo a fines de marzo de 2002. Dice: "Creemos que atacando al capital, digámoslo de alguna forma, es que afectamos a los intereses de los sectores de poder y es realmente

donde se genera presión y les hacemos cobrar en parte lo que ellos no nos están dando y lo que nos corresponde por derecho". El capital tiene nombre propio, es la familia Macri a cargo del peaje de esa autopista. Trabajo, cambio social y joder al capitalismo, a través del "bloqueo de la circulación de mercancías". El Colectivo Situaciones, que viene acompañando la experiencia del MTD de Solano, publica en abril el libro *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social* y de entrada nomás señala que "los sucesos de diciembre rompieron la tregua democrática del *Nunca más* (...) creemos que marcan el fin de la dictadura genocida que comenzó en 1976". El número de mayo de la revista *Acontecimiento* deja de lado la reflexión teórica más erudita para señalar, a través de Raúl Cerdeiras, que hasta el 19 y el 20 de diciembre el "resentimiento" –"forma genuina de esterilidad"–, se imponía entre nosotros sobre el pensamiento y la política, aplastando a ambos. Porque la crítica acerba de lo existente se había vuelto inseparable de la incapacidad para producir –incluso ver– algo nuevo. Las jornadas en cuestión abren la chance de barrer con ese humor y dar paso a la "*política que viene*". La interrupción mayor al tono de la revista no obstante tiene lugar cuando, entre esta nota de Cerdeiras y otra de Alain Badiou, hay una que se titula "Los sucesos del 19 y 20 de diciembre vistos por un piquetero" firmada tan sólo por "Mariano". Liga lo recientemente acontecido con la Carta de Walsh a las Juntas, más precisamente con esa párrafo en el que el autor de *Operación Masacre* advertía a la dictadura sobre "la ilusión de ganar una guerra, que aún si mataran al último guerrillero no haría más que empezar de nuevo bajos nuevas formas". Escribe "Mariano" que esa "resistencia" –también esa "guerra"– siempre estuvo, pero que ahora ya no es más difusa sino por fin clara y logra cerrar "el ciclo iniciado en 1975". Como integrante de la Coordinadora Aníbal Verón, en particular del MTD de Almirante Brown, quien firma esta nota se

apostó frente a los hipermercados en la avenida Calchaquí en el inicio de la semana que tendría su cima en la renuncia del titular del poder ejecutivo. Luego se incorpora a los "combates callejeros" que sucedieron en la Plaza de Mayo y sus alrededores, para concluir: "El 20 de diciembre no fue una revolución, tampoco una insurrección. Entendemos al 20 como un levantamiento de masas con una característica insurreccional". De todas formas, la última línea de su escrito es otra: "A los días, un compañero combatiente de los años setenta me encontró y dijo: 'Nos devolvió la vida a todos'. Me emocioné". Pero al rato, no mucho más, con el invierno recién comenzado, la represión en Puente Pueyrredón y el asesinato de Maximiliano Kostecki y Darío Santillán ponen con contundencia en el tablero la posibilidad muy cierta del reestablecimiento del orden a través de la violencia contra las organizaciones sociales que nucleaban a los más abandonados por el neoliberalismo, a la vez, la más radicalizadas. Un camino complejo y costoso, piedra desnuda, a menos de un año de la asunción de Kirchner. Además, es el punto más alto de una escalada represiva que principió ni bien asumió Duhalde –en continuidad con la del 19 y 20 de diciembre que dejó más de 30 muertos–, pero que por otra parte lo excedía ya que viboreaba en la misma sociedad. Entonces: el 26 de junio de 2002, cuando "Mariano" que es Mariano Pacheco –y cuenta esto en su libro *De Cutral-Co a Puente Pueyrredón. Una genealogía de los movimientos de trabajadores desocupados* (primera edición, 2010; segunda, 2016)–, logra escapar de la cacería que se ciñe sobre los piqueteros en Avellaneda y se dirige a la Universidad Popular de Madres de Plaza de Mayo, donde la Coordinadora Aníbal Verón dará una conferencia de prensa, recibe una llamada de Raúl Cerdeiras. Nos dice que "estaba preocupado porque los acontecimientos del día parecían hacer retroceder al país al menos tres décadas". Le da algunas vueltas a esto Pacheco, pero la conclusión a la que se apro-

xima está en línea con ese parecer: "Es cierto que Duhalde tuvo que adelantar las elecciones y replegarse él también, pero las consecuencias para el movimiento popular fueron mucho más desastrosas (y no sólo por las dos muertes)". Una cuestión en lo más mínimo ociosa sería discernir en qué situación se encontraba el movimiento social en mayo de 2003. Encuentro otras dos cosas: el Colectivo Situaciones caracteriza como de *impasse* el momento en que "ingresó el ciclo de luchas que culmina en 2003", para diferenciarlo de la derrota de los setenta, la "de la política revolucionaria tradicional", concepto que no permitiría comprender la singularidad de este fenómeno. De todas maneras la relación queda planteada, una cosa sobrevuela a la otra. En una conversación que queda registrada entre ese mismo colectivo y el MTD de Solano –es finales de julio o principios de agosto de 2002–, alguien dice: "Es cierto que la ofensiva es la lógica que te plantea el enemigo y es eso lo que llevó a la derrota a los compañeros de los '70: la concepción de que es necesario enfrentar aparato contra aparato. Y es algo difícil de evitar, porque a muchos les aparecen las ganas. Algunos, cuando mataron a Darío y a Maxi preguntaron: '¿hasta cuándo van a seguir cayendo los nuestros?'. Ese 'hasta cuándo' está proponiendo: '¿cuándo lo vamos a hacer nosotros?'. Por otro lado, la desaparición física no es lo único que aniquila proyectos; el capitalismo se instala en muchos planos". Entre el abatimiento y la desesperación. Maristella Svampa, en una actualización que se ve obligada a hacer, a mediados de 2004, al libro que había firmado poco más de un año atrás con Sebastián Pereyra, señala que después del asesinato de Kostecki y Santillán ocurre contradictoriamente que los reclamos de las organizaciones piqueteras son satisfechos con celeridad inédita –los intendentes conceden pero piden casi por favor que no cuenten nada sobre su buena voluntad–, pero a la vez decrece la movilización. Las diferencias por otra parte se ensanchan y llevan a la ruptura

entre algunas de las organizaciones que se venían coordinando. Para quienes si esperábamos algo era de los actores clásicos de la política y, por lo tanto, vimos mucho de esto desde afuera, lo que apenas entendíamos parecía agotado. No, del Estado o de un nuevo gobierno no esperábamos nada. El número 10 de *La Escena Contemporánea*, cuya editorial se escribe luego de las elecciones generales de abril de 2003 pero antes de que Carlos Menem se baje del balotaje, es ilustrativo al respecto. Ezequiel Adamovsky, en *Historia de la clase media*, entiende como una de las cimas de la vida política de esa clase su participación en las asambleas que se multiplican inmediatamente después de la renuncia de De la Rúa y recupera una editorial de *La Nación* que, atemorizada, no encuentra exageración en emparentarlas con "el sombrío modelo de los soviets". Pero, insisto, eso es en febrero de 2002, un año después la impresión es que estaba por el suelo, incluso la dinámica de movilización a la Plaza de Mayo se había desinflado. Por obra de la política y sus viejos resortes, por instigación de los medios -en particular del que hace más de un siglo interpreta y aconseja a los intereses de las clases dominantes- y por los propios límites, no nace de la movilización de masas una alternativa política que la exprese más o menos pura y en su mejor forma. Aunque vaya a contramano de lo que viene sosteniendo y quiere acentuar, Adamovsky en un momento señala: "Pero tampoco los movimientos habían conseguido proponer al resto de la población alguna alternativa de gestión que se percibiera como viable." La maldita gestión que siempre llega. Es lícito dudar de que hubiera quién, fuera de los partidos de izquierda más clásicos, en los primeros meses de 2003 gritara lo de "piquetes y cacerolas, la lucha es una sola", tal como se hizo el lunes 28 de enero de 2002, cuando una columna de 10.000 trabajadores desocupados, encabezada por D'Elía y Juan Carlos Alderete, ingresó al centro de la ciudad de Buenos Aires desde La Matanza. Por la avenida Rivadavia cosecharon

aplausos y tintineos de cacerolas, contra la costumbre –dicen los diarios– los comerciantes no cerraron sus negocios sino que los saludaron alborozados. En la tapa de *Clarín* la foto da cuenta de esa confraternización y hay otra que los muestra en la Plaza de Mayo, metiéndose en la fuente. De Gennaro de la CTA es su aliado principal, reclama un "shock redistributivo" y la "asignación universal por hijo". Duhalde se compromete a recibirlos el miércoles.

15. Remolona y quizás también demasiado concisa es esta apreciación que hacemos sobre la crisis del 2001. Escribe Zavaleta Mercado que en Bolivia "la crisis es la forma clásica de revelación o reconocimiento del todo social", ante el fracaso de la "democracia" y el "poder" en representar a la sociedad y exponerla. *Las masas en noviembre* se llama el artículo que se destina a pensar la crisis que sacude a ese país en 1979. Entre nosotros, a fines de los noventa, esa "asunción sintética de conocimiento" se demoró con peligrosidad, estalló en escalones demasiado distantes. Esto, más la dificultad para asignarle un sentido a las luchas que la expresaron[11], es indicativo de la gravedad de la circunstancia, lo que se arrastra de la derrota anterior. De todas manera, por lo pronto lo que nos interesa es instalar la pregunta sobre la relación en que se encuentra el gobierno de Kirchner con lo sucedido en esas jornadas; un poco más preciso: con la lucha de clases más o menos esmerilada que se expresa en esa coyuntura y se recoge en cantidad de escenas. También, ¿por qué no?, con ahorristas, cacerolas y asambleas, es decir, con el tan relevante pero breve protagonismo de la clase media. Con la impresión de que es imposible entender de qué se trató el kirchnerismo si se elude esto, porque el vínculo con los setenta militantes, que se ha puesto una y otra vez sobre la mesa, efectivamente existió y aún existe –irradia sobre el

conjunto social–, pero trabajado por cantidad de torsiones, escenarios que se reformulan, urgencias que son otras. La crisis del 2001 posee una densidad tal que hace que esa luz se vuelva a ver y también oscile, refracte. Nunca en condición pura, porque es ella misma tantas veces desviada o "corregida" desde que se percibe la derrota en adelante. Interesa, además, señalar que de esta militancia que se puso al frente de la protesta social desde la segunda mitad de la década de los noventa y que se activó aún más a partir del 2000 también se alimentó el kirchnerismo. Atribuir esto a la "cooptación" o a alguna ingeniería propia del mal del sistema, simplifica el asunto y lo resuelve muy rápido. Registra Mariano Pacheco que un pequeño grupo de compañeros, que están empezando a funcionar como referentes de las organizaciones piqueteras y rondan los 20 años, escribe y discute en los primeros meses de 2000 el folleto *Estrella Federal. Apuntes para la militancia*. Entre ellos está Darío Santillán y, por supuesto, saben perfectamente lo que había significado esa estrella, también a través de Cooke y sus "apuntes" se busca enlazar alguna continuidad. Habían estado en Corrientes meses atrás, conociendo de cerca las vicisitudes de las asambleas y del corte del puente que signaron a esa provincia durante todo el año anterior. En la tapa están dibujadas las caras del Che y de Evita, cosa que trajo desacuerdos con compañeros más apegados a posiciones autonomistas, de ruptura límpida con toda política previa. Citamos un párrafo: "Más allá (o más acá) de la claridad de los proyectos revolucionarios, y muchas veces sin esa perspectiva, los pueblos que en estos últimos años vieron profundizar su miseria, comenzaron a oponer resistencia. Desde las identidades y formas más diversas, la principal semejanza es resistir al 'nuevo orden mundial' y la ideología que lo sustenta, el neoliberalismo. En la mayoría de los casos son luchas por la subsistencia de pueblos empujados a desaparecer, en otros casos de minorías excluidas, sectores sociales posterga-

dos, trabajadores explotados". Sin necesidad de poner en primer plano los recorridos biográficos de quienes firman ese escrito, el kirchnerismo dialogará con el diagnóstico aquí condensado y con evaluaciones de estas características; dialogará y ofrecerá respuestas desde un gobierno nacional condicionado por su fragilidad inicial pero con un Estado en reconstrucción. Serán políticas para el territorio y también noticias altas, rutilantes y de tapa de diario, digamos, por ejemplo, el No al Alca en la cumbre de Mar del Plata. Nunca la respuesta fue transparente, lista para una sola lectura, pero tampoco el planteo que asomaba en esa publicación desembocaba en la necesidad de políticas revolucionarias, era inevitablemente vago en este sentido. Con la noche que se cernía, después del golpe de junio de 2002, cuando la única salida política que se divisaba era por derecha –es cierto, uno de sus ensayos, el duhaldista, había fallado; aunque parte de él, deberíamos decir, porque Kirchner fue su candidato–, la evocación hecha el 25 de mayo, desde el Congreso, de lo que una vez nos había ligado con la revolución tuvo mucho de inesperado y funcionó poco a poco como un permiso. Tenue y sorpresivo. Con algo de incredulidad, despegó del prontuario, a paso lento pero con rumbo al currículum. Si al menos algo de esa experiencia te había rozado –lo mismo la de su represión y eso fue más extendido–, empezó a valer incluso hacerlo visible en los ámbitos sociales en los que estábamos inscriptos. Escribe Furet que la revolución también tiene que ser evaluada como la situación en la que una sociedad "súbitamente abierta por la crisis del poder, libera todas las palabras de las cuales es portadora". Una primera irrupción de palabras guardadas tuvo un pico entre finales de 2001 y principios de 2002; en continuidad, aunque luego de una fundamental interrupción que no alcanzó a ser plena, se empieza a gestar una nueva a partir del 25 de mayo de 2003. Por las dudas y para otra discusión: nada de esto tiene que ver con condiciones in-

mejorables para llevar adelante una discusión intelectual en la esfera pública, con el funcionamiento adecuado del campo intelectual; es otra cosa, que se nos ocurre bastante más relevante. Así y todo, el lunes 26 en la Facultad de Derecho, cuando tomó la palabra Fidel Castro, hubo más entusiasmo que el día anterior en la Plaza de Mayo. Alcira Argumedo recuerda y deja sobre el papel, a principios de diciembre de 2016, esta descripción que hace el líder cubano en conversación con Chávez; vale, aunque haya que atenuarla: "Cuando llegué al palco, la emoción fue tan grande que creí que me daba un infarto, me faltaba el aire y sentí que no podía hablar. Era como la Plaza de la Revolución, pero todo espontáneo, con un gran fervor y sin ninguna organización; algo inolvidable con este pueblo del Che. No lo puedes imaginar...". Superposiciones mediante y aunque de momento no se notara, lo radicalmente novedoso, con capacidad expansiva, era la habilitación casera, que venía del frío, no del Caribe. Se estrechaba el recuerdo, postergado y violento, con la satisfacción que empezaba, moderada, por las políticas del gobierno de Néstor Kirchner. A un costado –o en barbecho– se podía dejar la sensibilidad anarquista que, mezclada con otras cosas, se había paseado en el 2001. ¿Un poco de eso no se había colado en los intentos de prenderle fuego al Cabildo que, se recuerda, tuvieron lugar por esos días? Las circunstancias enrevesadas, de larga y corta data, dejaban esto atrás y disponían a muchos a mirar con buenos ojos a un presidente. Por lo menos sin tanta desconfianza. Pudo haber sido la astucia del político que comprendió que sólo de esa cantera –setentas y derechos humanos, a los bifes– se podía extraer el cemento o el barniz, sino para unir a la sociedad, para forjar una nueva voluntad colectiva, una que lo sostuviera. O para reconstruir el poder. (Discute Hannah Arendt, en una entrevista, con los estudiantes de izquierda de la coyuntura inmediatamente posterior a mayo de 1968, munidos ellos de definiciones

teóricas complejas y a la vez bien redondeadas. Dice: "Los revolucionarios son lo que saben cuándo el poder está tirado en la calle y cuándo pueden recogerlo".) Quienes ven esto más o menos así y lo condenan, conciben a los setentas como una exclusividad de Montoneros y ERP, sobre todo de los que murieron, incuestionables, cuando ese estar bajo el signo de la revolución con el que venimos rompiendo tanto, incluyó mucho más. Dentro, fuera y en los bordes del peronismo. (¿Tantas vueltas para llegar acá, para intentar explicar por qué le creímos –y le creemos– a Néstor Kirchner? No principalmente.) Suponen, además, que los sujetos y las ideologías son todos coherentes, sin contingencias ni necesidad de sobrevivir. Solidaria con estos supuestos, aunque invirtiendo conclusión y valoración, es la película sobre Néstor –no la de Caetano, la otra–, empecinada en trazar identidades plenas. O sea, el mismo kirchnerismo, o zonas de él, hizo suya esa visión equívoca que si pareció no interferir con la política efectiva que se fue realizando, hoy es preciso despejar para ver cómo ganamos eficacia en la lucha en curso. Además interfirió, también porque esa misma perspectiva buscó deslindar al kirchnerismo del 2001[12], interponiendo entre las imágenes de la protesta social y las de la asunción de Kirchner, un neutro paisaje patagónico surcado por el viento que mueve las matas resecas... Hubiera hecho falta chequear el libro de Wainfeld para ver cómo piensa este corte que impidió tener bien presente la procedencia, la fuente que hizo posible lo que siguió. En cuanto a la reconstrucción del poder, otros –que en algún andarivel coinciden con los del cuestionamiento anterior– suponen que desde Estado se anuló la lucha de clases que se había por fin expresado con sus extremos. Con el macrismo en el gobierno, en vías de reencauzamiento el Estado hacia sus posiciones históricamente más propias, se hace hasta fácil ver que con esos materiales –setentas y derechos humanos, a los bifes–, el poder que se reconstruya no

será el usual, tendrá una importante singularidad. Porque no hay manera de hacer de esos asuntos un uso meramente instrumental o decorativo. De alta combustión, flamígeros.

16. Lo que nos convocó del kirchnerismo en la primera hora fue la tarea de la reparación de una trama social sistemáticamente maltratada, al límite de su desasimiento, tarea que fue emprendida con pizcas de épica y que, nuevamente, iba un poco más lejos de lo que la sociedad –o lo que quedara de ella, decíamos en ese entonces– esperaba de un nuevo gobierno. Por la tarea en sí misma y por las pizcas de épica que se entrometieron desde un vamos, por ambas cosas. Una vez percibidos los peores riesgos, se extendió el anhelo de salir del 2001, pero en cuanto a envolverse en una nueva aventura política, aunque fuera tibia, eso era otro asunto. Que el gobierno de Kirchner se ubicara así por delante –¿a la vanguardia?, ¿de qué?– ayudó también a la reactivación de esas células que habían parecido muertas. Como "zombis", como "muertos vivos", dice Alejandro Kaufman que reaparecen los sobrevivientes en la entrevista que le hace *La Biblioteca* a fines de 2011. Pero también estaban las células flamantes, de recorrido corto: sería fenomenal, por ejemplo, saber qué pasó una vez que "apareció" Kirchner con los estudiantes que corrían por izquierda al Casullo particularmente preocupado del verano del 2002. O con los piqueteros de Mosconi que se tapaban la cara y tiraban piedras con gomera. O tener la posibilidad de escuchar las discusiones entre los referentes de los MTD así como los interrogantes que seguramente aparecieron al interior de esos movimientos, entre sus bases. Miren esto, de vuelta más atrás, con los que todos daban por muertos: "En la zona quedan *montos* que no hacen nada, pero se acuerdan de los años setenta". Lo dice Martha Ferro, en otro reportaje de María Moreno y con los calores del mismo

verano. Ferro fue militante trotskista y feminista, estuvo por años en la sección policiales de *Crónica* y el 19 de diciembre montó guardia en el piquete de Villafañe y Almirante Brown, en la Boca. Esa es la "zona" en la que pululan *montos* sin tarea y uno de ellos –así sigue la anécdota–, habrá sido en el 2000, le "metió un tiro en las pelotas" a un tipo pintón que andaba por el barrio y había "agarrado" a una nenita. A la pregunta por lo que fue de estos viejos militantes a partir de mayo de 2003 –posibles "muertos vivos" que reaparecieron–, sumemos a contrapelo la duda por lo que hicieron y pensaron entre diciembre de 2001 y la asunción de Kirchner. A la vez, en línea con lo que le robamos a Furet, la impresión de que sin "diciembre de 2001" esta visibilidad de repente alcanzada, como muchas otras cosas más, quedaba en el tintero, en silencio para siempre. De todos modos, imposible no observar que de la revolución a la reparación hay un largo camino, una indisimulable diferencia. Para que una tarea como ésta –¿reformista?– nos convocara, además del agotamiento de la revolución en tanto meta y tarea, pesó la experiencia misma de ese largo maltrato, de esa sostenida ofensiva que se había padecido. Dictadura primero, neoliberalismo durante y después, aunque también se diga menemismo o década de los noventa. Como marcábamos, la larga permanencia bajo el signo de la contrarrevolución, de la capacidad inmensa del terrorismo de Estado de producir estragos y de la perdurabilidad de éstos al servicio de una reconfiguración regresiva de la sociedad. Los números de la economía, el estado de abandono de amplias mayorías, el languidecimiento de la cultura, la atonía social y la propia debilidad, todo hablaba de lo mismo. Sólo al aceptar la derrota, pero al hacerlo con incomodidad y a disgusto, se podía apreciar el pasaje de la revolución a la reparación no como una maniobra distractiva de lo verdaderamente importante, tampoco como una traición.[13] Volvamos al argumento de Casullo en la entrevista referida:

como las instituciones en la Argentina "ya están rotas", no tiene sentido pensar la época como prerrevolucionaria, "sino una época donde decir 'cuidemos algo'. Sostengamos lo que se nos viene dolorosamente abajo. Juntémonos para hacer de viga circunstancial que sostenga". La publicación *Estrella Federal* sale una sola vez, después ese núcleo militante hará circular otra a la que llamarán, ya sin guiños y desnudamente, *En la ruta*. Este deslizamiento señalado por Mariano Pacheco es también una adecuación en sintonía de alguna manera con lo de Casullo. Pero incluso en *Estrella Federal* las búsquedas y los enunciados revolucionarios se combinaban con otros de un tenor distinto: contra la "cultura del individualismo" practicar la "cultura de la solidaridad, conquistando un Futuro para todos". Esta disposición nueva de los que habían estado bajo el signo de la revolución es lo que articuló Kirchner. Con algo de esto otro que es parecido pero no igual: Martha Ferro cuenta que el 20 había ido a la plaza preparada "como cuando peleábamos con Onganía"; en el entusiasmo no había tenido en cuenta los años que habían pasado, le dieron para que tenga y lamenta no haberse hecho de una hondera. Concluye: "Volvemos a la época de los cazadores". María Moreno le retruca "Pero no a la de los cazadores de utopías". "¿Qué utopías? A lo mejor hay que volver a la literatura gauchesca y aprender a usar las boleadoras...". (Poco antes de esa coyuntura, hasta Andrés Rivera se había cansado de la palabrita. En una entrevista del 9 de julio de 2000, que la Ñ vuelve a publicar a fines de 2016, en ocasión de su muerte, se refiere a la "enorme legión de los derrotados que pelearon por... iba a decir 'por una utopía' pero olvide esa palabra." "¿Usted ya no la usa?" "No, ya no, porque la usan demasiado y hay que ver qué quiere decir". El título de la entrevista había sido y vuelve a ser "La dignidad de la derrota". O sea, derrotados impolutos, que no se ensucian con bajezas. Ejem, lo que no fue el kirchnerismo, a mucha honra por supuesto).

Expulsada la utopía, volvía o más sencillamente hacía entrada la política. Incluso como reconstrucción nacional. José Nun, en tanto secretario de Cultura, explica en 2005 el nuevo momento político como vuelta de página de una guerra todavía muy cercana: "Creo que muchas veces no se toma suficiente conciencia de que nosotros mismos estamos saliendo, apenas saliendo, de una guerra política, social y económica que ha sido más larga que la Guerra de los Treinta años y que ha reducido a la Argentina a un país para 20 millones de habitantes y no para los 38 que somos". Se enseña la guerra pero, acorde con el momento –con lo que deja ver y escamotea–, quedan de lado, como si no hiciera falta nombrar más, sus protagonistas, quienes alistan en los bandos enfrentados. Como sea, esto es otra cosa y hace mejor sentido que la "guerra entre unos y otros" que se había agitado con insistencia durante los meses previos a la masacre del Puente Pueyrredón, desde lo más encumbrado del gobierno de Duhalde, desde la prensa seria, siempre en referencia a los piqueteros, así como dejando que ronde la posibilidad de que intervengan las Fuerzas Armadas. Lo de Nun es entonces la legitimación de la política ante la devastación, poniendo proa a los festejos del Bicentenario pero ahí él ya estaría en la oposición. Si no media una confusión, fue Diana Bellesi quien en algún suplemento cultural de los primeros años 2000, emparentó a Los Redonditos de Ricota con José Hernández, por el inextricable diálogo y entendimiento con los excluidos de una época y de otra. De la "organización nacional" y de la década de los noventa. Lo obvio: el Indio Solari no es José Hernández, ni Kirchner (Néstor y Cristina) es Julio Argentino Roca; pero ambos, que venían situándose por fuera del curso principal de la vida política, montando esa relación con multitudes extraviadas, pasaron a identificarse con el liderazgo de unos y de otro. El creador de *Martín Fierro* había andado de conspiración en conspiración, fallidas; el Indio Solari leyendo

a Kerouac y a Debord, no al Che o Walsh, al punto de que, si le creemos a Gloria Guerrero, la noche del 24 de mayo de 1973, mientras multitudes velan por la asunción de Cámpora y se pergeña la liberación de los presos políticos, toma anfetas con unos amigos y no paran de hablar hasta que se les ampollan las lenguas. La brutalidad, digámoslo así, de los años inmediatamente previos si no los modera los encauza y hace responsables, a ellos y a quienes los siguen y repiten sus versos o hacen pogo. Pero algo exageramos porque, no jodamos, el "menemismo" no fue un "huracán de sangre" como decía Hernández del mitrismo y la guerra contra las montoneras del Chacho Peñaloza y la del Paraguay hacen imposible desmentir. Lo cierto es que cuando el gobierno de Néstor Kirchner nos convocó para cargar con responsabilidades pequeñas en el ámbito estatal, que de a poco pasaban a tener alguna relevancia dada su incidencia, no se nos ocurrió insincero ni nos dio arcadas ligarnos de semejante manera al oficialismo político de una sociedad capitalista. ¿"Un país en serio" decía una de las consignas de campaña? Creo que sí. Lo había olvidado pero eso también estaba en el discurso de asunción y quedó hasta en la película –en la de Caetano no sé, en la otra seguro–, donde se encabalgan entonces las referencia a la "generación diezmada" con el "país en serio", también con "un país normal", pegado a un adversativo: "pero además quiero un país más justo". Si en los primeros noventa *Los traidores* de Gleyzer resultaba incomprensible, cuando la volvimos a ver en esta circunstancia nos gustó poco o nada, a lo sumo un documento de una época desquiciada, una sociedad que se preparaba para la autodestrucción. A algunos.

17. Aunque el argumento parezca retroceder, añadamos algo más a lo que se dice sobre los años noventa, en primera instancia para evitar la impresión de que el menemismo fue

sólo exterior a la angosta franja que en especial nos interesa; o la de que el kirchnerismo es sólo su contracara, el bálsamo que alcanzó a dar vuelta la página, la sanación. Interesa decir que el menemismo fue un nuevo y fundamental capítulo en la constitución de esa sociedad de "hedonismo de masas" que Pasolini observa y anatemiza en los primeros años setenta en Italia, al entenderla como la resultante de una fenomenal mutación del poder que hace tabla rasa definitiva con todas las formas de vida previas a la del triunfo ya sin mayores desafíos de la "cultura de masas" del capitalismo: la campesina, la católica, la obrera, la lumpenproletaria. Ni un poco lo consuela que el PCI esté haciendo sus mejores elecciones en décadas, es resultado de eso mismo. Lo que lo inquieta aún más es que, a pesar de tener los ojos bien abiertos, no se explica cómo se saldrá de ese nuevo anudamiento social, alejado definitivamente de lo represivo y con enorme capacidad de producir y encauzar deseo. Entre nosotros y poco después de 1989, la apertura indiscriminada de la economía a los flujos de la globalización, el "uno a uno" y la entronización del mercado, hicieron explotar y extender el consumo –sí, en los números sólo durante los primeros años, pongamos que hasta la reelección–, convertido en práctica reguladora que en alguna medida morigeraba el borramiento de los sentidos; a la vez, como célula que tiende a "homologar" –repite esta palabra una y otra vez Pasolini en artículos periodísticos reunidos tras su muerte en *Escritos corsarios*–, desde lo más encumbrado de la sociedad a lo que antes circulaba por otros carriles, para cada tanto tensarse en lucha, y ahora tan sólo se sitúa, dejándose deslumbrar, en sus bordes engrosados. "Hedonismo de masas" *all uso nostro*: en circunstancias de desempleo creciente, con la sospecha casi certeza de que las vacas gordas no durarían ni siete años pero también, y esto le daba flamante letalidad, en condiciones de libertades públicas plenas. Por supuesto, más alejada que nunca la revolución, con la

derrota a flor de piel y necesitados de consuelos. Más allá de la furia, que es también desesperación, del escritor y director que abjura de su *Trilogía de la vida*, no supimos pero tampoco nos animamos a caracterizarla de esa forma, preferimos poner lo que ocurría en relación con el neoliberalismo y la exclusión, cosa desde ya muy cierta pero que se articulaba con esto otro. Fue una de las maneras, no la única, que tuvo el menemismo de reconjugar al peronismo, es decir, de no dejar de identificarse con él, en una situación de giro drástico de época. Porque el peronismo en su hora primera había sido también la exaltación del consumo después de años de privaciones, incluso de culturas de izquierda que alababan la vida austera. (Expansión del consumo e intensificación de la lucha de clases fueron de la mano durante los años de Perón en el gobierno; en cambio, lo que detecta Pasolini para la Italia que sale tardíamente de la posguerra implica el aplastamiento definitivo de la lucha de clases bajo un nuevo e irrebatible "totalitarismo" hedonista de consumo). En los noventa, el mazazo final al Estado de bienestar que, devastado y en profunda crisis, no aliviaba sustancialmente de cargas a los trabajadores ni aseguraba protección para los desposeídos, se combina con consumos de todo tipo, onerosos o migajas, fiestas por doquier y oportunidades de negocios que se espejan, contaminan y distorsionan, en lo alto y en lo bajo. Aunque *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia* (2003) nazca de un fusilamiento fuera de la ley, que da pie a que un narrador de clase media se sumerja en la vida de las clases populares que viven en los límites de la ciudad, en todo lo demás el libro de Cristian Alarcón se distancia de *Operación Masacre*. Desde ya, la estructura productiva de la Argentina era una en 1956 y otra muy distinta en 1999, al ritmo de la transformación del capitalismo, que reviste formas específicas y agudas en los países sudamericanos. La inocencia se vuelve así tan imposible como la política en esa barriada que se entremezcla

con la villa en San Fernando, en el tercer cordón del Gran Buenos Aires. El anhelo de justicia, humana o histórica, motor de la investigación de Walsh, también de sus "personas" –basta recordar la obstinación en la denuncia del "fusilado que vive" Juan Carlos Livraga–, no alimenta la escritura de Alarcón, así como tampoco a la corta vida del fusilado Víctor Manuel "Frente" Vital ni a la de sus amigos. Nada que conversar con el Estado del que casi exclusivamente se conoce a la policía; tampoco con la política revolucionaria o con la historia, a las que sencillamente se las ignora, como si no hubieran pasado por ahí. Luego del asesinato, la madre del "Frente" pasa a encarnar otro papel en la villa, pero para sacar a su hijo de la delincuencia el recurso último que ensaya es el de convertirse en "vigiladora privada". Si inocencia, política, justicia son un agujero sin final es porque las "personas" de esta otra investigación, a diferencias de las de Walsh, viven en "estado de excepción" permanente, es lo único que conocen como norma y en este punto no se engañan. ¿De qué vale seguir montando la actuación del "pobre de solemnidad" a la Álvaro Yunque o del trabajador honrado, con identidad política y conforme incluso con sus consumos moderados de *Operación masacre*, cuando para ellos no hay ley ni trabajo, cuando el espacio público es pura estupidez, arena para denuncias de corrupción que van para los anales de la hipocresía? Cuando mentar el futuro es de papanatas, cínicos o hijos de puta y nada ha quedado fuera del dominio del capital y su salvajismo. Poco importa incluso que el período en el que se desarrolla esta investigación coincida con el de la acentuación de la crisis y la mayor incidencia de los movimientos sociales, escasa o ninguna marca queda de esto en este paisaje social que parece estar así para siempre. El hueco que deja la política, profundo y justo, sólo lo reconoce y lamenta el narrador, por ejemplo cuando remarca que "los tiempos han cambiado en contra nuestra, y ya no hay ley, no hay iguales, no existe el milagro de

la salvación". O cuando emparenta el robo que hacen el Frente y sus amigos de un camión de *La Serenísima,* que terminó con víveres repartidos entre los chicos de la villa y en las cárceles, con las operaciones que hacían durante los setentas "los militantes de las organizaciones armadas". A la vez, *Cuando me muera...* está lleno de "sobrevivientes" que conforman la erizada persona colectiva de este libro. Pero, desde ya, no son de los años que creyeron acariciar la revolución, sino de la fenomenal transformación económica y de la expulsión de cientos de miles por fuera de la malla social. Digamos, los de la guerra larga de Nun, que es también de los "pibes chorros" que no fueron abatidos en la "batalla entre la policía y la villa", una "guerra" que no cesa. Contra la estampa mansa de la víctima, sobre todo a través del "Frente" Vital lo que despunta es el riesgo y el exceso en clave casi libérrima. Le da vueltas Alarcón: "paganismo villero histórico" o "vitalismo de suburbio extremo" o "extremo vitalismo suburbano". De acuerdo, hay una modulación que viene de lejos, histórica, pero también en estas páginas lo que se registra es una discontinuidad, en primera instancia en tanto no hay diques de contención que impidan que esa forma de vida –la de la delincuencia– se expanda y subyugue, disponga a tantos a sumarse. Muy difícil sino imposible que en esa circunstancia alguno de esos pibes pudiera escuchar al Griego Blajaquis, para poner el nombre del militante revolucionario obrero clave en *¿Quién mató a Rosendo?* (1968) de Walsh. Antes de apostarse como "vigiladora privada", la madre insistía con que su hijo fuera a la escuela y estudiara computación. No funciona y nada que ver con el argumento antidisciplinario, tan sólo que la escuela es "un aburrimiento insufrible"; se enfila con carpetita a las clases de computación pero no llega a destino. Nada menos tentador que el camino de los pobres de buena pobreza, representados por algunos de los mayores de los "pibes chorros", viejos ladrones de treinta años que, después de

muchas peripecias, han quedado agotados y no les queda más que aceptar trabajos paupérrimos. "Molesta y modesta legalidad" –así la percibe Alarcón en uno de ellos– que, además, los posterga en dosis de consumos menores que las que las gozadas por los que aún se mantienen en la actividad. Es lo que añora un "veterano" que entregó las armas, además con la crisis encima: "Con doscientos mangos un viernes... Uy!: baile, mujeres, escabio, ropa". Un garrón ser sobrevivientes, apenas poco más que sombras. Obviamente, no hay ejemplaridad ahí; sólo la derrota, una nueva derrota. La calle es lo que los convoca con fuerza incomparable, como "prado de posibilidades". "Manuel recuerda con cierta ternura los fetiches de la clase media consumista de mediados de los noventa, la aparición masiva de esas bicicletas de metal ultraliviano, esas bicicletas que se levantan con apenas el anular, bicis de decenas de cambios, aerodinámicas; bicis voladoras del menemismo consumista que los chicos de San Fernando acarreaban persistentes para reducirlas no muy lejos de sus casas". La ternura es efecto de lo efímero que fue el momento de atracón sencillo, casi sin despeinarse, condenados unos y otros a hacer realidad sólo por un instante las promesas del consumo y luego a extrañarlas a la distancia. Añoranza que también se cuela en el argumento sobre la importancia del robo del camión de *La Serenísima*: "la villa se llenó de lácteos, de yogur, de leche cultivada, de cosas que nunca se habían podido tener". La góndola recargada de los nuevos supermercados y el efímero cuerno de la abundancia. Entonces: como si se volviera a entonar "por cuatro días locos que vamos a vivir/ por cuatro días locos te tenés que divertir" que Sebreli, en el artículo de *Contorno* al que nos referíamos en las primeras páginas, entendía que calzaba a la perfección en la, digámoslo así, subjetividad peronista. Quizás con más verdad, seguro que más despiadadamente y ya sin marchita ni agradecimiento al líder o a Eva. Durante los años del menemismo se produce esta

reinterpretación que, aunque acotada, funciona; a contraluz, *Cuando me muera*... pone a esto de relieve desde un extremo que tiene el poder para arrastrar a la villa y desde esa excepcionalidad hace ver mucho más. "El derroche más que la pura generosidad es lo que mejor puede calificar el carácter de Víctor Manuel Vital. Y la fiesta era, por supuesto, el máximo y más brillante escenario del gasto del dinero robado". Si las buenas maneras apenas son eficaces para esconder que el consumo –siempre y más aún en la sociedad del "hedonismo de masas"– tiene casi todo de pasión antisocial, en tanto es individual y no perdura –no crea "mundo" escribe Arendt–, el derroche y la fiesta que además provienen del robo exasperan porque remueven y destacan lo que se prefiere ignorar. Junto con este desquicio, con su irremplazable ayuda, durante los años menemistas se proporcionó no poco alivió al desamarrarse los "nosotros", las pertenencias colectivas caducas, que se negaban a morir. Los pobres dignos era una. Irrespirables se habían vuelto los núcleos que querían mantenerse atados al fuego de la revolución como si no hubiera pasado nada. Ante tanto terror, fastidio e insignificancia de la Patria, el menemismo dejó de hinchar con el tema. Complacida pero a la par encabritada la sensibilidad anarquista. Ricardo Zevi acude al sindicato pero sabe que no puede seguir ahí, de modo que cobra la indemnización y se compra un taxi, enfila hacia la vida privada. Cuando además esos años se combinan con el peligro, parece que por fin se olfatea de nuevo la vida. Hartos de la sociedad, de todo a lo que obliga a cambio de tan poca cosa o de que nos jugara sin vueltas en contra, abrió un poco más la puerta el menemismo para que termináramos de desresponsabilizarnos por su suerte. Otra: nos libera de la romantización del pueblo, con o sin mayúscula. Licuefacción de los últimos sólidos, listos para otra cosa; el derroche, la fiesta y también el robo fundan tramas que apenas se sostienen, lo que efectivamente se soporta. La somnolencia que

le produce a Polo la política –como lengua que habla la sociedad para gobernarse y alcanzar su representación: un bodrio– contrasta con lo que también para él es el "prado de posibilidades" que le presenta la calle, de donde saca sus historias tan anómalas como intensas, aunque siempre en vías de extinción; en la enorme penumbra de la ley y con plena suspensión del juicio moral. Varias hoy no podrían verse, menos que menos en el canal estatal, alguna asociación de víctimas lo impediría. De acuerdo: no para todos fue igual de estimulante esto pero, no nos hagamos los zonzos, para muchos que habían tenido que ver con la revolución y que después se reencontraron con la política a través del kirchnerismo, en algún momento produjo una suculenta atracción. De esta manera, bienvenida sea la "intemperie" con la que Halperin Donghi termina su ensayo sobre la agonía de la Argentina peronista. No hay que dejarse afectar por la melancolía de este historiador que ni siquiera él mismo se toma en serio. En un extremo del ring, los ganadores de siempre; en el otro, los "pibes chorros" de San Fernando y, sumemos, la banda de delincuentes con las que se reencuentra Ricardo Piglia en *Plata quemada* (1997). Pero muy raramente la piña bien colocada sea en la cara de los poderosos, la guerra la lanzan contra la sociedad. Piglia –también Alarcón– estiliza esas vidas. Rozan, unas y otras, el monumento y el santuario. El robo se convierte en despilfarro y enerva. En las de *Plata quemada*, la delincuencia, el peronismo derrotado de la resistencia y el terrorismo se entrelazan en un mismo desprecio por la sociedad, sus valores, signos e instituciones. A unos y a otros, la sociedad –eso que los medios enaltecían como tal durante los noventa– no quiere sino verlos muertos. Luego de que los delincuentes protagonicen una larga resistencia sostenida en mucha merca, que es adjetivada como heroica y lo es; luego de que los terroristas quemen billete tras billete ante los ojos incrédulos de vecinos y televidentes, cunde la exasperación en la multi-

tud de temerosos que se lanzan a linchar al único que no ha caído en un combate que, se escribe, hace acordar a Vietnam. Por más que el hecho haya sido recogido por Piglia de mediados de los sesenta, en nosotros lectores de esta novela a fines de los noventa y, de nuevo en esta coyuntura macrista, lo que reverbera es mucho más. Ahora bien, nada de esto podía ser sin costos, como si a cada exceso y a cada embate antisocial le correspondiera un bajón. Bajón como culpa, sin sentido, arrepentimiento. Y cansancio sobre todo. Del pico de la primera persona que, desde la altura –azotea, pisos superiores, torres– dispara a las fuerzas del orden y de la respetabilidad burguesa, a la impresión insoportable de que nunca más se estará al abrigo de un "nosotros". De que el superhombre chueco y destartalado, la fiesta derrochona y el hedonismo nos conducían a la desintegración, con un horizonte de precarización y abandono que nos muerde los tobillos y al final de cuentas nos involucraría de lleno. Por ejemplo, cuando la edad obliga a sacar la cabeza de lo que la turbación tiene de fascinante. Un país que no precisa siquiera de los vástagos de la clase media profesional, aun cuando den muestras de querer dejar atrás sus descarríos. Pero, de vuelta, esto habilitó, casi que nos compelió, a leer de todo, muy por fuera del canon revolucionario o de cualquier otro, para ver si se podía salir de la confusión máxima. Otro cantar, desde ya, los que atravesaron el menemismo atado a sus certezas progresistas –no tenía que usar esta palabra–, a las denuncias de corrupción y a las esperanzas blancas. O a las utopías.

18. Señal de la presencia que la cuestión de la reparación había tenido desde el inicio de la postdictadura se puede encontrar en la conversación que mantiene el Chacho Álvarez con *El Porteño* en los primeros días de mayo de 1989. Título de la nota: "El fenómeno Menem es una reparación cultural". "Más

allá de la oferta y la promesa de gobierno, antes que eso, hay ya una reparación cultural: a los sectores más marginados, más excluidos que no tuvieron voz ni lugar en esta Argentina, Menem les devolvió un espacio de representación política y esto es más importante que una oferta electoral porque tiene que ver con una reinstalación de esos sectores en el escenario político". A Alfonsín también lo mide con esa vara, pero en relación con el daño simbólico que acarreaban las clases medias y, más en general, la sociedad. El fracaso del alfonsinismo –tema del momento– fue resultado de su inconsecuencia, de la que dan muestra los avances y retrocesos en la política de derechos humanos, Punto Final y Obediencia Debida después del juicio del '85. Las elecciones están a punto de suceder cuando este número de la revista sale a la calle y, dado que a los periodistas –Jorge Warley y Rolando Graña– no los convence ni un poco lo que Álvarez está diciendo, tal como si sospecharan que él mismo no cree demasiado en sus argumentos, no le dan descanso. Afirma entonces que "el peronismo va a tener que ver qué papel le da a los sectores populares en esta coyuntura" y que "todo análisis referido al peronismo tiene que ver con el *estado de ánimo de las masas* para decirlo con una frase rimbombante". La revolución –"en el '73, cuando queríamos hacer la revolución, Cámpora tampoco estaba a la altura de la movilización revolucionaria en la Argentina"– es un muro, válido tan sólo para el contraste con la reparación que se persigue en el presente. La Tablada y el atentado que apenas días atrás sufrió *El Porteño,* por publicar el cuento de Néstor Perlongher –*Evita vive (en cada hotel organizado)*–, tensan más el reportaje. La reparación cultural en marcha a través de Menem es la tabla a la que se aferra Álvarez, porque "los trabajadores, los humildes, los marginados tienen una adhesión casi fanática a la figura de Menem" y consideran que si llega él a la presidencia "llega uno de ellos". Por debajo de políticas oficiales y campañas electora-

les, pero con cantidad de hilos que intermitentemente comunican con unas y otras, la reparación como demanda estaba inscripta en sindicatos y organismos de derechos humanos desde esos mismos años. Con acento cultural a veces, otras en reivindicaciones contantes y sonantes; como sea pero en plan más defensivo que otra cosa. Durante el neoliberalismo le dio el tono a prácticas que se expandieron sin centralización y que la asumieron como tarea ante el desentendimiento del Estado; a partir de mediados de la década de los noventa, los movimientos sociales, quizás sus referentes principales, cada tanto apuntan más lejos, pero tarde o temprano se descubren en ese barro. Son otras las palabras que ordenan la reflexión teórica y política que lleva adelante Ignacio Lewkowicz desde los primeros noventa y se reúnen en *Pensar sin Estado* (2004); sin embargo, al releer estas intervenciones, el sentido de la política que se busca –política que por fin gane en eficacia–, se puede ligar sin mayores forzamientos con estas experiencias militantes. El agotamiento del Estado-nación, la limitación drástica de su soberanía, que lo posterga como Estado técnico administrativo, conlleva al fin de la subjetividad estatal por él instituida. La "ciudadanía" se revela como la ficción que era, ya que, al quedar desplazado el suelo estatal nacional que la hacía funcionar, sin sostén se vuelve impotente, irrelevante. No se trata de pensar esta novedad como un "trauma" o un "acontecimiento" –dirá en el único de estos escritos que no procede de una intervención precisa y queda sin fecha–, sino de una "catástrofe", una inundación que llegó para quedarse. Es el "consumidor" la figura que reemplaza al "ciudadano" y los que no tienen manera de incluirse como tales, de lograr así que se los reconozca humanos, pasan a ser "expulsados"; su lugar es el "depósito", las ruinas de la instituciones disciplinarias. En cantidad de mesas redondas circularon estas ideas que antes habían madurado en numerosos grupos y cientos de clases. Por todo lo anterior, con-

tra la intuición que en algún momento hace creer que "Diciembre de 2001 era nuestro Mayo del '68", en tanto una de las cumbres de la crítica radical al Estado, en el prólogo de este libro reconsidera que lo que se pone de manifiesto es el nuevo momento postestatal, del pensamiento y la política. Actuar desde "lo que hay" y ya no subrayar "lo que falta" implica aceptar la caída del Estado-nación, aquel que producía subjetividad y habilitaba, en el revés de su trama, a la crítica revolucionaria. Si el "no hay relación" de Lacan –propone Lewkowicz– daba cuenta "de una relación que nunca acababa de consumarse" y la "lucha de clases" era una de las formas que alcanzaba el diferendo, "nuestra época la pone otro dramatismo a la desrelación". Es el "vínculo social mismo" el que se ha vuelto imposible: "la desrelación social no se reduce a dos conjuntos con imposibilidad complementaria; es un desquicio general". Así las cosas, nada extraña que esa suerte de consigna foucaultiana, "pensar es hacer tajos" –en las identidades, en los sujetos, en la historia–, que hacia el final de la "primavera democrática" nos animó a varios que de inmediato quedamos pedaleando en el aire, vire en la afirmación de que la tarea política del pensamiento es la de componer, "configurar". Atenuada al mínimo la ley, ante un nueva trama de poder que se desimplica de la sociedad –para el provecho de las clases dominantes que, no obstante, se quejan de los efectos indeseados que cada tanto las sacuden–, ante la "catástrofe", la revolución hace mutis como también se jubila, y da la impresión de que es para siempre, la lengua que, digamos, habla justamente de clases dominantes. "Configurar" *nosotros* en tanto forma de subjetividad activa que logra habitar el "desfondamiento". Un andarivel más: si, como escribe Arendt, el declive de la tradición y de la Historia, su sucedánea moderna, permite apreciar como nunca antes gemas que habían quedado enterradas por el peso de autoridades y leyes, en nuestro caso esto iba acompañado de la impresión de que el mercado, la glo-

balización y lo actual se llevaban puesto no sólo a Cooke o a Mariátegui, sino también al mismísimo Sarmiento. Justo en el momento en que, además, nos empezaba a interesar mucho, más también. Encontrábamos el tiempo para leer y pensar con *Música sentimental* de Cambaceres o con *La locura en la historia* de Ramos Mejía, es decir, textos inscriptos en perspectivas enfrentadas a la de la revolución, porque efectivamente ésta ya no tomaba casi nada de nuestras vidas. Pero, a la par, no podíamos sino vislumbrar el riesgo que rodeaba a todo esto que recién descubríamos, en tanto letras insignificantes para la nueva forma de poder. El entusiasmo por el horizonte en expansión de lecturas pretéritas poco o nada sabía entonces de picotas, la crítica misma estaba puesta en cuestión. Así, mientras en *En busca de la ideología argentina* (1986) de Oscar Terán sólo de manera restringida se hace presente esta fuerza, ya que aún parece acuciante la necesidad de encontrar una línea entre tradiciones por fuera del autoritarismo o, incluso, es vívido el temblor al detectar cuánto de la ideología argentina había contribuido al desastre último; *Restos Pampeanos* (1999) de Horacio González parece una gran arca que pretende salvar a todas esas obras tan distanciadas entre sí en tiempos de política vigorosa, lisa y llana. "Llamamos pampa a un conjunto de escritos argentinos, que son escritos sobrevivientes pero eclipsados o abandonados". Detalles fundamentales permiten que Viñas se entrame con Jauretche y con Martínez Estrada o Hernández Arregui con Rojas y Lugones. Es "la justicia poética de una rueda, que como molinete extraviado entre fumaradas va girando sobre los despojos de lo que pudo ser el pensamiento crítico argentino". Hay lugar también para Ignacio B. Anzoátegui, autor de "extrañas gemas del pensamiento ultramontano y antimodernista", fustigarlo casi que no vale la pena. A fin de cuentas, esto ofició como una manera de reencontrarnos con lo nacional. Se pregunta González y nos lo pregunta-

mos muchos con él, pero mal, de a ratos y entre balbuceos: "¿Hay una posibilidad para el colectivo nacional de refundar la justicia sobre la base de una memoria argentina emancipada?, ¿hay una posibilidad de que esa memoria se encarne en grupos sociales y culturales que digan la novedad reparadora que nos merecemos?". Mediados de 2003, el inofensivo pródromo del kirchnerismo nos encontró preocupados por cómo apuntalar desde un lugar tan enclenque como lo que había quedado del viejo Estado el lazo social, la trama de la sociedad. Con escasas expectativas, aunque también con entusiasmo, nos preguntamos cómo volver a conjugar un "nosotros" después de todas las miserias de los individualismos y de las barbaridades de los sujetos monolíticos del siglo XX. Casi que me cito glosando una de las lecturas a las que habíamos arribado. Parecía aún una tarea del repliegue del '76 que se había hecho mal, pero en ese entonces el plan mayor seguía siendo la revolución; a mediados de 2003, tampoco en lo que viene después, hay tal cosa, sólo la reparación. Raro talante conservador que hizo que, de repente, en la relectura de *La excursión a los indios ranqueles* encontráramos que "no hay peor civilización que la que no tiene clemencia con los derrotados". Y lo repitiéramos. O que, incluso en 2005, tropezáramos con esta afirmación de José Hernández y se nos ocurriera –primera persona que aunque del plural es angosta– fundamental en relación con lo que estábamos haciendo: "Dios, la Providencia, el destino, la filosofía de la Revolución son frases convencionales y elásticas que se amoldan a todos los crímenes y se invocan por todos los déspotas de la tierra, y presiden la destrucción, la muerte y el exterminio, y son la divisa de todas las iniquidades triunfantes".[14]

19. Junto con los sobrevivientes que poco a poco, rescatados, además de tales pasaron a ser otra cosa, lo que volvió durante los años de kirchnerismo en el gobierno nacional fue el peronismo. Aunque las dudas no se acallaron hasta el último día –incluso Daniel James se enredó en la discusión acerca de la verdadera condición peronista del kirchnerismo–, luego del primer año de gobierno de Macri y de la "rehabilitación de las clases acomodadas", evidente se vuelve que el problema que enfrentan es nuevamente el de la activación del "gigante invertebrado y miope", como decía Cooke, incluso de las astillas de él que llevan adentro y le permitieron ganar las elecciones. Agreguemos porque no nos convence: en la dialéctica –o con la presión– que el kirchnerismo y todo lo que se encendió le proponen, removido el fondo de su historia, de la que no se puede desprender como si nada. Sobrador, un puntero del P. J. diría que es imposible que el peronismo haya vuelto si nunca se fue... Pero, en efecto, éste es el tema, porque la máquina de derretir sólidos parecía haber hecho también con él su tarea, aunque lo suyo –movimientista– desde siempre le escapó a la inmovilidad grávida. Se podría trazar una genealogía del desgranamiento o de la desidentificación, que arranque incluso con la muerte de Perón, pero la impresión es que no hace falta. Casullo, por ejemplo, recuerda en el primer número de la revista *Lezama* (abril de 2004) que un grupo de militantes –entre ellos se encontraba–, renunció al peronismo a mediados de los ochenta, haciendo pública una carta en la que criticaban acerbamente el abandono de las banderas de la liberación nacional. El asunto, añade, pasó desapercibido, sin pena ni gloria. (Es ahí nomás del acto en la ESMA, y entregado está Casullo, por fin gratamente, a "las ironías increíbles de la historia": el artículo se titula "Viejo abracadabras voy a evocarte" y, más chiquito, "Kirchner y el retorno maltrecho de la izquierda peronista"). Llega Menem y demuestra que la mutación que implica des-

prenderse de esas banderas no lo afecta en la adhesión popular ni en los votos, que es la histórica del peronismo pero golpeada con fuerza por años de crisis. Jacoby entrevista a Verbitsky en 1987, poco después de Semana Santa, en la revista *Fin de siglo*. Le pregunta cómo entiende que durante esas largas jornadas en las que la Plaza de Mayo y la del Congreso permanecieron prácticamente ocupadas por multitudes, y con convocatoria incluso del peronismo, apenas si hubo presencia obrera. Verbitsky: "Ese es el fenómeno de la Argentina posproceso. La última vez que vi a los cabecitas negras en la calle fue en el acto de cierre de campaña de Luder". Volvemos a esa escena. Se podría decir que exagera un poco, porque se amontonaron cabecitas negras en los actos convocados por Ubaldini, casi siempre un poco alejados de la casa de gobierno y del Obelisco. El fenómeno, no obstante, es ése. Con el menemóvil que recorre el conurbano y las barriadas más desprotegidas, logrando que los "nuevos pobres" lo saluden a su paso desde las veredas rotas; incluso con el acto de asunción presidencial o, para el día de la Lealtad también de 1989, con una concentración masiva en la Plaza de Mayo en la que se temió por los desbordes, ya que muy cerca estaban los saqueos, pero no hubo más que detenciones –muchas– por ebriedad; el menemismo más que combinarse con el renacer que no fue tal de ese protagonismo social, pareció reiniciar la política de movilización del peronismo, aunque más no sea por necesidad ritual. Pero sólo fue por un instante, porque dejar atrás esa posición –la de la liberación nacional–, con todo lo indecisa que hubiera sido, vino de la mano de flamantes alianzas de clase que la tornaron innecesaria, también contraproducente. La llamada "plaza del sí" (6 de abril de 1990) expresaba lo que se impondría: una marcha para acabar con las marchas, como dice María Pía López que quiere ser la mucho más homogénea del 1 de abril de 2017. Por lo tanto, si una marca de la postdictadura era el "repliegue" de esas clases sociales –usa la

palabra Verbitsky en otro pasaje de la conversación con Jacoby, alineada con la derrota–, Menem finalmente cabalgará sobre él para profundizarlo. Sumemos el desmontaje de lo que quedaba en pie del Estado benefactor y es el final de la "la larga agonía de la Argentina peronista", como reza el título del libro de Halperin de 1994. Desde su propia dirigencia le echan al peronismo la última palada de tierra. Se encuentra en la web esta cita extraída del informe que presenta el dirigente trotskista Jorge Altamira, en vistas al IX Congreso del Partido Obrero. Es mayo de 1998: "El hecho significativo es que la gente que todavía en el '95 votó por Menem es la protagonista fundamental de los cortes de ruta. Las corrientes peronistas que se fueron del menemismo en el '89 no son las que cortaron las rutas; los que cortan las rutas fueron los que todavía en 1995 votaron por Menem, los que todavía creían que alguien del peronismo los podía sacar de la debacle. Por eso la brutalidad de los cortes de ruta; la reacción de la gente está en proporción directa al tamaño de su decepción y a la brusquedad de su desilusión." La hipótesis tantas veces esgrimida de que el peronismo terminaría de mostrar su rostro por entero conciliador con el capitalismo, cosa que le sustraería el favor de las masas, durante la segunda mitad de los noventa reúne por abajo cantidad de signos que dan la impresión de confirmarla. Derribado el "último dique de contención", la izquierda clasista acrecienta su influencia y militancia, entre los obreros pero más entre las víctimas plenas del neoliberalismo. La protesta social, aunque localizada y circunscripta, apenas tiene descanso a partir de 1996 y se expande. Ante todo apunta contra gobiernos provinciales, varios de ellos justicialistas, pero lo que es seguro es que no se agitan las banderas peronistas para llevarlas adelante, ni siquiera se establece una retórica que subraye la contradicción en la que están cayendo gobiernos de ese signo. Como si tal cosa ya no importara. Es el derrumbe del peronismo como identidad

política de masas, que en la coyuntura del 2001 se volverá flagrante, más allá de que se sospeche que intendentes y punteros del conurbano bonaerense dejaron que los saqueos ocurran, pues esto mismo coloca al peronismo en otra posición, en una que sólo conserva lo que había tenido de gubernamentalidad microfísica y que, desde 1983, se había reforzado por su lugar sostenido en el Estado y en el trato con población en condiciones de mayor abandono y miseria. Raúl Fradkin recoge en *Cosecharás tu siembra* que el 19 de diciembre intendentes del oeste del Gran Buenos Aires intentaron reeditar el 17 de octubre de 1945, con una "grotesca caravana" que debía llegar hasta la Plaza de Mayo. "La raquítica intentona no logró siquiera concitar la adhesión ni contener a los grupos que atacaban almacenes y supermercados a su paso por la ruta 23 y terminó regresando apenas ingresó a la capital". El acontecimiento de masa dándole la espalda al peronismo. Casullo en la nota antes referida: "Cuando arribó el colapso de diciembre de 2001 quedó expuesto que los gritos de los manifestantes mirando a cámara eran postperonistas". Se tendría que hurgar bastante para encontrar algún uso que haya hecho la multitud de al menos un retazo de esa simbología. Reconstruye Horacio González que ya en la plaza la noche del 19, habiendo vencido las dudas respecto del tintineo de las cacerolas, asombrado pero sin mucho más que esperar, se le ocurre que lo único que faltaba era que un militante peronista dijera "ya sale Perón al balcón".[15] Si produce gracia la observación, a él también se la produce, es porque suena sencillamente a un absurdo; asunto de otro mundo se había vuelto Perón. Hay registros audiovisuales que muestran que esa noche se cantó contra la CGT. ¿Cosas de clase media más aún si está desesperada? En la Asamblea Nacional Piquetera que se hace unos meses antes en La Matanza y que, ante miles de delegados de todo el país, abre Luis D'Elia evocando a Almafuerte, a Moyano lo abuchean en forma y se tiene

que ir sin hablar. ¿Sólo la izquierda? No parece. En 2001, antes de diciembre, Carlos Altamirano escribe el epílogo para su libro *Peronismo y cultura de izquierda*. Subraya lo que se veía, que ya no hay forma de conjugarlo con la revolución social: "Como no sea nostálgica o paródicamente, ¿quién podría insertar todavía en las líneas de un discurso militante que el peronismo 'es el hecho maldito del país burgués'?" A Duhalde en el gobierno, continúa Casullo, "se lo vive" como a un "resto de peronismo", peor aún que la "fiesta menemista": mafia, patoterismo, punteros y violencia, certificado de defunción de todo lo que había avivado en las "conciencia rebeldes". Comenta Svampa que para "ciertas organizaciones (...) el gobierno de Duhalde –el peronismo y el sistema institucional en su conjunto– estaba virtualmente liquidado". Es en la adenda del libro ya referido, en esas páginas primeras también parecía un fenómeno muerto en relación con las masas. Antes de seguir, indiquemos otra mutación que sacudió al peronismo como experiencia histórica durante los años del "fin de la historia". Animado por el diagnóstico terminal, Halperin Donghi le da una nueva y radical vuelta de tuerca a su vínculo con la revolución sobre la que se había expedido en 1956 en *Contorno*. "Que el peronismo en efecto lo fue, sólo pudo parecer discutible a quienes creían blasfemo dudar de que revolución social –y aun revolución– hay una sola: bajo la égida del régimen peronista, todas las relaciones entre los grupos sociales se vieron súbitamente redefinidas, y para advertirlo bastaba caminar las calles o subirse a un tranvía"[16]. Carcomida la revolución que se imaginaba tierra prometida y segura en el futuro, no quedan dudas de que el peronismo pertenece a su estirpe sublunar. Con empatía diametralmente opuesta, en *Perón, sinfonía del sentimiento* Leonardo Favio deja en claro que no había necesidad de adosarle un capítulo por fin revolucionario al peronismo, porque en efecto en el gobierno había sido el paraíso del pobrerío o ese

"instante en la patria de la felicidad" evocada por Alejandro Fernández Mouján y Santoro en *Pulqui*. La estilización que, como señala Silvia Schwarzböck, ignora las posiciones más radicales que por izquierda y derecha el propio peronismo produjo, en pos de subrayar su búsqueda de la unidad nacional, se dispone al servicio de reconocer ese punto tan alto de la felicidad pública que aún luce más deslumbrante en la caída que sólo se pronuncia desde 1976. Sencillo: "gobernar es crear trabajo". A Favio lo entrevista *El Amante* en diciembre de 1999 –Schwarzböck está entre quienes conversan– y titula en tapa: "El último peronista. Leonardo Favio invoca la utopía peronista". Quizás me equivoque pero me parece que él no dice lo de utopía, es la revista. (Si no se le ocurrió a Quintín, le doy en el palo, porque en la nota pegada a la entrevista señala que la película "está más orientada a presentar una utopía retrospectiva que a discutir sus detalles materiales". Hay goce cuando agrega que la extemporaneidad del documental de Favio radica en que "hace la defensa de una plataforma política e ideológica que no tiene seguidores, que ha desaparecido en las brumas del tiempo que está desprestigiada y al borde del olvido". Sigue gozando: "Hoy casi no hay un solo cineasta peronista, un solo escritor, un solo periodista. Al menos que lo sostengan con fervor y en público". Un poco más goza Quintín aunque enalteciendo su peronismo de los setenta: "Pero nadie se hará peronista viendo la película de Favio, no al menos como lo fuimos nosotros."). "Lo único que te digo es que nunca fui más feliz", es por este andarivel lo de Favio: "Comía como un león, nunca tuve problemas, nunca me pegaron en el patronato. Te llegaban a tocar e ibas hasta las pelotas. Ropa nueva, impecable. Pero yo no me daba cuenta". Dice que Atahualpa Yupanqui le reconoce que había "vivido equivocado" por no entender el significado del peronismo. Parece enojarse porque lo hacen hablar de "política", eso que en el largo documental deja afuera. Arremete en-

tonces contra la impaciencia de Montoneros y cuenta el amor que se tienen con el Perro Verbitsky: él, fascista; Verbitsky, comunista. Tesoro pleno, el peronismo ha quedado finalmente incapturable, en el pasado; incluso en 2007, de ese año es la película de Fernández Mouján, se lo puede imaginar así. Llama de todas formas la atención que Favio se niegue a verlo de esa manera y se defienda cuando le dicen que el peronismo en su documental es un "proceso clausurado": "Ahora se está dando en villas... así que ese no es el criterio. Es para recordarle a la gente sus derechos y que a partir de ahí los empiecen a exigir". Simpatiza con Hugo Chávez a quien emparente con el movimiento, llamémoslo así, que, concluye, "de alguna manera va a resurgir. Como son tan puntillosos, lo llamarán de otra manera: 'tercera vía', lo que vos quieras. Mirá, de última yo no lo voy a llegar a ver". De nuevo la adenda de Svampa: las elecciones de abril de 2003 constituyeron un "gran interrogante" para quienes desde la izquierda y el autonomismo venían velando al peronismo. Las bases mismas de los movimientos de trabajadores desocupados, desoyendo a los grupos que llamaban a no votar, a hacerlo en blanco o por candidatos clasistas, "se habían inclinado por los candidatos menos conservadores del peronismo, entre ellos el actual presidente". El gran abstencionismo de octubre de 2001, el "que se vayan todos" y las luchas que se continuaron y aguzaron en 2002 desembocaban, apaciguadas y tristes, en otro capítulo del "peronismo infinito". Aquí y allá, en el libro de Mariano Pacheco aparecen militantes que sin dejar de ser peronistas se suman a los MTD.[17] En 2011, ante la reedición de su libro, Altamirano decide sacar el epílogo que daba por terminada la relación entre el peronismo y la revolución, para agregar en el nuevo prólogo que es una "veta ideológica" que "ha sido reactivada en estos ocho años, sobre todo, pero no únicamente, a través de la política oficial en el terreno de los derechos humanos". (¿Tendrá próxima edición su libro? ¿Qué

hará con el prólogo último? Incógnita para un capítulo de la historia de los intelectuales) También en 2011 lo entrevistan a D'Elia y le preguntan por qué levantamientos como los de diciembre de 2001 no se produjeron en países con similares situaciones de crisis que el nuestro. "Porque en la Argentina opera el recuerdo de los años felices. Soy hijo de una familia peronista, y en este país alguna vez fuimos felices. En una sociedad dual, eso no se percibe, pero acá se nota y con mucha fuerza".

20. A nadie se le podía ocurrir, en los primeros días del gobierno de Cristina Kirchner, que el suyo fuera a ser un gobierno de salvación nacional, como se pudo pensar del arranque y bastante más del de Néstor Kirchner, con el aliento pesado del 2001 en la nuca, con los asesinatos de Kostecki y Santillán y la salida por derecha que llegó a parecer cantada. Variaciones del peligro en nada menores. Sencillísima imagen era la del infierno del que había que salir, a la que Kirchner acudió una y otra vez durante los primeros años de gestión; no inspiró demasiadas burlas, lo que habla de un diagnóstico compartido, de ahí su eficacia. Aun así, el libreto que continuaba en marcha a fines de 2007 era el de la reparación, con decisión de añadirle al nuevo mandato vuelo estadista y solvencia académica, seriedad. En parte a Lousteau en Economía se lo puede entender por este lado; un poco más a Barañao y a la creación misma del ministerio de Ciencia y Tecnología, también a Juan Carlos Tedesco al frente del de Educación. Ya que estamos: entre el 10 de diciembre de 2007 y finales de marzo de 2008, quienes veníamos trabajando en ese ministerio, en programas que hacían a la transmisión del pasado reciente, supusimos que la fiesta, permítaseme llamarla así, había terminado. Fin de la excepción; hora del repliegue pero sin dramaticidad, conformes con lo hecho. Con la ayudita de funcionarios estatales con título universitario y

diligentes para estos mandados, se nos anunció que no era interés de la nueva gestión continuar con ese programa. La decisión no tenía que ver con los resultados, pongámoslo en sus términos, que veníamos cosechando en todo el país y sobre todo entre estudiantes de formación docente, y eran bastante buenos, promisorios. Ocupa un alto cargo en el palacio Pizzurno una ex ministra de Educación de una provincia del noroeste, que se había resistido como tantas a implementar políticas de este tipo pero no había tenido más alternativa que plegarse; el argumento viene por el consabido lado de que no hay por qué seguir removiendo heridas, ya fue suficiente. Más: en nada contribuye al mejor rendimiento de los chicos en las pruebas internacionales que los futuros maestros lean y discutan sobre la gran movilización social de fines de los años sesenta, sobre la violencia política y el terrorismo de Estado, sobre la guerra de Malvinas. Revancha tecnocrática que quería anticiparse y cuyo sentido fue subrayado por Carlos Pagni en *La Nación* el 11 de diciembre de 2015: contra la política, contra la historia. Lo cierto es que se bajan contratos y el equipo se desarticula. No me acuerdo del nombre de la funcionaria, por una vez no es importante el detalle, pero asumió destacadas responsabilidades en la actual gestión de Bullrich. Seguro que no era igual en todos los ministerios, incluso podemos pensar que esto sólo refleja un andarivel menor por el que corría el gobierno de Cristina Kirchner al iniciar su mandato. Es que, lógicamente, nunca había dejado de estar presente la voluntad de normalizar, de reencauzar lo que se había ido de madre. Si finalmente el programa en cuestión y su equipo soportaron el embate y tuvieron larga vida en el ministerio de Educación –más que Tedesco como ministro, más que el de la alta funcionaria, aunque ella volvió–, fue por el resurgir de la tensión política y social. Por más que hubiera avisos, de repente –inolvidable marzo de 2008, pasados los idus– nos vimos deslumbrados por

la irrupción de una fenomenal ola opositora que no estaba dispuesta a dejar pasar la resolución 125 sobre las retenciones móviles para la producción agropecuaria, una medida que quería modificar con regla técnica y preciosista una resultante política, social y económica tan ruda y apremiante como habían sido las lisas y llanas retenciones. Se manifestaba esa oposición con un repertorio variado de intervenciones que retomaban las que habían sido características de la crisis del 2001 –cacerolazos y cortes de ruta– y sumaban las más propias de su condición, por ejemplo, negarse a comercializar los granos hasta que no se revean las medidas, cosa que quería decir dar marcha atrás con la resolución 125, apuntando al cielo de la eliminación de las retenciones. Por más que desde el gobierno se dijera que no era el "campo" sino las "patronales agropecuarias", lo que se manifestó belicosamente durante los casi cuatro meses que duró el conflicto reunía mucho más, una multitud que cada tanto hacía saber su descontento más general con lo que se venía realizando desde 2003. Dejando en suspenso cuánto podía afectar la resolución a los intereses económicos de un sector social –cuánto más deberíamos decir–, fue la oportunidad para que reapareciera una entera posición, sólida, que se había sentido más desafiada de lo que suponíamos y que se animaba ahora a lanzarse y reaparecer en la liza. Todo amplificado por los medios masivos de comunicación que instigaban, daban la palabra y acogían a los damnificados. Por la voz de un dirigente rural o de un vecino de Rosario o Buenos Aires interrogado por un movilero brotaban acusaciones contra montoneros y comunistas que ya no estaban en los sótanos subvirtiendo el orden social, sino encaramados en el gobierno nacional, eran el gobierno. A la orden del día las comparaciones con Cuba y Venezuela. Más que contra el peronismo, se arremete contra el clientelismo que arrastra a los pobres hacia donde no tienen verdadera voluntad de ir, si es que tienen alguna. En la enorme concentra-

ción del 25 de mayo en el Monumento a la Bandera en Rosario no fueron pocos quienes volvieron a pedir "que se vayan todos" y los diarios recogen voces que, indignadas pero también con algo parecido a la alegría porque se saben ganadoras, denuncian que la plata que se le saca el campo se usa para pagarle favores a Pérsico y D'Elia. Desprecio de clase pero, sobre todo, asunción orgullosa de la propia condición que no había sido suficientemente respetada durante los últimos años. Cómo habíamos leído que podía suceder, el peligro que corrió la situación kirchnerista –apenas reparadora, tibiamente redistributiva–, volvió diáfanamente comprensibles esos momentos de nuestro pasado que tanto nos mortificaban apresados por la atmósfera de lo "trágico" o por el obrar pernicioso de minorías. Insustituibles lecciones de historia. Cuando suponíamos que había caducado la idea misma del enemigo, que bastaba con mentar procesos en tanto anónimos responsables de haber sido arrastrados por situaciones perniciosas, indeseables para la sociedad en su conjunto –lo que habíamos querido subsanar–; en esa circunstancia entraba en escena un sujeto social que hacía una defensa cerrada de sus derechos sobre la propiedad de la tierra contra las pretensiones de un Estado que los "saqueaba" para sostener planes sociales clientelísticos; que no había que provocar demasiado para que manifestara su odio contra la política de derechos humanos y contra una presidenta que estaba detrás de todo esto, su desprecio por quienes le habían dado el triunfo en las elecciones. Una situación política y social que se revelaba en su fragilidad y parecía tener los días contados, herido de muerte el kirchnerismo antes de nacer. Pero el sentido que este acontecimiento nos devolvía era fascinante. Porque el 2001 no había alcanzado a quebrar la victimización de la sociedad, erigida como un todo ajeno a la producción de las políticas dictatoriales o del neoliberalismo. Se lee en *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social*, el libro del Colectivo

Situaciones, el testimonio de un militante del MTD Solano: "Pero además teníamos la sensación de sentirnos 'uno'. Cuando llegamos a la Plaza (...) se notaba mucho la solidaridad, ahí no éramos piqueteros, no éramos clase media: todos sentíamos la sensación de ser 'uno'. De los balcones la gente nos tiraba agua para tomar, nos baldeaba cuando estábamos muy gaseados, y le tiraban aceite caliente a la cana. Era el germen de lo que a nosotros nos gustaría que sea esta sociedad. Una sociedad sin cámara de diputados, sin senadores, sino con asambleas que ejerzan las decisiones sin la representación y todo su circo". El cuestionamiento radical a la representación, salvaba de impugnación a las clases dominantes, también a la media. En el escrito que aporta *La Escena Contemporánea* a ese mismo volumen se argumenta que una de las "intuiciones hasta entonces dispersas" que se constatan con esas jornadas es que "la pertenencia económica no es un impedimento para la organización y la producción de nuevas formas vitales y de sociabilidad: los movimientos de desocupados y las asambleas barriales de clase media destruyeron los prejuicios clasistas y estructuralistas". Se dice una y otra vez "fin de la dictadura" pero se mantiene, superados algunos reveses, el mito de la postdictadura, el de la unidad de la sociedad vejada. *Poder y desaparición*, qué duda cabe, es un libro fundamental, pero la lucidez y la posición política de Pilar Calveiro no son suficientes para impedir que piense a los campos de detención como un dispositivo que obró dañando a toda la sociedad, la que estaba adentro y la de afuera de sus límites, sin distingos de ningún tipo, como si una parte de ella nunca se hubiera sentido más libre y segura gracias a ellos, su creación también. En su reverso, la fenomenal reacción contra la política de reparación de los gobiernos de los Kirchner desagregaba lo que había coincidido en el alzamiento de 2001; permitía ver mejor sus pliegues, lo que se escondía bajo la unanimidad. 2008 atraviesa y hace partir al 2001, y completa su sen-

tido. Elisa Carrió, días después de la elección ganada por Cristina Kirchner en octubre de 2007, había marcado la cancha: "Las clases medias y altas tienen que ser la fuerza de rescate de los sectores más pobres dominados por el clientelismo y la miseria". Ruinas del paisaje postclasista. En el correo de lectores de *La Nación*, son varias las cartas que colocan a la lucha contra la 125 en línea con la dignidad del "que se vayan todos", mientras que los "saqueos", como apuntábamos, se trasladan a la acción "confiscatoria" del Estado. La amplia movilización de la sociedad que había empezado a decrecer a mediados de 2002, con la masacre del puente Pueyrredón, hasta desperdigarse y parecer extinta en 2004, se reinicia en marzo de 2008. Pero, además de partida y enfrentada, lo hace bajo formas inimaginables en 2001. De un lado se encuentra a la cabeza, sin motivar la vergüenza de ninguno de los manifestantes que tras ella se aglutinan, una entidad más vieja que el Estado nacional, inmiscuida una y otra vez en las soluciones políticas antidemocráticas pero que también contaron con masas a su favor, la Sociedad Rural Argentina. Del otro, el gobierno que se ha hecho cargo del Estado nacional, después de que éste parecía haber agotado definitivamente sus capacidades políticas. De una escena que se imagina post sino antipolítica, a otra fuertemente capturada por actores centrales, que aunque no se evidencie de inmediato es también de trama profunda con el pasado; de clases que se enfrentan aunque esto nunca ocurre como en los manuales. Pero dejando de lado el voto de Cobos en el Senado como decisión que inclina la balanza –pocas veces le prestamos tanta atención a lo ocurrido en un recinto como ése–, también los números de los manifestantes, la impresión es que las movilizaciones que se encolumnaban en contra del gobierno de Cristina Kirchner eran bastante más compactas y consistentes que las otras en las que nos amuchábamos. Es que no se terminaba de salir de la sorpresa, cierto sopor dominaba; la gimnasia de mo-

vilización de los intendentes, uno de los principales vectores que la sostenían, se muestra entrenada pero no aporta la solución. Las columnas de la CGT se hacen presentes con disciplina, aunque no hay casi consignas, en un silencio que además no es de desarrapados, más bien de distracción. Como si no estuviéramos preparados para enfrentar la situación, no se encontraba el ánimo y el libreto que teníamos ya no alcanzaba. Hasta la muerte de Néstor Kirchner, todo estaría tomado por esta imagen de la maciza y extendida oposición social y política que sabía muy bien lo que quería; por la aparición al desnudo del rostro apenas transmutado del enemigo que, confiado –también impedido–, había demorado más de la cuenta en dar la estocada final. Los del signo de la revolución enterrada, que habíamos encontrado lugar bajo estos gobiernos, nos habíamos sentido de muchas formas en la Argentina pero no así. Y para mejor, veíamos todo esto y nos dejaban vivos, sin escarmientos mayores. Tan parecido y tan distinto a la vez a lo de estos días que corren. En 2008 después de esas jornadas de movilización social y política con todas las de la ley –de otra época, muy modernas, déjennos decirlo así– se oye y repetimos: "si lograra el gobierno de Cristina Kirchner hacer lo que Perón entre junio de 1943 y octubre de 1945". Reproducir una adhesión multitudinaria, a partir de la puesta en marcha una vez más del camino de la justicia social. Que una nueva ampliación del consumo se ate a las conquistas sociales, a los derechos.

21. El sábado 3 de agosto de 2002 el presidente Duhalde no asiste a la inauguración de la clásica exposición de la Sociedad Rural en el predio de Palermo. Durante los días previos los diarios especulan al respecto, algunos poco menos que le advierten lo que eso significa. Tampoco participa el ministro de Economía, sólo lo hace el secretario de Agricultura que, aun-

que es un hombre del campo, se resigna a leer su discurso bajo una estruendosa y sostenida silbatina. Se habla también de improperios, de agresiones que sólo se ahorran lo físico. Soliviantados. Diciembre de 2001 está muy cerca, su texto apenas si se ha interrumpido y aquí se oye claro, parte de él al menos: "Habría que marginar de una vez y para siempre a esa corporación política que, sin distinción de ideas partidarias, lo único que pretende es preservar sus privilegios, aunque ello traiga aparejada la disolución social de la Argentina". Son palabras, es un decir, de Enrique Crotto, el presidente de la Sociedad Rural que, en contraste y como era de esperar, sólo conocen contundentes aplausos. Continúa: "Se nos dijo que apostáramos a la producción y a los pocos días nos impusieron la rémora de las retenciones". Ese mismo día, acompaña la protesta *La Nación* con una editorial que aporta perspectiva histórica, sólo por momentos eufemística: dañados durante décadas los "agronegocios" por "impuestos a la exportación", "regímenes de arrendamientos confiscatorios de la propiedad" y "propuestas de reforma agraria", el panorama se revierte con "un cambio sustancial al iniciarse los años '90, cuando se produjo un fecundo giro hacia la privatización de los servicios públicos, la apertura de la economía y la desregulación general. Llegó entonces la estabilidad a la economía y fueron eliminados los impuestos a la exportación". Esto llevó a la modernización tecnológica del sector, al crecimiento de la producción y de las exportaciones. "La historia de diciembre a la fecha es conocida". Se la lee ladeada, como no podría ser de otra forma, y el signo mayor del desbarajuste sería "la ruptura del imperio de la ley". Para concluir: "La realidad actual dista de serle favorable al empresario rural. La reimplantación de los impuestos a la exportación lo coloca en desventaja con respecto al mundo, que persiste, entretanto, en la voluntad de mimar a sus agricultores con grandes subsidios. La magnitud de la quita tributaria dispuesta, que va del 5

al 20 y al 23%, es insostenible. Sepan los funcionarios responsables –y el presidente de la Nación, quien no concurrirá en esta ocasión a escuchar la voz del agro– que hay que buscar los caminos que conduzcan a la eliminación de esa insoportable carga y de otras insensatas interferencias. Si así se hace, la Argentina podrá, de la mano laboriosa del campo, empezar a ponerse de pie, como en tantos otros momentos de la historia". Programa máximo, puramente manifestado. De las retenciones se empieza a hablar desde que asume Duhalde el 2 de enero de 2002, pisando sobre ascuas, en medio de la crisis y de la agitación social que se devora presidentes. O, digamos, con la impresión de que ya no se puede seguir gobernando al país como se había hecho desde el '76 hasta la fecha. Con idas y vueltas, dimes y diretes, sopesamientos, indecisiones. Alchourón lo consulta, con la banda recién colocada, transmitiendo la preocupación del campo; el presidente le dice que se tranquilice, que no habrá tal cosa. Señalamos la marcha que el lunes 28 de enero ingresó a la Plaza de Mayo con 10.000 piqueteros de La Matanza, aplaudida por la clase media porteña; Duhalde, como había prometido, los recibe el miércoles 30. Sale de la reunión y desde Radio Nacional, en el programa "Conversando con el presidente" dice que si no estuviera al frente del ejecutivo "tal vez estaría en un piquete o con una cacerola" y afirma, según los diarios, que hará realidad "un millón de puestos de empleo subsidiados para jefes de familias desocupadas". Bajo el efecto de la plaza colmada de piqueteros. El ministro de Economía, Remes Lenicov, avanza con el diseño de la medida, pero Duhalde no lo autoriza del todo. Los ruralistas levantan la voz y el presidente se toma un fin de semana para pensarlo. Así hasta que las retenciones entran en vigencia sin pasar por el Congreso ni nada.[18] El principal y casi único argumento que se esgrime para darle legitimidad es que permitirán desarrollar un ambicioso plan social, una manera de contener el "desborde

social", uno de los principales "temores" del presidente, repiten los diarios, repletos a su vez de noticias de movilizaciones, cortes de ruta, acampes, etc. También de crecimiento de la caza furtiva y de cuatrerismo. Además, en un momento en que por la misma situación Argentina carece de crédito externo para sostener un programa ambicioso que pretende llegar a 500.000 beneficiarios. Mariano Pacheco reproduce en su libro un largo intercambio de mails, es febrero de 2002, entre Pablo Solana –referente del MTD Lanús, en ese momento en Río Negro, apuntalando al MTD de Allen– y Darío Santillán. Escribe el primero: "Hasta que no se resuelva el acuerdo con el Fondo la plata no está, el presupuesto 2002 no está. Si esto sucede, es poco lo que podremos hacer en forma aislada: quedamos en el mismo lugar que los del corralito, pataleando y a la expectativa de una plata que NO ESTÁ. Esta perspectiva le quita 'inmediatez' a la lucha reivindicativa, porque no es a la espera de una negociación inmediata y puntual que se moviliza, sino que implica asumir que para conquistar esa reivindicación en algún momento, aunque no sea mañana, tenemos que aportar de la mejor manera a golpear al gobierno, a debilitarlo, y si llegara el caso de que los planes no aparecen para inicios de marzo, directamente la Aníbal Verón tendría que darse una estrategia que decididamente centre sus fuerzas en las acciones que apunten a voltear al gobierno, o más precisamente, dedicarse a amasar las condiciones para que se dé otro 20 de diciembre, y en eso desplegar toda nuestra potencialidad". A partir de mayo el programa empezará a implementarse y será el Jefes y Jefas de Hogar. El ejecutivo quiere hacer pie e insiste con que no quedan muchas otras alternativas, que la descomposición social –la movilización de masas y un poco más también– es una amenaza a la gobernabilidad; que por otra parte el daño para el campo no será tan acentuado, porque la devaluación y la pesificación de las deudas contraídas en dólares los favorecen y amortiguan lo

otro. En Duhalde funciona, ni qué decirlo, el texto peronista, conjugado con el "miedo", así lo dice María Esperanza Casullo, que introdujo el 2001 y que en los noventa no existía, "de los representantes en la figura de los representados"[19]. En este punto, intenta atemperar por abajo, mucho más serio que lo otro. Se atreve a decir Pagni, creyendo que está entre amigos, a la revista *Crisis* en la entrevista que le hacen a fines de 2013: "Yo creo que en el 2001 la sociedad se volvió loca, salió de su casa a llevarse a todos puestos. Yo iba a cenar con políticos que te citaban a las dos de la mañana para comer entre brasileños. Había ministros de Menem que le pedían el avión a Eurnekian para ir a San Pablo y viajar a Europa entre brasileños. Ese es el estado que explica lo que vino después". "Después" es sobre todo el kirchnerismo pero arranca con Duhalde y las retenciones. El susto como resultado político y la alta eficacia de la locura en la historia. En mi caso por lo menos, pero me parece que les sucedió igual a muchos más, esto no lo vi, pasó de largo. Quiero decir, no prestamos atención al faltazo y al abucheo en la Rural, de haber leído la noticia –seguro que lo hicimos– signo de nada se nos ocurriría. Más allá de nuestras propias diferencias que no eran pocas, el asesinato de Kosteki y Santillán había dejado muy claro lo que se sabía desde un vamos, que Duhalde era un político, un político más, del que era estúpido esperar algo bueno. De hecho, nadie lo esperaba. Lo cierto es, no obstante, que en agosto sobraban evidencias de que tenía sobre sí un frente de tormenta más, que socialmente provenía del extremo opuesto al que expresaban los movimientos piqueteros. Destempladamente, saltando quizás algunos pasos en la argumentación, tienta preguntarse si los planes sociales no fueron una conquista del levantamiento del 2001 –de una de sus vertientes– que, además, contra lo que ella misma imagina, clava la pica en el territorio de otra clase, una que se había beneficiada con creces en los noventa. Y la clava por largo tiempo, en firme.

Apuesto a que entre tanto ruido Jacoby no se acordó de lo que le hizo decir a Juan Carlos Marín en un diálogo imaginado en aquel primer número de la reaparecida *Crisis* en '86: "Jamás las luchas sociales o políticas se han hecho en función de la Tierra Prometida. No hay una sola revolución en el mundo que se haya hecho para construir una sociedad deseada. Toda revolución produce su desarrollo real a partir de lo insoportable de las condiciones existentes. El rechazo a las condiciones reales va generando, acoplando, articulando en un proceso, a las fuerzas del movimiento." (De aquí lo del "deseo que nace del derrumbe", explicitamente para dejar de lamentar el fin de las utopías). Mientras que los planes que Menem había implementado ni bien estallaron los primeros piquetes dependen todos del buen entendimiento con los organismos de financiamiento internacional, estos tienen ésta otra fuente. Incluso porque desde que asume De la Rúa se enflaquecen más y más, hasta que en los últimos meses de 2001 se llega a hablar de la suspensión de los planes para el año entrante. Tienta preguntarse y responder que es así, pero quien tuviera una expectativa mayor en esos sucesos podría aducir que los planes vinieron a calmar el estallido, muy lejos del cielo a asaltar. Esto a algunos hoy nos convence menos que lo anterior. Como sea, es necesario inscribir esta medida y la conflictividad consiguiente con un sector constitutivamente acomodado de la sociedad en la escena opaca de la lucha de clases; o nunca todo lo translúcida que nos gustaría que fuera. Probablemente otra forma que puede ayudar a medir esto sea reparar en los límites de la protesta de la Sociedad Rural, que a mediados de 2002 no logra arrastrar tras de sí ni a una fracción de los dirigentes políticos no oficialistas, que describían un arco muy variado y también, por supuesto, devaluado. Que no los deseara como aliados también es parte del problema que enfrentan, carentes de personal político propio. Tampoco logra seducir a las clases medias que compartían su

cuestionamiento a la "corporación política", no hay registro que de una o de otra manera evaluaran solidarizarse con el "campo". Los editoriales de *La Nación* no alcanzan para producir un frente social. Incluso cuando los precios de los productos agropecuarios no estuvieran en alza, si no resta mucho más que aceptar la medida es porque el temor que generaba la situación, fundamentalmente por las multitudes sin trabajo ni perspectivas de amparo que, por lo demás, habían encontrado formas eficaces de acción ante una coyuntura de gran incertidumbre política, funciona como una suerte de disciplinador.[20] Patalea pero sólo hasta ahí la Rural. En defensa de sus intereses particulares, el sábado 3 de agosto pone a un lado y entre paréntesis todo lo que sabe ocurre a su alrededor; pero eso sigue irradiando, es inexorable. Efectivamente, esto es lo que no ocurre en 2008; porque en la nueva coyuntura, el "campo" logra articular una amplia oposición que aglutina a los desafectos con los gobiernos de los Kirchner. A la par, esa fuerza social desposeída, que había logrado hacerse escuchar y en un instante, sin percibirlo, también atemorizar y por lo tanto afectar a los intereses acomodados, se encontraba en otra situación, desactivada. Ausente ella, sin riesgo, ya no había por qué moderarse. Poco importa que los precios en alza, el boom de las *commodities* y la cosecha record abrieran la puerta para mostrarse generosos. Agreguemos una observación que hace también Mariano Pacheco, una cuestión que no ha sido debidamente atendida. Comenta en su libro quien era uno de los referentes del MTD de Almirante Brown que, una vez asumido De la Rúa en diciembre de 1999, con motivo de la disputa con el P. J. bonaerense, también por obra de algunos sectores progresistas, se les otorga a los movimientos de desocupados el manejo de los planes sociales. Tan sólo necesitan enlazarse con ONG's, para darle un velo más pulcro a todo el asunto. Esto determina su momento de mayor crecimiento, cuando al administrar los planes

se pliegan a ellos cantidad de vecinos de los barrios abandonados del conurbano. Hay algo de sorna en cómo lo cuenta Pacheco, porque el gobierno de De la Rúa –signo también de la magnitud de la crisis– no tenía la menor conciencia de lo que estaba produciendo y se guiaba ante todo por la voluntad de dañar a los punteros del peronismo. Bueno, el Plan Jefes y Jefas retoma en manos del Estado el control de los planes.

22. El 26 de noviembre de 2003, Joaquín Morales Solá avisa en *La Nación* que la "obsesión" del presidente Néstor Kirchner pasó a ser cómo desmovilizar a los piqueteros que aún tienen protagonismo en las calles. No hacerlo, o hacerlo con violencia, podría poner en riesgo su exigua base de apoyo, la de la "clase media porteña". Desde ya, diagnosticar la obsesión es sobre todo un empujón para que se asuma la cura. "Cuentan con importantes recursos (seguramente a través del desvío de los propios subsidios que otorga el Gobierno) para sostener imponentes movilizaciones. La organización de las marchas cuenta con vituallas y camionetas 4x4 para acompañar los desplazamientos por la asidua ciudad del caos (...) El riesgo no está en esas muchedumbres silenciosas, formadas por personas que se mueven como zombis, caminando como autómatas sin dirección, sino en los militantes de cara tapada y con garrotes con púas en las manos. Son soberbios y autoritarios frente al padecimiento general de la sociedad". Previo a la torsión que vendría, resalta en la lectura de estas líneas que el incordio mayor, el intruso a derrotar, no sea el gobierno de Kirchner que incluso resulta relativamente confiable para acabar con la presencia ya prolongada de este sujeto social –entre zombis y cavernícolas embozados– que saltó a la palestra con la crisis del cambio de siglo. Larga y sostenida, agreguemos, apuntalada por fondos del Estado, en su desvío. En enero de 1919 se imaginó con para-

noia que, ante el movimiento de masas en acción, Hipólito Yrigoyen era un Kerenski que más temprano que tarde les dejaría abiertas las puertas del Palacio de Invierno; no es el caso de Kirchner en esta nota. Una parte usa Maristella Svampa en el agregado al libro que escribe con Sebastián Pereyra –aunque esto lo firma sólo ella en junio de 2004–, así como una declaración de Aníbal Fernández, por entonces ministro de Interior: "Estos movimientos han nacido a la luz de conflictos sociales severos y son emergentes de esa situación y nosotros –como decisión del presidente y estructura política de este gobierno– es atacar la causa, no el efecto. La represión es atacar el efecto; atacar la causa es combatir todos y cada uno de los hechos que han motivado esta reacción. Seguramente si acertamos en el remedio desaparecerán todos los grupos que tengan que desaparecer, porque no habrá razón de que existan y los que no entiendan que ésta es una manera de hacer política recibirán por parte del Estado una muestra de autoridad con el Código Penal en la mano". Svampa quiere poner de relieve la escucha mutua y el punto de entendimiento entre escrituras orgánicas de las clases dominantes y la acción del nuevo gobierno: acabar con el movimiento piquetero. No caben dudas de que hay una coincidencia, ya que el kirchnerismo –como peronismo– se hace cargo de la gobernabilidad, incluso dejando que asome la idea de que lo hace en busca de una amplia y general concordia. Un país serio, normal, después del marasmo. En cuanto a las diferencias, la adenda no las explora. Desde que el jueves 20 de noviembre piqueteros en Mosconi inician un incendio en una refinería y vuelven a cortar la ruta 34 en protesta contra la detención de algunos de sus principales líderes, la cuestión de la violencia social atraviesa casi todo lo que se informa. Entremezclada con el hartazgo de la clase media ante las interrupciones del tránsito que el día previo a la nota de Morales Solá habían sido ocasionadas en el centro de la ciudad de

Buenos Aires por una movilización de 3.000 manifestantes del MIJD de Raúl Castells. También ese día más de 20 piqueteros habían sido detenidos en Neuquén durante una protesta contra el manejo de los planes que hace el gobierno provincial. Se compara esta violencia –y la delictiva que parece ser su sombra– con la de los setenta y hay anuncios de cacerolazos "antipiqueteros". Si todo es alarma por este lado, contrasta con la renuencia del gobierno nacional a resolver con medidas drásticas la situación. En *La Nación* se cuestiona la ley de amnistía que beneficiaría a los detenidos por participar en cortes de ruta, así como se recuerda que apenas semanas atrás Kirchner recibió en la Rosada a José "Pepino" Fernández, uno de los líderes detenidos en Salta. Y todo circuló por los carriles del entendimiento.[21] Lo que Svampa en cambio acentúa es que el nuevo gobierno, junto a la "estrategia de control y disciplinamiento", que amenaza desembocar en la represión, y destina a los grupos del movimiento piquetero en los que influyen fuertemente los partidos de izquierda y el autonomismo; desarrolla otra, de "integración e institucionalización", dirigida a aquellos agrupamientos que ven con expectativa lo que pone en marcha Kirchner, las señales en las que se prodiga. Un clásico. Aunque despunte la sombra de la cooptación, para Svampa en primer lugar se trata del fondo "nacional popular", de "ilusión populista", que desde su surgimiento estuvo presente en muchas de las vertientes del nuevo movimiento social, a la espera de que se recree aunque sea algo del modelo peronista. Es decir, más oculta que otra cosa, esa espera –esa fuerza– atravesó clandestinamente las jornadas del 2001 y todo lo que las había antecedido, para ahora expresarse con todas sus rémoras. Perdón, antes se había expresado, también por lo que indica Svampa, en las elecciones de abril. Serán entonces los beneficiados por nuevos programas sociales, por planes de construcción de viviendas y por emprendimientos productivos. No hay motivo en especial para que en

ese entonces se subraye que la organización territorial de la CTA en Jujuy, la Tupac Amaru, desde fines de 2003 se empezará a fortalecer y destacar entre los movimientos sociales de esa provincia, que vienen de lejos y tienen en el Libertadorazo de mayo de 1997 un punto de referencia común. Les señala el riesgo Svampa de ser absorbidos por el P. J. y por el Estado, en el municipio o más arriba; además, advierte que tiene pies de barro esa construcción política, en tanto para reencarnar una apuesta populista, la presencia del líder y del movimiento de masas necesita imperiosamente de un "nuevo modelo económico", con una pauta "equitativa de redistribución de la riqueza". Nada de esto se otea en el horizonte. Si "las sucesivas puebladas, así como la experiencia de 2002, dejaron una fuerte marca atravesada por el temor al desborde de las masas y la amenaza a la gobernabilidad", se pregunta en qué medida, incluso bajo un liderazgo populista, podrá haber lugar para un nuevo capítulo en su movilización. Probablemente valga considerar que la disposición de una parte del movimiento social a aceptar las propuestas del gobierno y a no conceptuarlo como a su enemigo, se entreteje con el cansancio de una lucha que lleva años, también con la amenaza que heló a todos, y no deja de sobrevolar, de una salida por derecha lisa y llana. Otra vez se reactivan células dormidas. Como asunto más pequeño, aunque no menos relevante, que carcome también a las agrupaciones dirigidas por la izquierda y el autonomismo, señala Mariano Pacheco que el esfuerzo de los MTD por producir nichos de "economía popular solidaria" chocó contra la realidad de que cuando aparecieron oportunidades de trabajo "la gran mayoría fugó del movimiento" y así "se optó por la salida individual". Tan tarde como en 2013, se vuelve por un instante a este asunto de las masas movilizadas y el comienzo del gobierno de Kirchner, satisfechos hasta el monumento por lo logrado. Ricardo Forster, conductor del programa *La letra inesperada*

que fue por la Televisión Pública, entrevista en el capítulo 4 –"Para todos y todas"– a Alicia Kirchner, ministra de Desarrollo Social. Todo intercalado con imágenes de ese emblema de un Estado potente y activo que es el edificio del Ministerio de Obras Públicas, donde la ministra tiene su despacho. El kirchnerismo, como se dice, lo puso en valor tras años de abandono, entre otras cosas a través de la intervención de Daniel Santoro, luego del Bicentenario, con las dos caras de Evita que se sostienen sobre el edificio. Explica entonces Alicia Kirchner, al menos hasta hace poco se podía ver en youtube: "Cuando yo llegué esto estaba rodeado de organizaciones que reclamaban (...) Acá hay que empezar a transformar y a jugarse, y las cosas van a ser distintas. Entonces les dije a las organizaciones, les pedí los domicilios en los lugares donde estaban, y digo no necesitan venir acá, yo voy a ir los lugares donde ustedes están". Forster escucha y asiente, nada que repreguntar ni que agregar en el off, aunque en la edición hayan escuchado cientos de veces estas palabras. Pero no nos adelantemos, es 2013 y en esa conformidad obran también otras situaciones. Si se quiere, la desmovilización de las organizaciones sociales es un tema que siempre rondó al peronismo, quizás más como programa imposible –o como interpretación acusatoria– que como realidad. El Estado por encima del movimiento social, aplastando, sin estridencias en lo posible, su irrupción más pura. El kirchnerismo recorrió en cierta forma este camino o lo que quedaba de él, porque el movimiento se encontraba a la baja y su aislamiento era también una señal de debilidad. Trató de descomprimir. En un artículo publicado en diciembre de 2009 en *El río sin orillas*, Diego Sztulwark propone que la dinámica de "antagonismo" que se expresó más reconocidamente en 2001, coincide en su culminación con un proceso político que la reconduce hacia una "polarización constante". Mientras que el "antagonismo" estaba dado por la búsqueda de "institu-

ciones postestatales" y que "cuestionan los mecanismos del gobierno del capital" –que hacen "éxodo de Egipto", con esto liga su título–, la polarización remarca la centralidad del Estado. Relee este escrito y un par más, es la propuesta de la revista, *Pensar sin Estado* de Ignacio Lewcowicz. Se refiere a su "festejado retorno"; dice que "la apelación sin más al Estado abre las puertas a un neo-hobbesianismo de inspiración de izquierda (valga el forzamiento)"; detecta la nostalgia por "la vuelta a Egipto". El texto parece –a casi todos nos parecía así– situarse ante un ciclo cerrado, por lo tanto hace ver los límites y la debilidad de esa captura "polarizadora" del momento "antagonista", que con Kirchner había reinterpretado sus "interrogaciones más agudas" como "demanda de reparación, consumo y trabajo". Tanto en 2009 como hoy dan ganas de conversar sobre las chances que había –si había alguna– para que en 2003 el "antagonismo" se siguiera expresando como movimiento de masas e incidiera en la sociedad; sobre la existencia de una tarea política cierta por encima de volver a trazar el enfrentamiento que efectivamente había sucedido, pero con mejor suerte, mordiendo los bordes a nuestro favor; sobre la necesidad de evitar pensar a uno o a otro momento como más verdadero –como la verdad de la lucha de clases– y al restante como su degradación o subsuelo caótico. ¿La recaída "definicionista" de una parte de quienes supieron evitar tal cosa en 2001? De lado esto, hoy se nos ocurre que da en el clavo Sztulwark al marcar el borramiento de la procedencia del momento kirchnerista, es decir, que nació de la crisis de 2001; cuestión que va de la mano con la fascinación por el Estado y su regreso, que en efecto funcionó en quienes nos embarcamos en el kirchnerismo. Para algunos como una pasión, digámoslo así, más vergonzosa que para otros, más o menos ensanchada. Porque la tarea reparadora lo hacía necesario; porque en julio de 2003, cuando llegamos, el Estado nacional era una Bastilla en ruinas a la que parecía en-

tonces factible reconstruir a nuestro gusto y los escombros que se nos resistían en apariencia se podían saltar con facilidad; porque los que veníamos del signo de la revolución –más unos que otros quizás– estábamos habilitados a pensar que al Estado en algún momento le correspondía jugar un importante papel; porque estábamos afectados por el susto de junio de 2002 y la salida por derecha. Además, como se dice en otra de esas notas a propósito del libro de Lewcowicz, si el Estado era sólo una fuerza más, no la dominante, ya no había riesgo mayor en montarse sobre ella, ningún peligro de traición. Me acuerdo borroso pero me acuerdo que, por esos días en que empezábamos a ir de aquí para allá por los pasillos ministeriales casi desiertos, un compañero me contó que había leído –¿en una entrevista a Paolo Virno? – que mientras el mercado anda a velocidades supersónicas en la red, el Estado sigue petrificado en las máquinas de escribir. Lo repetí incluso porque me pareció ajustado a lo que veía y le daba a todo el aire de una carrera imposible, inofensiva también por lo desnivelada. Sin embargo, lo que pecó por lo pronto de ingenuidad, en lo que ofusca a Luis Alberto Romero también en 2009 se devuelve como algo no tan pavote. Mientras que en las ediciones sucesivas de su *Breve historia contemporánea de la Argentina*, el Estado no constituye en particular un problema –incluso llega a exaltar, con alucinante miopía, la buena salud de los partidos políticos y de las instituciones argentinas en el año 2001–, con el kirchnerismo en despedida temprana fija ahí su atención. Por eso en un libro que comparte con Natalio Botana y Rosendo Fraga señala que es responsable, dado el "encono faccioso" que lo anima, de su derrumbe. "En tiempos de Kirchner el estado se resintió por la arbitrariedad gubernamental". Esto interesa: cuánto de la manera de reconstruir el Estado, de fascinarnos por él y su retorno, no fue una forma de "resentirlo" tal como lo extrañan los escribas que se esfuerzan por ganarse la escucha de las clases

"respetables" y que durante un largo rato lo habían desdeñado. De torcerlo del lugar que a ellos los dejaba tranquilos, el "técnico administrativo" como lo llama Lewkowicz. Un alto funcionario de un ministerio de Educación provincial nos devolvía el archivo adjunto que le enviábamos con la propuesta para trabajar con los estudiantes sobre cuestiones del pasado reciente, sin tocar una coma en lo que hacía a los ejes sobre las luchas populares previas a la dictadura y sobre Malvinas, pero directamente borrado el eje sobre el terrorismo de Estado. Como si supusiera una contradicción insalvable en ese desvío.[22] A la vez, en qué combinación lo produjimos y lo conjugamos con el apaciguamiento del movimiento social que, por otra parte, parecía ya no poder sostenerse en la figura y la posición que había sido suya durante la crisis del cambio de siglo.

23. Un poco más sobre el Estado, sobre nuestra relación con él. *Escritos corsarios* de Pasolini fue una lectura que mantuvimos a distancia durante estos años, con pizcas de pavor. Un artículo de Margarita Martínez en *Mancilla* –diciembre de 2013– trae a colación algunas de las cuestiones que ahí se piensan y el presente kirchnerista zozobra. Con o sin exageración no tendría que haber sido así. En uno de esos escritos, se publica originariamente el 6 de octubre de 1974, Pasolini sostiene que la Iglesia ya no le es de ninguna utilidad a un poder que se ha refundado, que incluso se libró del fascismo clásico como de una antigualla espantosa. Desde luego, se gana los denuestos de la Iglesia cuando él más bien quería salvarla, recuperar para ella viejas chances perdidas. Parecido podríamos haber dicho del Estado que con su parafernalia, su prosa veleidosa y sus cadenas nacionales no era más la fortaleza del poder que había sido. Por si hiciera falta nos confirma una nota de Durán Barba que permanece por algunas horas en la home de *Perfil* el domingo 14

de febrero de 2016, aunque habla de la revolución y no del Estado. Es sobre los Rolling Stones que esa noche ofrecen otro de sus shows en La Plata. "Al concierto de sus Satánica Majestades fueron más personas que las que asistieron a cualquiera de las manifestaciones de la última campaña electoral. No les pagaron, ni las llevaron en buses, ni les repartieron choripanes (...) El socialismo real fracasó estrepitosamente y ningún músico o autor de esos países conservadores aportó con algo a las revoluciones que transformaron el mundo. Gracias a ellas vivimos una sociedad que valoriza la vida cotidiana, la inclusión, la libertad y el respeto por la diversidad. Mientras aplaudo a sus Satánicas Majestades pienso que Woodstock dejó huellas más perdurables que la Revolución de Octubre y que a los conciertos de los Stones asistieron más personas que las que leyeron las obras completas de Lenin. El rock fue sin duda otra forma de entender la izquierda, con menos muertes y mucha vida". Expresado por quien aportó la inteligencia de campaña para la "rehabilitación de las clases acomodadas" en la Argentina –como si hubiera leído a Pasolini para invertirlo–, se encuentra una huella segura de dónde está el poder, ya no en la política sino en el espectáculo, de cuáles son las revoluciones que efectivamente triunfan y se sostienen, de qué partitura de izquierda se aconseja interpretar para estar a tono con los tiempos. Pongamos entre paréntesis que, a pesar de los disgustos, vale contentarnos con que se nos haya evitado ver a algún compañero de La Cámpora –sólo a alguno de ellos– saludando embobado a Mick Jagger. Cristina Kirchner no los recibía, sin ninguna duda. Si por estos andariveles anda el capitalismo, en 2003 se nos permitió tomar las llaves que abrían las pesadísimas puertas del Estado, porque nadie daba dos pesos por él –no mucho más que un actor de reparto–, seguros de que nos enredaríamos en una madeja de impotencias. De todas formas, bárbaro si los sacábamos del aprieto del 2001, aunque era sólo una po-

sibilidad y remota. Si hasta marzo de 2008 al Estado se lo erigió como la palanca de una política de reparación de la sociedad, después del "voto no positivo" de Cobos se cayó en la cuenta de que eso no bastaba. Punto de bifurcación.[23] La sociedad nuevamente había probado la incidencia de la disputa en las calles para afectar al ánimo público, también al de diputados y senadores. Ya no eran suficientes las escenas de reparación estatal que nos reunían con diferentes sectores de la población, en espacios neutros o apenas inclinados, de resonancia lenta. A un tris de ser doblegado por las siempre más ambiciosas clases dominantes, en castigo por sus salidas de libreto, el gobierno entró en una carrera contra reloj. Derechos, inclusión y consumo entrelazados; también la acentuación de una nueva narración de la experiencia argentina, pasado y presente. Siempre en el marco del indiscutible capitalismo, mucha plata se redirigió para sostener todo esto, con el resultado de que la radicalización del rumbo produjo finalmente una nueva movilización de masas. Se desplegó por primera vez en 2010, con los festejos del Bicentenario, sorprendiendo tanto a quienes suponían serían un fracaso estruendoso de un gobierno con los días contados, como a algunos que, desde este lado, mientras ayudábamos a armar la fiesta, desesperábamos al imaginar que no vendría nadie. Observemos, no obstante, que la enorme multitud que se instaló y paseó por el centro de la ciudad de Buenos Aires –rostros desacostumbrados luego de lo que se había apagado entre 2002 y 2004; a no ser, claro, que se los viera de a uno y postrados, o apurados para tomar el colectivo e irse–, no tenía una adhesión política explícita. Era un gobierno y una fecha patria fundamental quienes la convocaban; era entonces también un Estado reconstruido y desviado, en contrapunto largamente vilipendiado. También entretenimiento, música, artistas masivos en recitales por supuesto gratuitos. Pegadísimo a esas jornadas, escribe Roberto Jacoby en el número de junio de *Ramona*:

"creo estar en lo cierto si digo que no escribía la palabra 'patria' desde 1969". Porque hasta ese presente todo en ella remitía a lo atroz, criminal, expulsivo. Incluso aunque el artículo se titulara "Otra vez arte y política: ¡Cristina lo hizo!" –en alusión irónica al slogan de Menem en la campaña electoral de 2003–, Jacoby no baja en su entusiasmo porque lo que se desmintió fue que el arte se hubiera vuelto insustancial para "suscitar mitos y pasiones que sean encarnados por la comunidad", pues en los festejos patrios "el arte contemporáneo llegó a las masas." Es decir, es más que una adscripción política lo que se enuncia, se trata de la situación inédita, inimaginada por lo desmedida, que contradice diagnósticos y vaticinios que vienen desde Hegel: "en estos días de mayo de 2010 los descendientes en línea directa de la Organización Negra, que irrumpieron en el panorama artístico hacia 1985 en la discoteca Cemento, celebraron con una fiesta inolvidable su matrimonio con las masas"; "gestos de avanzada minoritaria" que se convirtieron así "en lazos comunitarios de apreciación estética." Por una vez esto converge con una movilización de una muy otra procedencia, como fue la marcha de los pueblos originarios. Llegan a Buenos Aires en esos días de mayo delegaciones encolumnadas de todo el país, que se miran en el espejo de lo que fue el Malón de la Paz, con voluntad de saldar aquello que en 1946 había sido birlado para quedar trunco. Al frente está la Tupac Amaru de Jujuy, Milagro Sala es la referente fundamental de la movilización y confunde a todos. *La Nación* habla hasta con sentimiento de esta presencia inusual en la ciudad de Buenos Aires, no se preocupa por sus reclamos –Estado plurinacional y tierras–, respetuosa ante una escena que cree de irrelevante multiculturalismo. Piensa sobre todo que las demandas pueden ser un dolor de cabeza para el gobierno. No es disparatado imaginar que en Jujuy el senador Morales se quiera matar, insulto tras insulto a su equipo de prensa que no supo explicarles a esos porteños cogotudos

quién es esa negra tupaquera. Sólo un poco más tarde terminarán de atar un cabo con otro: la titular del poder ejecutivo de la Nación recibe a Milagro Sala y a otros representantes de las comunidades y días después no asiste al desfile militar que pasa inadvertido por culpa de todo lo otro. La muerte de Kirchner el 27 de octubre de 2010 incita a que la nueva trama de masas en conformación vuelva a manifestarse, esta vez con un reconocimiento político contundente. Que esto ocurra pegado a que se evidencie públicamente la tensión con la conducción de la CGT, entre otras cosas por la definición de la próxima candidatura presidencial, expresa también la mutación, el desplazamiento de un tipo de masa a otro. Durante ese año se vuelve a hablar fuerte de militancia política, sobre todo de los jóvenes ligados plenamente a esta movilización, nunca abarcándola por completo o envolviéndola; sí, quizás, funcionando como otra correa de transmisión con el Estado. Se podría pensar que en este sentido era innecesaria, porque todo remitía a la adhesión a una política de gobierno que había puesto en pie a un Estado, para componer un cuadro que muy pocos habían imaginado. Unos por la melancolía de creerlo imposible, otros porque no sospechaban se sumarían a algo así. Si el enemigo lo hubiera sospechado lo ahogaba en la cuna, pero era tarde. Por otra parte, la militancia se mira, pero más aún se la compara desde afuera, con la militancia revolucionaria de los setenta.

24. Es con este fondo que Beatriz Sarlo publica en la edición del diario *La Nación* del viernes 4 de marzo de 2011 un artículo de título grandilocuente, para atragantar la medialuna de la señora emperifollada desde temprano y alimentar el deseo de venganza del joven CEO que sale transpirado del gimnasio: "Hegemonía cultural del kirchnerismo". Varios meses antes de las elecciones, a unos pocos de su participación en *678*. A pro-

pósito del candombe "Nunca menos", que se escucha durante las transmisiones de *Futbol para Todos*, escribe: "tengo, por primera vez, la sensación de que así se expresa una hegemonía cultural no simplemente en el vago sentido de llamar hegemonía a cualquier intento de dirección de la sociedad, sino a una trama donde se entrecruzan política, cultura, costumbres, tradiciones y estilos." Ese candombe viene a completar al Nunca Más de la primavera democrática y, como toda hegemonía, pone de relieve una extendida "creencia" que se sostiene y circula aunque contradiga "datos objetivos": una vez llegados hasta ese punto no se dará un paso atrás. ¿Cuál es ese punto? ¿Un grado de reparación, de inclusión? ¿Qué grado? Nos preguntamos porque Sarlo aquí es esquiva. Muy arriba, por las puertas principales de la historia, más aún porque lo dice una autoridad intelectual que viene de estar bajo el signo de la revolución pero que no adhiere al kirchnerismo. Los "datos objetivos", en esto sí abunda, son los "planes sociales" que no paran de crecer, disimulando que no se ha creado suficiente trabajo. En la manga guardaba Sarlo proyectos que burlarían al capitalismo tardío y harían posible abrir cientos de fábricas, brotar miles de puestos de trabajo; pero la nueva y extensa mayoría no estaba interesada en darle importancia a su señalamiento. Agreguemos que el 25 de ese mismo marzo, aunque breve se informa en los principales diarios que una masiva movilización tuvo lugar en Jujuy convocada principalmente por la Tupac Amaru. En repudio a la última dictadura militar y exigiendo los juicios en la provincia. Cerró el acto, en la Plaza Belgrano y frente a la casa de gobierno provincial, Milagro Sala. El 29 de abril, 35.000 manifestantes también convocados en primer lugar por la Tupac se reúnen en un estadio por el día del trabajador. Como se señala en un artículo en *Desarrollo Económico* de 2012, muchos de quienes ese día se movilizan son los mismos que lo venían haciendo desde los últimos años de la década de los noventa. Ahora, vale

añadir, con un poder muy cierto, probablemente nunca así de relevante en esa provincia. Sala reafirma el camino de acción, utilizar la política para seguir generando puestos de trabajo y viviendas para los trabajadores. Interrumpo el éxtasis: ¿quién se acuerda hoy de ese candombe que registra Sarlo, quién retuvo siquiera una línea de su letra? O fue el suyo un mal análisis, alevosamente incompleto, o se vio superada por las ganas de hacernos equivocar y las nuestras de dejarnos embaucar. De nuevo Jacoby que en 2011 suma una breve nota a un escrito suyo, "¿Fracasó la dictadura? Efectos ideológicos de la dictadura militar", publicado en 1985 en *El periodista*: ante la ofuscación de la derecha porque "el relato de la historia haya sido hegemonizado por el bando derrotado", concluye que "si Lenin perdió la batalla, Gramsci ganó la guerra". Malentendida la muy buena noticia de la nueva movilización de masas, hizo su aporte que fue mucho para que nos olvidáramos de que la cancha en la que jugábamos era enteramente la del capitalismo, incluso sin perspectivas de otra cosa, por lo tanto de los límites abrasivos para que ocurra una "reforma intelectual y moral"; también de la situación precaria del Estado en sociedades del capitalismo extremo ante el nuevo poder, situación que explica que llegáramos a él; que también se puede torcer hasta que luzca emparejada, pero contra eso que es un nuevo y brutal suelo inevitablemente se tropieza. Rápido se irradió entre nosotros un nuevo estado de ánimo, convencidos de que el Estado era un sujeto todopoderoso, fascinados por estar recreando su momento peronista, incluso un poco también –pero menos porque era sin masas, también porque avergüenza– el roquista. Nos contentó suponer que calzábamos bien en el Estado, que había compatibilidad.[24] Acá se inscribe la escena televisiva de Alicia Kirchner y Forster, cuando parecía no haber pérdida en la desmovilización de la masa piquetera del 2001, ya que una nueva se había activado. Todo ganado: bien comidos y a la

cama. Hacíamos el chiste estúpido de que había tentación de devenir régimen; unos tal vez movidos por algún prurito republicano, otros por la suposición de que tal cosa tendría alguna eficacia. O mezclado. Aun en estos días tan trabados, no viene mal recordar la inevitable incomodidad que experimentábamos en el Estado –cuando había que asumir responsabilidades de intermedias para arriba–, quienes veníamos de mucho tiempo en el llano, pensando siempre en asestar un golpe pero no por este lado. Obligados a representar, aunque más no sea a tenerlos presentes y en la cuenta, a ese tercio que sin pausa te odiaba de los 40 millones de argentinos a los que la presidenta quería dirigirse en cada uno de sus discursos. A la vez, a manejar el timón de una nave que había sido creada para otra cosa y que si se la dejaba un ratito sin control, se caía, inútil, o lentamente se ponía a andar en una dirección muy distinta a la que le queríamos imprimir. Sobre todo más difícil cuando la cosa se ameseta y los reflejos que activa el Estado y el poder se imponen. Internas imbéciles, forrear a unos o a otros, que te forreen a vos. El mismo lenguaje, spamizado. Fenomenal la violencia que significa ir a contrapelo desde el Estado, poner determinadas vallas, contenciones, pero obliga a un ejercicio riguroso de fuerza y poder. Pasado el primer momento, ¿de dónde se saca espalda para eso? Hay no poco de singular en haber asumido la posición estatal sin ser sus hijos dilectos, más bien todo lo contrario. Empujados inexorablemente a sostener cada tanto que estábamos, como Pangloss, en el mejor de los mundos posibles, o a comportarnos de esa manera, cuando sin dudas la Argentina estaba mucho mejor de la catástrofe había sido, que podía seguir siendo y que en efecto es el mundo en esta hora que dura un montón; pero así y todo preferiríamos no andar boqueando nada. La responsabilidad estatal vuelve conformistas, salvo que siempre encuentres una nueva cordillera de los Andes que cruzar, cosa que se sostiene un rato.[25] Cuando el viernes previo a

las elecciones presidenciales, *La Nación* deja durante horas en la home lo del "voto desgarrado" de Horacio González, que vaya a saber de qué razonamiento lo extirparon, se nos estimulaba a creer por contraste que con Néstor y Cristina Kirchner no habíamos conocido de desgarros, asidos por completo. Incluso con la risa que tuvimos estampada en la cara como nunca antes, no es así. El kirchnerismo, y fenomenal que así sea, siempre fue el desgarro. ¿No podíamos estar satisfechos porque todavía quedaban pobres, porque faltaba incluir a muchos? No, no es por acá la respuesta. Retomando: desde septiembre de 2012, las movilizaciones que se convocan desde los medios masivos de comunicación, con mucho fragor en las redes sociales y con los partidos políticos de oposición más o menos agazapados, son contrarrestadas por otras que se lanzan desde la cima del Estado, dibujándose así un ciclo que se cierra el 9 de diciembre de 2015. Digamos algo sobre la manifestación de ese día que es la última imagen de esa multitud tan estrechamente ligada al Estado, recorrida por cantidad de los que habíamos estado bajo el signo de la revolución. Lo que la hace además excepcional, se sabe, es que nunca antes un presidente concluyó su mandato con semejante demostración de identificación y reconocimiento; amor también, así de ñoño, componente ineludible de la fuerza que produce un liderazgo político. Son dos mandatos consecutivos y un proceso político que lleva doce años. Seguro algo similar en número de "gente" habría ocurrido con Perón si no lo hubieran derrocado antes. Pero es inconcebible esa plaza, la impresión es que nunca en las urnas Perón habría sido batido. No es el único motivo. Hubo un momento en que, sin que la presidenta diera pie para que en particular ocurriera, se coreó el nombre de un programa de televisión, *678*. Que sepamos entre nosotros nunca había pasado algo igual. La incomodidad va más allá de que ese programa, en la hora satisfecha, nos había hecho más daños que favores, cosa

que era tema casi obligado de conversación desde hacía tiempo; subrayaríamos del mismo modo si se hubiera coreado *Zamba*, *Futbol para todos* o *Encuentro*. Como si después del protagonismo recuperado de la política quedara no obstante en evidencia la debilidad de su lengua, la dificultad para nombrar los sentidos en disputa y se revelaran en ese último acto las alianzas que se habían tramado para llegar hasta esa situación, que por lo tanto configuran también a esa multitud. A la par, no hubo banderas de sindicatos, aunque algunos dicen que se vieron algunas del SAT, los trabajadores de la televisión. Nada de esto sorprendía del todo, porque era el resultado de un vuelco que venía del 2010 pero que incluso es posible filiar más atrás, en el desprestigio del sindicalismo durante los años noventa, cosa que se palpó en el 2001. Así y todo en esa circunstancia casi que lastimaba los ojos. Con esto en la cabeza, aunque suene como música celestial, no podemos aceptar el regalo que nos ofrece Marcos Novaro, en la Ñ y en junio de 2016: "Lo que siempre han asegurado los peronistas más clásicos y más radicalizados es que si el peronismo no logró completar la revolución fue porque los adversarios fueron muy desafiantes y la amenza restauradora siempre estuvo presente. Y porque Perón no fue la conducción que la revolución necesitaba. Los Kirchner vinieron a reparar esa falta con la idea de completar la revolución, de crear un régimen perdurable." Podría ser, gracias por tus palabras, pero el énfasis en la radicalización no puede pasar por alto que hay una mutación de magnitud en el sujeto; es de época y, en dirección contraria, la sufre también él que no se atrevió a pilotear un avión de guerra para lanzar bombas sobre la Plaza de Mayo el 9 de diciembre, o tantas otras veces antes, con todo lo que lo habrá fantaseado. Y a nosotros ni se nos cruza lo de andar con alambre de fardo en el bolsillo. Ni decirlo. Formas nuevas del poder que nos dejan vivos pero por otro lado corroen. Pero, incluso aceptando esto, nuestra imagen de

la multitud herida es incompleta, además de porteña, más de clase media -flamante y recompuesta- que otra cosa, lo que no es justo con el problema. Altamente probable que esa misma tarde de miércoles 9, en Jujuy la Tupac Amaru estuviera organizando la carpeada que se instalaría en la Plaza Belgrano el 15. Tenía doble remate lo de Jacoby sobre el triunfo de Gramsci: "soy prudente como los chinos. Cuenta Piglia que Mao decía acerca de la Revolución Francesa: 'Es prematuro opinar'."

25. Tendríamos una pieza bien valiosa si lográramos recomponer y reunir algunas de las tantas conversaciones que Cristina Kirchner mantuvo durante estos años con cantidad de delegaciones, ya sea en audiencias pautadas o en recepción improvisada de quienes se habían arrimado a saludarla. Por ejemplo, según se lee en la reconstrucción que hace la tesis de doctorado de Melina Gaona, a los representantes de los pueblos originarios, en mayo del 2010, les plantea que hay que aceptar "los beneficios que ha traído la modernidad" –y al hacerlo, se apunta, a través de un gesto señala sus celulares–, también la necesidad en la coyuntura de un Estado extractivista –agrega una referencia a lo que está sucediendo en Bolivia– para ofrecer "mejores condiciones de vida que no solamente se logran estando en el monte." Cuando ocurre el Foro por la Emancipación y la Igualdad, a mediados de marzo de 2015, recibe a un grupo de intelectuales que participan de ese evento. Me dicen que anda dando vueltas el video en *youtube*, me limito no obstante a lo que recogió Ticio Escobar, crítico de arte que fue ministro de Cultura de Paraguay durante el gobierno de Fernando Lugo, primero en su misma intervención en el Foro, luego en un artículo. "La mandataria manifestó su preocupación por la insuficiencia de marcos teóricos capaces de explicar y anticipar las grandes transformaciones que requiere nuestro tiempo." No

merecería muchas vueltas esto si evaluáramos que sólo se trata del consabido desdén de aquel que está comprometido sin pausa con la acción política frente a quienes, libres de presiones mayores, cuentan con tiempo suficiente para pensar y, para colmo, no lo hacen en la medida necesaria. Es efectivamente un problema el lugar que la reflexión alcanza a tener en medio de la vorágine, también que cuando ésta se desata no deja a nadie sin capturar. Quizás tocado y algo perplejo por lo que escuchó, Ticio Escobar le responde de la mejor forma a la presidenta, con el argumento de "que se están consolidando conceptos y discursos que enriquecen el pensamiento del cambio"; una reaparición, podríamos decir, en "formatos menores", sin "fundamento metafísico" pero por eso también con renovada potencia. De la revolución a la emancipación, del pueblo a lo popular. Nos permitimos la sospecha, aunque más no sea para seguir pensando en esta situación que es bien otra, que es algo más lo que Cristina Kirchner buscó plantear a través de esa observación, interesados en dar por válida la posibilidad de considerar que efectivamente hubo tal "insuficiencia teórica". Como si se aceptara que con el "modelo" no alcanza. Oscar Terán decía que la de mayo de 1810 había sido una revolución que había carecido de teoría, en lo que entendía como una más de sus singularidades. Con demasiada ligereza estamos a punto de señalar lo contrario, que es lo propio de las revoluciones y de la política dejar relegada a la teoría; de modo que circunscribamos el asunto y digamos que lo que se ausentó fue la meta, el norte. Es decir, mientras la alta movilización popular que tuvo lugar entre el Cordobazo y la vuelta de Perón se vio acompañada por una importante agitación de ideas que no cesó de imaginar y nombrar aquello que se quería alcanzar socialmente, incluso las tácticas y los caminos para hacerlo de la manera más rápida y efectiva, algo muy distinto ocurrió del 2001 al 2015. Incluso, podríamos preguntarnos qué es la reflexión teórica o

en qué se convierte cuando no hay objetivo estratégico. Adivinamos rostros y nombres de compañeros que rechazarían esto de plano, para decir que sí hubo norte, que fue y sigue siendo la Patria Grande, respuesta tan cierta como vaga, necesaria para la acción pero también insuficiente. Tal vez valga aclarar que esta impresión hay que entenderla nacida entre quienes habíamos estado, poco tiempo atrás, entregados, casi escribo engolfados, a estas discusiones. Digamos, en contraparte, que sí hubo una sostenida discusión sobre la violencia política, conocida como "No matarás" por la carta de Oscar del Barco que la disparó; en lo fundamental ocurrió entre 2004 y 2006 y hoy parece claro tuvo mucho más que ver con las ganas sino de cerrar, de ajustar cuentas con una época, que sólo en el calendario había terminado –la última autocrítica digamos–, que con lo que ya contenía la nueva en gestación: fenomenales y renovadas formas de violencia, de dilapidación pública. También a propósito de la Ley de Medios se escribió bastante, al punto de que por un tiempo que esperemos sea prolongado muchos no podrán leer un diario, mirar un noticiero o escuchar a un periodista de la misma manera que lo hacían pocos años atrás. Bien pegado al terreno fue esto otro, en la liza. Ni una cosa ni la otra pudo suplir la falta de reflexiones y definiciones sobre la sociedad que se quería construir; sobre el socialismo –en algún momento había que nombrarlo–, o, para no ser tan drásticos, sobre cómo se evaluaba la transición desde el capitalismo, apuntalado todo por el lugar que se había conquistado en el Estado. Para explicarnos también que hacíamos en él, para soportarlo más allá de lo que se soporta todo trabajo. Nuevamente y por las dudas: los que veníamos de la afección por la revolución hubiéramos podido sacar a relucir viejas enseñanzas que habían llegado a los tropezones hasta nosotros y, por lo pronto, probar si ayudaban a encauzar las cosas hacia ese objetivo. No digo en el 2004, porque casi que lo habíamos olvidado, pero sí

en 2011 o en 2012, cuando mucho parecía a nuestro favor, de hecho hay un solitario artículo de Diego Tatián al respecto en *Pagina/12* que es de esos días, "El kirchnerismo y la cuestión socialista". Se podría suponer que no fue así porque hubiera indispuesto a unos o a otros, a muchos incluso, quizás no era esto lo que la presidenta quería escuchar. Imposible saberlo, pero lo cierto es que en más de una oportunidad se manifestó tan sólo partidaria de volver a un "capitalismo en serio", que contrarreste a lo dominante, "un anarcocapitalismo financiero total"; y una vez, el 3 de noviembre de 2011 en la reunión del G 20, añadió: "si alguien me viera de mis épocas de universitaria tener que decir esto ahora". Y fuimos nosotros lo que no nos espantamos, ni nos pusimos a pergeñar qué decir, cómo seguir ante estas definiciones. Hubo una renuncia a avanzar por este camino de reflexión que de por sí es un camino político. En contrapunto, da la impresión de que el vicepresidente de Bolivia Álvaro García Linera no dejó de tener presente la preocupación por el comunismo, aun con la percepción de que estaba lejano como meta, con la voluntad teórica de enlazarlo a la acción de gobierno. Señala en una entrevista que le hacen Svampa y Pablo Stefanoni en 2007, a poco más de dos años de asumir junto con Evo Morales: "Recuerdo que desde 2002 vamos teniendo una lectura mucho más clara y hablamos del carácter de la revolución como democrática y descolonizadora. Y dijimos: no vemos aún comunismo. Por doctrina, la posibilidad del comunismo la vimos en un fuerte movimiento obrero autoorganizado, que hoy no existe, y que, en todo caso, podrá volver a emerger en 20 o 30 años (...) Entonces, ¿cómo interpretar todo esto? El horizonte general de la época es comunista. Y ese comunismo se tendrá que construir a partir de capacidades autoorganizativas de la sociedad, de procesos de generación y distribución de riqueza comunitaria, autogestionaria." Incluso desarrolla el concepto de "capitalismo andino-amazó-

nico" para no perder de vista la realidad de lo que acontece pero tampoco el objetivo: "Lo que ahora está pasando en Bolivia es un desarrollo particular en el ámbito de un desarrollo general del capitalismo. Bolivia es capitalista en el sentido marxista del término, aunque no plenamente capitalista y esa es su virtud. A esa particularidad de capitalismo local que combina procesos de subsunción formal y subsunción real lo hemos llamado capitalismo andino-amazónico. Puede ser frustrante para las lecturas idealistas (...) No es que sea lo que uno quiere, nuestro objetivo; lo que decimos es que las posibilidades de transformación y emancipación de la sociedad boliviana apuntan a esto. A reequilibrar las formas económicas no capitalistas con las capitalistas, a la potenciación de esas formas no capitalistas para que, con el tiempo, vayan generando procesos de mayor comunitarización que habiliten pensar en un poscapitalismo". En 2009 lo vuelven a entrevistar –el gobierno de Evo Morales ha atravesado su momento de mayor tensión con las clases tradicionalmente dominantes–, y no se trata tanto de que el objetivo comunista se atenúe, cosa que ocurre, sino de que se toma posición fuertemente a favor de una modernidad que además de "comunitaria" y "campesina" sea una "modernidad extractivista, modernidad industrialista". Así, en pos del bien común, el Estado en tanto "locomotora" se abre paso en la Amazonia para producir hidrocarburos. El Estado en manos de una alianza plebeya y, se diferencia, no "Repsol o Petrobras". Ahora bien, releído esto luego de diciembre de 2015 y luego de la disertación que García Linera ofrece en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA el 27 de mayo de 2016, volvemos al problema planteado. Gobiernos que han producido más riqueza y han sido más justos a la hora de su redistribución, que apuntalaron la expansión del bienestar y el consumo, crearon finalmente una "nueva clase media con capacidad de satisfacción pero portadora del viejo sentido común

conservador". Pregunta entonces García Linera en esa intervención: "¿Cómo acompañar a la redistribución de la riqueza, a la ampliación de la capacidad de consumo, a la ampliación de la satisfacción material de los trabajadores con un nuevo sentido común? ¿Y qué es el sentido común? Los preceptos íntimos, morales y lógicos con los que la gente organiza su vida". Abogar, como lo hace en 2016, a favor de una "profunda revolución cultural", habla en primera instancia de que, como era de prever, no bastó con la teorización sobre el comunismo, de que no se encontró la manera de que ésta, en su traducción política, incida en la subjetividad de miles y miles que se colocaron en una situación de reproducción de su vida mucho más ventajosa que la hasta entonces conocida. A la vez, la imperiosidad de semejante revolución se vuelve imposible, mera ensoñación, sin un poderoso y prometedor objetivo a alcanzar, que permita incluso postergar la satisfacción individual, que deje atrás al "viejo sentido común conservador". La cuestión es que eso no puede ser un artificio de la imaginación, no funciona si no se sostiene en prácticas que comprometan a las vidas reales y que precisen, para su desarrollo, de esa meta mayor. De vuelta García Linera en 2007 y no podríamos decirlo mejor: "El socialismo no se construye por decreto ni por deseo, se construye por el movimiento real de la sociedad". El movimiento real de nuestras sociedades, o limitémonos a la Argentina, fue el de la época, consumista, productivista, con las inmersiones de política e ideología que acompañaron pero hasta ahí. No sé si en el Alto será igual, pero es impensable ganar una elección en Florencio Varela, o arrimar votos en las villas de Rosario, sin prometer trabajo, mejores condiciones de vida, ampliar el consumo. Por lo tanto, esta ausencia de desvelo teórico político para pensar la transición al socialismo, no puede ser considerada sin más como un déficit o como una cuestión de renuncia, corrigiendo lo que escribimos más arriba. Casi una cuestión de

buen sentido. Así y todo, la ausencia de norte permanece. Sigo con la cita de la entrevista que le hacen a Pagni en la *Crisis*: "La dirigencia argentina –donde pongo a los políticos, los empresarios, los medios, los sindicalistas, los líderes religiosos, a todos–, atemorizada por ese fenómeno (se refiere a la "sociedad que se volvió loca" en el 2001), decidió darle a la gente una fiesta de consumo por diez años. Y al que nos dio esa fiesta lo consagramos Edipo Rey. Eso es lo que pasó en Argentina. Esa fiesta se terminó. Y no sabemos hacia dónde va esto". Fiesta de consumo. No está mal después de tantos años de austeridad, a excepción de unos ratitos.[26] Metería ahí lo de los derechos y que, como toda fiesta, acciona sobre el estado de ánimo de quienes se ven envueltos en ella. Y en el de quienes la odian. Todo esto suena aún mejor. Más todavía si percibimos que, en lo que tuvo de profanación, esto produjo un alto grado de enfrentamiento que también y, ante todo, fue de clases, aunque no siempre se miraron a los ojos. Cada tanto el Estado, en su descarrío, contribuyó a que en ese enfrentamiento los desposeídos y marginados de toda laya por una vez conocieran condiciones más ventajosas en la disputa. El castigo a Milagro Sala es la respuesta a esto. La insuficiencia teórica, la ausencia de meta que es el pago a la época, limita a que la tensión social se produzca en el terreno del consumo y del reparto, lo que apuntaló al individualismo de flamante e inestable clase media y a puntos altos que se pueden resumir en lo de la Tupac. Pero mezclado una cosa con la otra. Algo más porque de otra forma nos perseguiría. En la coyuntura 2001, sin que se hablara de comunismo, se intentó pensar otra cosa, sostenido además en condiciones de vida y prácticas que lo hacían posible; y también les señalaban límites. En las intervenciones del Colectivo Situaciones se lee con insistencia la apuesta por esbozar una "nueva forma de vida", a distancia del capitalismo y del Estado. En lo que dicen en tanto colectivo militante pero también en lo que recogen en las con-

versaciones con los integrantes del MTD de Solano. A mediados de 2002, repiten que hay que "zafar del collar del Estado" para alcanzar una "nueva forma de vida". Sin mucho entusiasmo, porque saben que no pueden prescindir de él. Junto con eso, interesa la experiencia del trueque aunque se la evalúa cargada de problemas. Quizás llegó un poco más allá este autonomismo pero se me escapa. Nos rondó y es lo que hubo. En el número de *Confines* también de mediados de ese año que se suele calificar no sin razón de extraordinario, Alejandro Kaufman escribe sobre el dinero y la biopolítica; comienza poniendo de relieve la opción de Francisco de Asís por la pobreza y concluye preguntándose dónde se encontrará, si es acaso posible un gesto político y vivencial de esa radicalidad, "¿cómo se puede *actualizar* el gesto de Francisco?" Por un andarivel distinto, aquí también late la cuestión de una forma de vida opuesta a la capitalista. Probablemente el concepto de "buen vivir", familiar a varias culturas indígenas –y que ha sido incorporado fuertemente en la narrativa política de los gobiernos de Bolivia y Ecuador– pueda ser pensado en esta línea, al menos porque busca nombrar otra cosa. Ticio Escobar termina su diálogo con la presidenta por este lado. *Tekoporá*: manera propia de ser en la conjunción de lo bello y de lo bueno. "Para los guaraníes, el tekoporá significa un ideal lejano pero alcanzable (...) En tiempos de crisis y desalientos que enturbia el horizonte occidental, las sociedades indígenas pueden acercar pistas de resistencia y pueden hacer entrever otros tiempos y otros imaginarios, nutridos de la fuerza de lo imposible posibilitado". En la tesis referida de Melina Gaona, al mencionar el uso que también hace de este concepto la Tupac Amaru, concluye que "se torna improbable imaginar una opción por el buen vivir frente al incentivo por el consumo y la propiedad por un lado, y, por otro, con el sostenimiento y el avance del extractivismo y el monocultivo acelerado, como parte de las consignas estatales de progreso".

No sólo estatales añadimos. Aunque su utilización no sea sólo retórica –nunca existe tal cosa–, si no se reconoce el territorio real sobre el que busca incidir, más fácilmente corre el riesgo de que las fuerzas del capitalismo extremo la abracen y hagan propia.[27] Ahora sí, por último. La revista *Bicentenario,* de la subsecretaría de Políticas Universitarias del Ministerio de Educación, entrevista a Eduardo Rinesi en agosto de 2012: "Contra lo que pudo pensarse en algún momento en la Argentina, algo que hemos aprendido en los últimos años y en las últimas décadas es que 'del otro lado', por decir así, del Estado, no está la libertad ni la autonomía ni el paraíso de la comunidad finalmente realizada, sino la miseria, la desprotección más absoluta, la ausencia completa de derechos". La única vida justa es la que transcurre bajo la protección del Estado. Si esto fuera así, creemos que no lo es, estaríamos fritos. No sólo por el macrismo, por el reencauzamiento del Estado en su matriz más propia, sino por la crisis que atraviesan desde hace décadas los Estados nacionales y que, entre otras cosas, dejan sin reaseguro sólido a los derechos.[28] La inexorable ausencia de meta hizo que apreciaciones de este tipo se expandieran y probablemente hoy sigan agitando a muchos. En una agenda algo improbable que deberíamos trazarnos para seguir, vendría bien discutir esto.

26. Rarísimo, por decirlo de algún modo, lo que pasó con la historia del 2001 al 2015, lo que sigue pasando. Por lo pronto, no muy parecido a lo ocurrido en este acotado devenir argentino de 200 años, partiendo de la base de que la historia, salvo en momentos muy particulares y precisos, nunca ha dejado de rondarnos, sin velorio definitivo. Iba a añadir que asistió sostenidamente a las identidades políticas populares en su búsqueda de mayor justicia social, pero no, estaba en piloto automático, no es por este lado. Volvamos, ya que condensa, a la moviliza-

ción del 9 de diciembre, y como parte de ella a las tantas reuniones, casi asambleas, que ese día se hicieron en distintos lugares del país, en unidades básicas, centros culturales, oficinas estatales, en el comedor del trabajo o donde fuera; también a los preparativos para la carpeada de la Tupac Amaru. La historia, una forma de aproximarse a ella y recoger unas cuestiones más que otras, fue uno de los hilos de sentido que atravesó a esa multitud y le otorgó palabras. Ortega y Gasset –sí, él mismo, otra lectura de los años de gran desorientación, nuestra y de los profesores que venían del mismo cuadrante y nos indujeron a que las hiciéramos–, en *La rebelión de las masas* (1928), en pos de medir grandilocuentemente el temple de su tiempo, señala que hacia finales de siglo XIX era usual entre las elites europeas, en salones, clubs y cenáculos, que en algún pasaje de la velada se iniciara una conversación juguetona acerca de la época en la que a cada uno de los asistentes le habría gustado vivir. Para el español esto era señal de la enorme satisfacción que sentía esa situación civilizatoria consigo misma, de modo que con las tareas realizadas y carentes de nuevos apetitos se entretenía con el pasado indeciso, con la certeza de que finalmente todo había conducido hasta ese presente. Sólo a veces una melancolía más cierta acompañaba a este regodeo con los antecesores que, sin que se lo adivinara, indicaba tanto la magnitud de la victoria como el inicio del declive. El final de un tiempo historicista, de gran narración victoriosa, el de la burguesía europea. Bueno, nosotros ni de casualidad jugamos a algo así, pero desde que concluye la guerra de Malvinas hasta tarde la década de los noventa, nos dejamos sobrevolar por el anhelo de vivir, también por el lamento de no haber llegado a tiempo para hacerlo, durante eso que se nos ocurría como el punto más alto de la experiencia argentina, su hueso y su drama, me refiero nuevamente a los años setenta, entre el Cordobazo y la vuelta de Perón. Algunos incluso más allá, hasta el más directo enfrenta-

miento con final sabido y todo. Entonces: no varios momentos del pasado, sino uno muy concreto; y no por ganadores ni satisfechos, sino por derrotados. Era otro tipo de cansancio y hartazgo con el presente. Poco importaba que, como decía Ignacio Lewcowicz en julio del 2000 en la CTA, "hace mucho tiempo que ninguna discusión política –en el caso de que tal cosa aún exista– se salda en términos históricos". Era parte del asunto, porque los setenta eran la verdad –la vida y la muerte–, la política lo falso. De otra manera, quienes habían sobrevivido a esos años –los irrecuperables de González y quienes se adaptaron pero nunca lo pudieron hacer del todo–, también soportaban esa atracción. Por los muertos, por la sospecha de que pudo haber sido distinto, por la intensidad de lo vivido. Hay una nota que firma Nicolás Casullo que probablemente resuma de la mejor manera, casi desnuda, esta pulsión: "La década atragantada" se titula, la publica *Página/12* y notablemente es de enero de 2006, cuando él mismo tiene la impresión -y la risa- de advertir que otra cosa está empezando a suceder. Quiero decir, después de diciembre de 2001 y de la asunción de Kirchner se produce una escalada en la irrupción del pasado sobre el presente, que arrancó con los setenta pero fue mucho más allá, hasta Juana Azurduy, Bolívar y el Chacho Peñaloza; pero, así y todo, no hubo lamentos ni tristeza por no haber vivido esos viejos buenos y/o dramáticos tiempos. Ni siquiera los de Perón y de Eva. (Interesa pensar, de todas formas, la cadencia de esa escalada. Digamos que hasta el enfrentamiento con el "campo" la atracción que regresa por los setenta era por reparar todo lo que se pudiera de esas injusticias flagrantes. Con la certeza de que nuestro presente en nada se parecía a esos años trágicos, que la tarea que emprendíamos era muy otra en relación con la que allí imaginaron y persiguieron los compañeros. La impresión que dura desde 2001 es la de la más plena excepcionalidad de la situación que vivimos y nos envuelve en ese halo que

Nietzsche llamaba "ahistórico", fundamental para obrar). A diferencia de lo que señala Ortega, nos encontramos contentos con estar clavados en el presente. Incluso con sus tantísimas contradicciones, luchas y odios disparados; más importante todavía, con la conciencia incluso de que no había manera de superarlos ni librarnos de ellos de una vez y para siempre. Cuando este contento fue satisfacción, produjo lo más soso, lo peorcito. Pero, por suerte, era insostenible sentirse llenos, duraba muy poco. Ahora bien, la combinación entre la apertura tan marcada al pasado y la alegría moderada por estar situados en ese presente y no en ningún otro tiempo, también se conjugó con el desencantamiento del futuro. Se podría pensar que quizás fue esto último lo que habilitó lo otro, de tal manera que esto también atraviesa a la multitud del 9 de diciembre de 2015. Tarde, hacia 1987 o 1988, el lote al que varios pertenecemos del signo de la revolución, empezó a sospechar que eso que denominábamos la historia y escribíamos con mayúscula no estaba a favor nuestro. No tanto que no existía, me parece, sino que las fuerzas que la constituían cinchaban en dirección contraria. Desacomodado había quedado el juicio de la Historia que se había mentado tanto durante la oleada poderosa, como la instancia que nos redimiría y justificaba los sacrificios presentes, incluso las acciones políticas incomprensibles.[29] Como nos costaba emprenderla contra Walsh o Fidel, un camarada bromeaba sobre la canción "El tiempo está a favor de los pequeños" de Silvio Rodríguez: es una imbecilidad o una visión. Lo primero, si con los pequeños se refiere a El Salvador, a los países centroamericanos enarcados por las guerrillas o a los oprimidos de toda laya. Porque el cubano era un tipo grande, que había pasado los años fragorosos, por lo tanto tenía que saber desde antes que el desangramiento no había tenido provecho, que la victoria había sido de los otros; en fin, que el tiempo no está a favor nuestro. Un profeta de ciencia ficción si se animaba a va-

ticinar que el tiempo empequeñece y así produce a los "poca cosa", hombres menguantes, triunfadores multitudinarios y melindrosos del capitalismo que ganó por afano. Antes de que leyéramos a Benjamin, en relación con este asunto a Ignacio Lewcowicz le interesaba una línea de Borges, de "La forma de la espada": "Las razones que puede tener un hombre para abominar a otro o para quererlo son infinitas: Moon reducía la historia universal a un sórdido conflicto económico. Afirmaba que la revolución está predestinada a triunfar. Yo le dije que a un *gentleman* solo pueden interesarles causas perdidas..." Así suelta, hoy suena a Sabina y Serrat, cosa que en ese momento –hiperinflación, saqueos y revolución productiva– era imposible. Era lo que teníamos a mano para desmarcarnos de la idea de que sólo vale acoplarse a lo que tiene a favor la inexorabilidad de una ley, aunque el narrador finalmente es el traidor, es uno y otro; alardea con lo del *gentleman* y la causa perdida para camuflarse, nada más, porque eso no sostiene a nadie. Un lío bárbaro. Benjamin: "Marx dijo que las revoluciones son la locomotora de la historia mundial. Pero tal vez las cosas se presentan de muy distinta manera. Puede ser que las revoluciones sean el acto por el cual la humanidad que viaja en tren aplica los frenos de emergencia". Urondo, en *Los pasos previos*, le hacía decir a un dirigente revolucionario en disputa con un agente de la CIA: "–Porque ustedes se están apurando, para ganarle de mano a la historia, y eso es imposible". Respuesta del agente de la contrarrevolución: "–No es la primera vez que estamos en éstas y no sé si hemos detenido a la historia, pero hemos logrado prórrogas, demoras". Sólo la están entreteniendo, replica por último el revolucionario, ya que, se entiende, no la pueden frenar. O sea, fenomenal inversión pensada hace décadas, ya no sería la derecha ni la reacción las que buscan detener el rumbo de la historia, sino la revolución. Cuando la leemos en la primera mitad de los noventa, la rumiamos como a un mantra. Por

eso es la voluntad lo que interesa de los setenta, no el embelesamiento con el sentido positivo de la historia. Tesis 9 del célebre escrito de Benjamin: "Nada ha corrompido tanto a los obreros alemanes como la opinión de que están nadando con la corriente. El desarrollo técnico era para ellos la pendiente de la corriente a favor de la cual pensaron que nadaban". El Mesías, no, porque el mismo Benjamin detectaba que era mejor esconder ese lenguaje; entonces, la revolución llegaría para vencer al Anticristo que, así las cosas, se encuentra estampado con letra invisible en el texto del progreso. Aunque del otro lado del ring, nuestra versión del pastiche posmoderno –alicaída y sin pretensión académica– hace que intuyamos que eso que escribe Carl Schmitt sobre el *katékhon* se encuentra mucho más en la dirección de lo que interesa pensar y hacer que cualquier loa al progreso. Lo leemos con las manos transpiradas, sin profesores y en traducciones españolas más fascistas que Schmitt. La inquietud por la fuerza temporal que frene el avance de la historia, el dominio del Anticristo y el final de los tiempos. ¿Qué significados recoge la figura del "Epimeteo cristiano"? Alumno, tiene un uno. Un moderado en comparación con Benjamin, finalmente un conservador, daba tela para al menos vislumbrar la posición política que no había sido. Si, aunque más no fuera imaginariamente y en voz baja, nos recostábamos sobre esto era, me parece, porque no teníamos ninguna esperanza en que llegara alguna vez el Mesías para derrotarlo definitivamente. Lo teníamos encima, hecho carne, y obvio que no hablo de Menem, me dan ganas de buscar la tapita que seguro hubo de *Página/12* del riojano con cuernitos, tan tonto como lo que se lee por estos días y acusa de todo lo malo a Donald Trump, un apocalipsis, añorando a Obama, una delicia progresista. (Me apuntan que sí existió un programa de Tato Bores con Alfredo Casero haciendo de Menem disfrazado con larga cola colorada y puntiaguda). Ponerle un bozal, sólo eso, demorarlo. Un soco-

rro a media luz entre derrotados, como Schmitt decía de su vínculo con Tocqueville. Ahora bien, de diciembre de 2001 a diciembre de 2015, con escalas en 2003, 2008, 2010, postergamos todo esto. No me refiero a la certeza de que el futuro era todo un palo, eso quedó firme pero implícito, sino a lo del Mesías y el Anticristo, mal aprendido y con tufo de catacumbas. El kirchnerismo, como antes el peronismo, no cargó las tintas en ninguna sustancialización de la historia; no se hizo fuerte en el subrayado de necesariedades de las que él mismo sería el fruto maduro. No agitó la bolsa del tiempo y a sus progresos para explicar que de ahí había caído. Pero apretó el acelerador del consumo, buscó y en parte hizo posible un nuevo salto en el desarrollo y en la investigación, en la técnica. Para aventar esas profecías oscuras, ya menos que diagnósticos, nos las arreglamos con los sortilegios de la reparación, los derechos, el Estado –en su reconstrucción y desvío–, con la política. Imposible habernos olvidado de lo otro, nos dimos un respiro. Se puede juzgar que fue demasiado prolongado, pero si habíamos asumido tareas de gobierno, en busca de un bien general, mejor, nacional y popular, salvo que quisiéramos repetir el papel de los "piantavotos de Felipe II", como llamaba Perón a los ultramontanos de 1944, no tenía sentido que alertáramos sobre esos males, berretamente además. Cuando por detrás o por debajo de las paces que habíamos hecho con el Estado, incluso con la Iglesia gracias a Francisco, despuntaba la injusticia de base de la situación, el capitalismo triunfante hasta la destrucción que es él mismo, barruntábamos que no había otra cosa, que estaba todo jugado. La verdad, sin dudas y una vez más, es de Pasolini cuando en las *Cartas luteranas* cifra la derrota en la idea que se vuelve común a todos de que "el peor de los males del mundo es la pobreza y por tanto la cultura de las clases pobres tiene que ser sustituida por la cultura de las clases dominantes". Pero no se puede ir contra eso, está instaladísimo, a no

ser que... Por otra parte, el odio con el que se disparó y se dispara sobre todo lo que tanto quisimos de ese presente, su desfiguración, es bien concreto, hostiga, tiene mucha solidez y escapa a estas lecturas de larga duración, casi de episteme. Nos sostiene y quizás también nos encanalla, es lo que tocó. "Después de estar una HORITA y media / contestando en este foro, / surge la siguiente REFLEXIÓN: / no comprendo como tantos PROGRES / DE MENTALIDAD MARXISTOIDE / PUEDEN DEFENDER A LA FAMILIA KIRCHNER, / MONÁRQUICA Y OLIGARCA." Desde 2014 que Jacoby viene trabajando con las palabras que dejan los lectores en los comentarios a las noticias de los diarios. Intervenciones, puestas teatrales y un poemario que, cuando queda escrito y se publica, firmado junto con Syd Krochmalny, está acompañado por una nota -es abril de 2016- en la que dicen: "En Argentina el deseo de aniquilación está todavía lejos de ser legitimado. Pero los foros de los principales diarios se ofrecen como escenarios donde los actores pueden actuar encubiertos por el anonimato y decir lo que la línea editorial subtiende." "PIKETEROS": "ESTA ES LA ESENCIA DEL MOROCHO / cococho, CABEZA Y MESTIZO... / SON LOS QUE TIRAN PIEDRAS / Y ALIMENTAN EL CÁNCER / DEL PERONISMO ENGORDANDO / LOS ÍNDICES DE POBREZA Y VIOLENCIA... / MOROCHO ARGENTINO=VIOLENCIA... / AL PAN PAN Y AL NEGRO CABEZA". Nada de esto impide, sin embargo, que *La Nación* lo invite a conversar. Pone la mesa, le sienta en frente a un periodista culto de los que tiene a montón, y en su espacio auspiciado por el HSBC, le preguntan generalidades sobre su obra, nada sobre este libro; y Jacoby contesta también generalidades, proteicamente huidizo para continuar en la brecha. Es inevitable que titulen ellos y entonces Jacoby dice "Detesto el arte político". Volvemos a los problemas del '76, a decir verdad

a los de vivir en el capitalismo extremo, en territorio de otro, pero con la impresión de que un paso como éste tiene un costo. Incluso cuando sólo quedara el camino de la diáspora, no parece ayudar. Pero Jacoby sabe de estos menesteres. En fin, por todo esto no convence ni un poco cuando Álvaro García Linera en su disertación de mayo de 2016 en Sociales, que tan bien nos vino leer una y otra vez, casi concluye lo siguiente: "Algo que cuenta en nuestro favor: el tiempo histórico está de nuestro lado. Ellos, lo decía el profesor Emir Sader, no tienen alternativa, no son portadores de un proyecto de superación de lo nuestro. Ellos simplemente se anidan en los errores, en las envidias, de lo pasado. Ellos son restauradores. (...) No representan el futuro. Ellos son zombis, muertos vivientes electoralmente. Nosotros somos el futuro. Somos la esperanza. Hemos hecho en diez años lo que ni en cien años se atrevieron a hacer ni dictadores ni gobiernos, porque nosotros hemos recuperado la Patria, la dignidad, la esperanza, la movilización y la sociedad civil. Entonces ellos tienen eso en contra. Son el pasado. Ellos son el pasado. Ellos son el retroceso. Nosotros estamos con el tiempo histórico". Nos soplan que lo dijo para levantar el ánimo, una inyección necesaria. Preferimos pensar que no fue por eso que lo planteó, ya que tampoco zanjaría la diferencia. Si, como afirmaba Mariátegui a mediados de los años veinte, el proletariado también se diferencia de la burguesía por su capacidad para alojar y dejarse guiar por un mito y por una fe –que no son lo mismo pero en la escritura del marxista peruano conviven–, la impresión es que para los nuevos proletarios la cuestión del tiempo histórico como algo a favor de su lucha nada significará. Claro, si se puede barruntar tal cosa, sepultureros siglo XXI menos por el lugar que ocupan en la estructura productiva que por esta disponibilidad. Es evidente que el entusiasmo me ganó. Como quiera que se produzca el nuevo mito –¿o es el mismo de Mariátegui, el de la revolución social?–, es-

peremos que no busque socorre en el ingrediente de las leyes de la historia. Pero no tiene realmente valor esto, sólo una suposición nacida del afecto por los zombis. Por lo demás, que el futuro no esté de nuestro lado, que sea incluso un error grosero esperar que el desenvolvimiento del tiempo nos asegure algo bueno, nada de esto quiere decir mucho. Será cuestión, como siempre, de interrumpirlo. El corte más justo y profundo que se alcance a dar.

27. Foucault argumentó más de una vez, es uno de los zócalos que está a la base de su obra, que mientras a fines del siglo XVIII se empieza a escribir una historia de derechos y libertades, un flamante y eficaz conjunto de dispositivos captura a la población. Por lo general, evita decir revolución, ni francesa ni ninguna otra. Sarmiento entre nosotros, ya con Roca en la presidencia, le escribe a Mary Mann que pocas veces se ha visto que se hiciera un esfuerzo tan grande "para rescatar a un pueblo de su pasada servidumbre" y para definir la fisonomía de una nación; sin embargo, los progresos materiales están llegando a estas pampas "como al Japón, como a la India, como al África, donde están colocando los rieles de un ferrocarril que parte del caudaloso Niger, y se interna a través de selvas de cocoteros". Donde, se desprende, no hubo tal esfuerzo. Quizás David Viñas, cuando subrayaba que la "conquista del desierto", en tanto capítulo último de la derrota y del consiguiente disciplinamiento de las clases populares precapitalistas, fue obra de la "santísima trinidad" representada por el telégrafo, el ferrocarril y el remington, pretendía hostigarlos a las distancias: Sarmiento y Roca a lo sumo habrían sido modosos secretarios o amanuenses al servicio del despliegue y la obra de la técnica, nada más que eso aunque hicieran bulla e inflaran el pecho. De este lado, la política; del otro, dispositivos y técnica. En algún momento

supusimos que tenía sentido preguntarse cuál de estas fuerzas es más certera y veloz a la hora de escribir la historia. Ya no. Claro está que para el progresismo, ni qué decir para al neoliberalismo, no hay contradicción posible entre una cosa y la otra. A veces incluso llegan a discutir en pos de discernir quién interpreta mejor la partitura del espíritu de la época en su irresistible pretensión de materializarse, por lo tanto, quién tiene más legitimidad. Lo que Sarmiento colocaba en los trenes, hoy podríamos designarlo como pantallas que se expanden sin límite, posibilitadas y hermanadas con el consumo y el entretenimiento; que, a la vez, se vuelven indispensables para multitudes –estamos adentro por supuesto– que no perciben ningún riesgo allí, nada de poder ni encierro, nada de despotenciamiento tampoco. Y muchísima medicina y pastillas. No vale la pena darle vueltas, aquí y en este momento, a sopesar los efectos que suscitan unos u otros dispositivos, si son igualmente perniciosos o, en su revés, cuánto margen dejan para las posiciones de sujeto. Es lo que hay y, nuevamente, lo que nos tocó. Ni tampoco hace falta decir, es obvio, que el kirchnerismo no fue un llamado de guerra contra esa ingeniería mayor y arácnida de las sociedades –¿podría existir algo así después de todo lo transcurrido, desde los luditas hasta la revolución cultural china?–; es más, supo servirse bastante bien de ella. Respuesta a la pregunta entre guiones: de ninguna manera puede existir tal cosa, a no ser que, eufemismo mediante, no se midan los desastres humanitarios, o que no importen los resultados electorales. Por eso se puede afirmar que le dio una nueva vuelta de tuerca al hedonismo consumista de masas y, así, una de las tantísimas críticas con que se le dispara dice que no fue todo lo inclusivo que en este sentido postuló ser, que se pavoneó demás al respecto. Incluso en 2004, al trabajar con maestros y profesores concebíamos que la televisión era un problema en sí mismo, basura por entero que había que tirar por la ventana de los hoteles. Más o me-

nos lo mismo pensaban ellos, unos y otros defendiendo el lugar residual que ocupábamos en la trama de la arcaica sociedad disciplinaria. Hasta que apareció *Encuentro* y despuntó un puñado de programas de la Televisión Pública, incluso *678*. Con un poco más de tiempo, hasta concebíamos un Netflix propio. La divina TV Fuhrer tenía chances finalmente de devenir otra cosa, había que dar la lucha al interior del medio para darlo vuelta como una media, aunque la media siga siendo media y apeste. El ojo blindado empezaba a mirarte bien. ¿Hubiera vuelto el pasado con sus nombres propios tal como volvió de no haber sido por esta alianza? La impresión es que no, seguiría siendo el berretín de uno, la profesión de otros, el motivo de los desahucios de algunos más, una lectura solitaria incluso de Cristina Kirchner. *Encuentro* y *Paka Paka* fueron el principal vector de masas, mucho más importante que cualquier libro, incluso que los que, a tono con los tiempos, se llamaron de divulgación. Una dosis nada menor de desprejuicio, astucia y flexibilidad política se puso en movimiento para que un Estado, en tiempo de resucitación, también de relativa transfiguración, a través del canal de su Ministerio de Educación, se atreviera a que un personaje de dibujito animado, un *cartoon* con los tics de los más últimos de la gran industria, volviera entrañable a Rosas trasvestido como cantante *new romanthic*. Y produjera un pequeño y no muy usual ensayo de equilibrio para tratar con Sarmiento, también para reírse de él. Para hablarles de historia y de política a los infantes, desde canales bien posicionados en la grilla. *Zamba* tomó el ritmo y el shock que en los *cartoons* parece un lisérgico y lo puso al servicio del sentido. No, las dos cosas. Ojalá haya sido así. Más que con Hugo Curto o con Insfrán –lo de Insaurralde es de mezcla–, ésta fue la alianza más complicada y más necesaria que produjo el kirchnerismo. Para constituirse, a él y a su multitud. Darío Sztajnszrajber contaba en una charla en el Ministerio de Educación, escucha-

ban productoras de televisión que venían trabajando con *Encuentro*, que le pasaba de cruzarse con pibes que a todas luces se habían rateado –10 de la mañana tirados en un banco en una plaza–, que lo saludaban con la mejor onda y lo felicitaban, copados con lo que hacía él en la tele, nada que ver con el aburrimiento de la escuela y el intento de clase insufrible de filosofía. En el entusiasmo, algunos llegamos a pensar que podía haber círculo virtuoso, trabajo mancomunado entre dispositivos de una era y de otra con el fin de hacer relucir los mejores e indispensables contenidos, de enriquecer la educación de los nuevos. También de sacar al vetusto, que es nuestro preferido, de su agonía que según se había dicho sólo se podía administrar.[30] Algo de esto hubo, me parece, pero no precisamente por el círculo virtuoso. Convengamos que no hay trato parejo posible entre un conductor supertuneado, con cámaras HD pura pulcritud, siempre con música que hipnotiza y el maestro de carne y hueso, más desorientado que el soldado de Benjamin que volvía mudo del campo de batalla. Como la Amazonia: primero entramos nosotros con la televisión que transmite contenidos que valen; sin que nos lo propusiéramos, dejamos el camino abierto para que ahora permanezca la televisión y entre cualquiera.[31] Lo escribo y me lo pregunto. Quedémonos tranquilos, esto iba a suceder de todas maneras. Si seguimos por este camino deberíamos recordar lo que ya sabemos: que el capitalismo funcionó bastante bien durante los gobiernos kirchneristas, que los ricos siguieron ganando plata a lo lindo, que sobraron oportunidades de buenos negocios. Incluyamos en un detalle de este cuadro a las productoras con las que veníamos trabajando, casi todas pequeñas empresas, que buscan afanosamente y con sobrados motivos después de diciembre de 2015 cómo seguir, dispuestas claro está, y es el baile que bailan, a decir lo que el nuevo cliente estatal quiere que se diga. El problema mayor es si no dice nada... También que el kirchnerismo

fue eficaz a la hora de garantizar la gubernamentalidad de una sociedad de masas, complicada por demás; no por nada se mantuvo el tiempo que se mantuvo en el gobierno. Pero, así y todo, hay "rehabilitación de las clases acomodadas, resueltas en adelante a hacerse respetar por *quien quiera que fuese*." Sarmiento escribe eso mientras el Ejército Grande –Urquiza y sus entrerrianos más muchísima tropa e inteligencia del Ejército imperial del Brasil– se desplaza hacia Buenos Aires, para acabar con Rosas, y a su paso da vuelta la situación política y social incluso de pequeños poblados, si no me equivoco la expresión se suscita por algo que vio, y no sabemos qué es, en San Nicolás. Podemos dudar mucho sobre lo que es una revolución, pero una contrarrevolución es siempre una "rehabilitación de las clases acomodas resueltas en adelante a hacerse respetar por *quien quiera que fuese*"; decididas a esto último que el "loco" Sarmiento pone en bastardillas, a afrontar la lucha política de frente, porque durante un rato anduvieron desplazadas, inhabilitadas. En su desierto. Poco o mucho duró la indigestión; en el exilio obligado o tan sólo hablando en voz baja, desconfiando en casa de los criados o del portero; aun ganando buena plata, conscientes de que se están perdiendo la oportunidad de ganar mucha más. "Pareció un sueño trágico" la celebración del Bicentenario de la revolución, para la editorial de La Nación de febrero de 2016, "un alarde de inconsciente temeridad a la que ningún gobierno se había atrevido antes." Si sólo habla la paranoia de su clase, convengamos que siguen actuando en consecuencia. Por eso es cierto pero también injusto e incompleto decir: "Yo no creo que haya habido una modificación sustancial de la economía argentina. Seguimos con el modelo sojero. Socialmente no creo que haya habido una modificación sustancial." (Dardo Scavino en la Agencia Paco Urondo a comienzos de 2016). Se podría pensar que el kirchnerismo amortiguó y le puso malla a lo más salvaje del mercado y del capitalismo finan-

ciero a través del Estado, pero parece más atinado decir que lo suyo fue un desvío inevitablemente momentáneo. Escribíamos más arriba "profanación", cuestión que viene dando vueltas y se discute. Cuando lo que estaba asignado sirviera para algo o que no sirviera para nada – para ninguna vida, ya que sólo vale a lo que intima su mera presencia–, es utilizado para otra cosa. Si hicimos las "paces dialécticas" fue por este descarrilamiento, este derrape que nos precedió y que se intentó llevar lo más lejos posible. Transformado, con otras vestiduras. Fue porque se logró "malversar" recursos y sentidos, excedernos. A decir verdad, el mismo hecho de revitalizar al achacoso Leviatán para comprometerlo con sus viejas y olvidadas tareas sonó a demasiado, a innecesario. Un poco más todavía si se lo hacía en alianza con movimientos sociales reinscriptos en la trama política, con perseguidos de otras épocas, con parias. Más o menos discretos, pero ya un contrabando. Más interesada por la libertad que por la revolución, aunque ambas palabras se implican, Hannah Arendt encuentra que una de las maneras más precisas para definirla está en el Nuevo Testamento, la libertad como milagro. "La historia, a diferencia de la naturaleza, está llena de acontecimientos, en ella el milagro del accidente y de la improbabilidad infinita se produce con tanta frecuencia que parece extraño mencionar siquiera los milagros". Es la facultad de actuar y de iniciar algo nuevo, que es también la de interrumpir "el desastre" que es "lo que siempre ocurre automáticamente y por consiguiente tiene que parecer es algo irresistible". El problema, sigue, es que el progreso, la complejidad de la economía, el crecimiento de la población precisan de burocracias y administraciones ajustadas que vuelven cada vez más difícil mover un ápice de la mole, hasta así frustrar a la facultad de la acción. Escribe esto a comienzos de los setenta, con *Black Panthers* y extremismos alrededor, y explica la opción por la violencia como originada de esa frustración. No le interesa a Arendt que

Lenin en 1917 también comparara a la revolución con los milagros, es cierto que el acento no lo pone igual que ella. Digamos tan sólo que así como es "flaca" la "fuerza mesiánica" que asiste a cada generación para acudir a la "cita secreta" que tiene con los muertos, también tiene límites la fuerza social y política que sostiene a los milagros, que impide que se apaguen. No obstante: "En la Historia, las cosas buenas suelen ser breves, pero por lo general tienen una influencia decisiva sobre lo que sucede durante largos períodos de tiempo". Veremos.

Notas

Estas notas fueron escritas por el autor para la segunda edición de SUBLUNAR *con el objeto de ampliar cuestiones que han aparecido en ocasión de las presentaciones, lecturas y posteriores discusiones que suscitó el libro en diversos puntos de la Argentina. Como editores participamos y celebramos cada uno de esos eventos que a su modo también hicieron posible estas valiosas notas.*

Cuarenta Ríos

1. De tanto que pone el acento en explicar al peronismo como un asunto de bandidos, el libro de Martínez Estrada no hace más que mostrar la falta, la insuficiencia de la hipótesis. También no poca desesperación, incluso por sus mismas palabras desmadradas. Las comparaciones furibundas con el nazismo tampoco lo ayudan. Se podría decir que Martínez Estrada no innova casi nada en relación con lo sentenciado por Sarmiento sobre Artigas –"contrabandista temible hasta 1804" que, sin dejar de ser eso, o por eso mismo, se convierte en caudillo de la primer "montonera", de "ferocidad brutal"y "espíritu terrorista"–, pero no es así; puestos uno al lado del otro, el sanjuanino parece un historiador social, un precursor de E. P. Thompson. Y no pierde las riendas, no se olvida de seducir. Martínez Estrada satura y se le cuelan problemas que lo dejan para el cachetazo. Escribe que Perón creó "una nueva orden jesuítica, con ganzúas, cachiporras y pistolas automáticas", todo preparado para una "guerra de ocupación y no para la lucha de clases". Recluta sus fuerzas –"residuos"– no en el proletariado, sino entre "los negros del proletariado". "A un gobierno de ladrones, un pueblo de rateros": *troll* antes de los *trolls*. Pero residuos, rateros, negros del proletariado, etc., son también los "vencidos de todos los días", desplazamiento que podría aparejar otro entendimiento, pero no; ni clemencia con ellos. "Implantó una legislación de bandidos (...) un código en que bajo el nombre de Vélez Sársfield se ocultaba Juan Moreira." La sinrazón delictiva, en tanto hipótesis pura ideología, emerge en el momento en que la política se cae de su lugar válido e incuestionable, de manual, el asignado por el liberalismo. La película *Después del silencio* de Lucas Demare se estrena en septiembre de 1956 y está en línea con esta perspectiva, pero limpiando los excesos y ripios, para que la familia

argentina respetable pueda tener un lindo rato de gratificación. Se reviste, además, de una épica, la de la lucha contra la trama criminal que ha ocupado el gobierno. El héroe-doctor de la película, en una pausa de su batallar –sentado en un sólido sillón y a pedido de su mujer–, pronuncia su frase favorita sobre la democracia, lo que no está pudiendo ser entre 1946 y 1955: "Vivir en una democracia es oír el timbre a las siete de la mañana y estar completamente seguro de que es el lechero." La seguridad burguesa violada por la política de la delincuencia, sin la salvaguarda que debería ser para ella la democracia. Fue con esta lente que una franja nada menor de la sociedad, durante muchos años sino hasta hoy mismo, entendió al peronismo. Poco importa que en el C.B.C., que en el ingreso a la Universidad de Buenos Aires, se haya repetido hasta el hartazgo lo de Germani, Murmis y Portantiero. Si nos venimos mucho más cerca en el tiempo, aunque nunca tanto, los sucesos del 2001 son enfocados en un libro de reciente publicación, *La larga historia de los saqueos en la Argentina*, con los mismos términos: una cuestión de cultura carcelaria, de activación de referentes del delito, de persecución de botines, etc... Aclaremos que el resto de los artículos del libro, todos los demás, piensan otras coyunturas de manera muy distinta. En Villa Fiorito, un "poronga", rodeado de otros cincuenta, le dice a un oficial inspector que los deje hacer, saquear, porque están todos "enfierrados" y son todos "vagos del oficio". Como no podría ser de otra manera, no solo entre nosotros se expandió esta clave que lleva a tratar fenómenos políticos como asuntos delincuenciales; a veces afloja, tolerante, en lo que hace al pasado, pero es demoledora en el presente. Lo que sí, aquí trabaja muy pero muy bien. Sumemos otra inflexión para no concluir tan sólo –ya sabemos esto– que estamos ante muestras palmarias del empobrecimiento del pensamiento sobre lo social cuando lo ejecuta la lengua del liberalismo embrutecido o del academicismo. En la novela *Los de abajo* de Mariano Azuela, una de las primeras de la revolución mexicana, un personaje clave, universitario y periodista, cuando se encuentra con una banda de campesinos armados que responden a Pancho Villa, se pregunta: "¿Sería verdad lo que la prensa del gobierno y él mismo habían asegurado, que los llamados revolucionarios no eran sino bandidos agrupados ahora con un magnífico pretexto para saciar su sed de oro y de sangre?" No lo tortura el asunto, pero por un momento lo intriga. Aunque al final será él quien, haciendo uso de sus argucias de clase, se fugue bien provisto a EE.UU. Los campesinos en armas, muertos, derrotados. Hannah Arendt, en unas páginas de los primeros años setenta, liga la violencia de los grupos que se radicalizaron después del '68 con lo que entiende como los "estertores agónicos" de la facultad de acción en el mundo, facultad

que la humanidad estaría a punto de perder. Retoma una observación de Vilfredo Pareto de principios de siglo: "la libertad (...), con lo cual aludo al poder de actuar, se reduce cada día, excepto para los criminales, en los países así llamados democráticos y libres." Apretada en un rincón diminuto, la política sin aire. Junto con todo lo demás, valdría pensar si a la base de esta "confusión", de lo que la torna posible, no se encuentra este asunto. Cuando logra realizarse aunque más no sea algo de acción efectiva sobre el mundo, el sistema, sobredeterminado por tecnologías e información, por burocracias del control y productividades, le pone el nombre de delincuencia. Un consejo primitivo que fue muy útil durante 2016: clavarse una vez por semana algo de Raoul Walsh, por ejemplo *Alma Negra*, con James Cagney. O, también con él, *Enemigo público* de William Wellman. En riguroso blanco y negro.

2. Algo por este lado se le escapa a Eduardo Blaustein, poca cosa es cierto, no válida para levantar una acusación en su contra por macaneador. En las primeras páginas del libro que publicó a mediados de 2013, *Años de rabia. El periodismo, los medios y las batallas del kirchnerismo*, se lee: "Argentina 2003-2013 o cita enésima de uno de los comienzos de novela más célebres, Charles Dickens en *Historia de dos ciudades*: 'Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos, la edad de la sabiduría, y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación.'" Se sabe muy bien, quizás por eso no hizo falta recordarlo, que esos "tiempos" con los que mide al kirchnerismo son más que nada los de la revolución francesa, a la que Dickens lanza en ese libro de 1859 una condena de vigor parecido a la que le dedica al Antiguo Régimen. O en una de ésas Blaustein se dejó llevar por la cita, grácil y grave, y postergó, en olvido momentáneo, lo de la revolución. Casi de inmediato Damián Tabarovsky recomienda *Años de rabia...* –por él lo buscamos– en la revista *Mancilla,* y lo integra en una lista muy breve, a contrapelo de una época en la que hay "enemigos" pero no "amigos", porque sólo hay comunidad, verdadera amistad, cuando la *fratria* se conjuga con el *polemos*. Así lo dice y parece exigente hasta que concluye que la política se desentiende sin problema de esta combinación virtuosa que, por el contrario, es "pan cotidiano" de la literatura. El kirchnerismo, se sugiere, padeció de esa imposibilidad o más bien se forjó sobre ella. Cuestión a pensar, seguro, aunque no convenza la supuesta apertura llana de la literatura a la combinación entre *fratia* y *polemos*, y la cerrazón igualmente simple de la política a ella. Tampoco que no se le haga un mínimo lugar a lo que hace que el asunto sea tan complejo en la política. O sea: los enemigos no descansan, hostigan las

veinticuatro horas del día, todo para destrozarnos. Ahora, al frente de una editorial de las nuevas hace varios años y de paladar negro, Tabarovsky no pudo sino haber dado el visto bueno para publicar en 2017 un libro de Federico Pinedo, sí, el mismísimo, titulado *Ser humano.* Me soplan que también el de Alejandro Rozitchner. El enemigo en una –o dos– de sus encarnaciones individuales, humanas. Por posición de clase, por cada una de las políticas que impulsan, también por pensamiento si es que hay que seguir llamando así a lo que dicen y escriben. ¿Pagó de su bolsillo la edición el presidente del Senado? Más importante: Tabarovsky es una de las principales plumas intelectuales en Télam, la agencia de noticias que el macrismo agarró con mano fuerte para desactivarla, elige el libro de la semana. Un adorno en el desguace. Entre la *fratia* y el *polemos*, ¿en qué lugar quedan estas situaciones? Tal vez nos comimos algún paso, ya sea en el argumento de *Mancilla* o en esto que viene ocurriendo, de modo que dispuestos a conversarlo. Salgamos del caso, también de la decisión tan equivocada, inolvidable, de quienes aceptaron cargos a partir del 10 de diciembre de 2015. Si me pidieran que subrayara con lápiz rojo cinco cuestiones que nos hacen falta en esta coyuntura –nadie me lo pide pero no me quiero quedar con las ganas–, diría que una de ellas es una política, tan clara como secreta, para retomar el diálogo con quienes, por un motivo o por otro, decidieron permanecer en la gestión de los ministerios o de las secretarías, a pocos casilleros de personajes claves, que definen políticas del Estado nacional; por lo tanto, obedeciendo o, a lo sumo, obteniendo muy poca cosa de lo que alcanzan a negociar. Una oportunidad para que obedezcan a otra cosa.

3. Claro está que es mucho más que *La Nación* lo que hacia allí nos empuja. Veamos otras expresiones de menor importancia, sin coherencia centenaria y con firma individual. Luis Alberto Romero desde hace años bate el parche y nunca tuvo punch; por eso se lo saltea y listo, muy relativo el daño que hace. Pero lo volvimos a leer: en la revista de cultura de *Clarín*, fines de 2017, dispara a quemarropa que el kirchnerismo fue una "cleptocracia". Así nomás. Es cierto que más adelante se pregunta cómo puede ser que siendo tan sólo eso tenga la adhesión de una parte no menor del electorado. La inteligencia falla, problema de la clase por la que ha optado, que sólo la usa para hacer negocios. La revista *Crisis* ofrece otra pieza al respecto, que será a descifrar en el futuro cercano. Tres de sus colaboradores habituales, entre ellos su director Mario Santucho, aceptan el desafío que les propone Beatriz Sarlo durante un asado, y se sientan alrededor de un celular en función grabador mientras hablan de la corrupción kirchnerista. Arranca el segundo semestre de 2016; son

tres páginas de letra chica que, cuando se escapan un poco del tema de la reunión, encuentran rápido la voz que los reenvía al orden. ¿Les parece después de tanto tiempo, de tantas cosas que se escribieron, después de todo lo que pasó desde, por decir, 1969 o 1973, ponerse a hablar de la corrupción kirchnerista? Mírense a los ojos por favor. En las cosas que anduvieron y terminar departiendo como ciudadanos escandalizados. De acuerdo, unos preguntan y una responde, pero la nota tiene otra pretensión. Los podemos imaginar y es fenomenal todo lo que se calla en pos de un ejercicio de lugares comunes helados, más que ajedrez, cerebro magnético. Se desprende de lo de Sarlo que el kirchnerismo, "esta banda" dice, fue más nocivo que el menemismo; y que al macrismo no le cabe el rótulo de corrupción porque hacen negocios como los habilita el capitalismo. Bostezos, aunque ellos parecen excitados. Porque una cosa es el capitalismo, y otra la corrupción. Esperemos, quizás ocurrió, que a algunos de los muchachos la morcilla que había comido meses atrás le enviara una señal inconfundible de descompostura macerada. Si en esa coyuntura por la que Sarlo trabajó tanto, se sentaron a hablar con ella, la única forma de desatar la bombita que se habían atado al cuerpo era llevarla a hablar de todo lo demás, y, si se negaba, dejar la marca en la nota. ¿Discutir el capitalismo? Estaban con la pólvora mojada, como todos en 2016, pero no es culpa de ellos si no se les ocurrió esto. Pero es eso lo que hay que volver a discutir. Sarlo suspira por un *mani pulite* y lamenta que no tengamos un juez Moro, el de Brasil. Bernie Sanders, pulgar para arriba. Putin, pulgar para abajo. Los muchachos escuchan, toman nota, están por pelearse por el socialismo de Santa Fe –más y más bostezos–, pero superan la crisis. Entre las recomendaciones de Sarlo, para castigar al macrismo que desconoce las mediaciones entre clase y política –ése es el problema y no su clase, aquí, allá y en todas partes–, aparece la CDU alemana, la Unión Demócrata Cristiana. La CDU es el partido que, cerrado –es un decir– el episodio de los campos de concentración y la segunda guerra, puso a Alemania en las sendas de la normalidad capitalista. De Adenauer a Merkel. No es aconsejable, ni aunque sea tácticamente, valorar por algo a gente como ésa. Propongo que la citen de la DAIA, como a Esmeralda Mitre. Punto. El tema es la disputa por la narración de lo que fue el kirchnerismo en el ejercicio del gobierno nacional, más o menos así lo decía Juan Manuel Ciucci en una conversación que se pareció a una pequeña asamblea, en ATE Capital. Lo que pretende el enemigo es despojarnos de una narración justa sobre lo que hicimos; dejarnos sin brújula, sin mapa, sin entender nada otra vez.

4. "En la historia humana la gente ha aceptado que la vida cambia de repente por culpas de las guerras y que para sobrevivir hay que improvisar." Sobrevivencia e improvisación. El sociólogo norteamericano Richard Sennett escribe esto en un libro que no está dedicado a hablar justamente sobre bombardeos a ciudades, avances arrasadores de divisiones de tanques, cuerpos despedazados por granadas, etc... No, el tema es la transformación en el mundo del trabajo –en el capitalismo tardío, en el último cuarto del siglo XX– y sus efectos en el carácter de los trabajadores. Por otra parte, no hace falta llegar a algún grado de acuerdo sobre la pertinencia de invertir la célebre frase de Clausewitz –"la guerra es la continuación de la política por otros medios"–, para destacar destellos de un pensamiento sobre la historia argentina que coloquen a la guerra, en la filigrana de la paz como quería Foucault, como figura central, ordenadora. Apretado ejemplo: Tulio Halperin Donghi desentona muchísimo en los años noventa, hasta con él mismo, cuando se reedita un libro suyo de mediados de los sesenta, *Argentina en el callejón*. Se lee ahí que una "larvada guerra civil" es lo que se vive en la Argentina desde el golpe del '30. Entonces, sobrevivencia e improvisación como segunda naturaleza recontraaprendida. O, mejor, como primera y fundamental, nunca olvidada del todo. Un profesor de Catamarca nos insistía en 2007 que por allí ni siquiera durante los años del peronismo y del Estado de bienestar hubo trabajo sólido, seguro, que allanara el campo del futuro. Ni siquiera en ese entonces hubo olvido de otras guerras o entierro de las armas de la sobrevivencia y la improvisación.

5. Calibrar qué derrota es ésta nos obliga a pensar cantidad de asuntos. Ponemos el ojo, sólo eso, en uno de ellos. En un par conversaciones, una fue en Paso de los Libres, dijimos que a diferencia del '76 hoy las vidas no están comprometidas masivamente. Es decir, la existencia biológica, sostén de todo lo otro; la "mera vida", como escribió Benjamin y retoman con diferencias Agamben y Judith Butler, no está en juego, no corre peligro de verse interrumpida. A punto de tropezar y de que nos salten al cuello, mencionamos, a contramano, a Santiago Maldonado, a Rafael Nahuel, a las víctimas de los operativos de la Gendarmería y de la Policía. A Milagro Sala, a los presos políticos. Aun así, sostenemos el diagnóstico, sabiendo además que esas "excepciones" disciplinan, obran sobre todos. ¿Quién no ha fantaseado esa pesadilla? En la zona de la delincuencia colocan a buena parte de quienes estuvieron al frente de la gestión estatal, pero, así y todo, ni a la segunda ni a la tercera línea, tampoco a la militancia, nos han expulsado, con lo bien que supieron hacer esto en otras ocasiones, a la condición de vidas que deben ser segadas sin que esto constituya un crimen,

más bien como servicio a la sociedad. Indios, terroristas, subversivos. Lo demás sí está amenazado, me refiero al conjunto de posiciones, de ideas, memorias, sensibilidades que durante más de diez años le dieron forma a nuestras vidas, el ánimo digamos. Ahora dudo respecto de cuál de las dos es el sostén, imposible escindirlas. En verdad, siempre estuvo en riesgo esto último, hostigado por el vendaval de información difamante que nunca aflojó, también podríamos decir por prácticas, como las del consumo, que nos sostenían pero también nos horadaban. Y varias cosas más. La diferencia es que ahora no contamos con instrumentos que amplifiquen una voz distinta y nuestra, un contrafuego. Como se hizo desde el Estado. No es menor haber perdido este reparo, pero tampoco es dramático y desesperante, porque la militancia y la movilización que sostuvo y promovió el kirchnerismo no tuvo un punto final, más bien se reconfiguró. Se baraja de nuevo, pero no desde cero. Leemos a propósito de los palestinos: "la derrota es algo que existe y los palestinos han sido derrotados. Por amargo que sea ese destino tienen que aceptarlo, llamarlo por su nombre y tragárselo." Dice Matilde Sánchez que esto lo escribió Coetzee en conversación con Paul Auster. Lo recicla, habrá sido en mayo de 2018, en la y *Ñ* lo llama "exhortación realista". Algunos de nosotros, más paranoicos que Philip Dick o que el Mariscal Francisco Solano López –a ambos le sobraban razones para serlo–, sospechamos que nos hablaban al oído. Dedíquense a otra cosa, fúmensela. De este modo, ni a palos nos convencen; con variaciones, seguimos buscando formas de activar, de hacerles difícil lo que les toca. No hay comparación con los palestinos. ¿Fue sólo nuestro delirio? Volvemos entonces al punto, preguntémonos a qué responde que la "mera vida" no se vea comprometida masivamente. ¿A que la radicalidad de la búsqueda y de lo efectivamente realizado, de las mismas prácticas apuntaladas, no fue tan inquietante como para merecer esa sanción? ¿A la erosión de las instituciones que ejercían esa violencia masiva? ¿A un cambio de época en la relación entre biopolítica y violencia? Lo que no parece, obviamente, es que tenga que ver con el progreso de las costumbres. Tampoco convence que se trate del avance inexorable en el camino de los derechos. Ni siquiera en una consigna de los momentos más álgidos lo nuestro se conjugó con la muerte, con el sacrificio de la vida. No hubo "Patria o Muerte" o "Libres o muertos jamás esclavos" –se vio hacia 2011 un stencil en las paredes de Buenos Aires que resumía agriamente el espíritu de la época "Libres o esclavos, jamás muertos"–. A lo sumo se cantó más fuerte el "O juremos con gloria morir". Se puede decir que esto también nos salvó, aunque sospechemos que es una especie de nueva condena, a disfrutar y a encontrarle la vuelta.

6. No conocemos casi nada de lo que escribe André Sant'Anna, oriundo de Belo Horizonte dice la web, nacido en 1964. En el cuento *La soledad de Fidel Castro*, se lee: "En 1990/1991 no había nada más obsoleto, nada de tan mal gusto, nada más ridículo, que un comunista. Y los militares de derecha, nacionalistas y simpáticos al capitalismo, los tipos que torturaban a las personas para proteger al Brasil contra un pueblo analfabeto y desnutrido al que en cualquier momento se le podría ocurrir hacer una revolución comunista –ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja ja– ya podían dormir tranquilos, sin miedo, con la sensación del deber cumplido, aquella sensación de victoria." Hecho de ironía, lo publica en 2004 y, de una fecha a la otra, nada en el diagnóstico terminal y dolido, parece tener otra chance, sin movimiento: "No, no va a haber revolución comunista en el Brasil." Sólo varía el hecho de su escritura. En un libro de 1989 –*Regreso a la patria*–, Juana Bignozzi escribe estos versos: "pero aquí no habrá salvadores/lúcidos detectives jóvenes enamorados/sólo héroes que miran cómo agonizan/y simulan vivir una vida/¿quién la llamó vida?/sin revolución". Alrededor del hueco que deja la revolución en su partida, ¿qué se hace, qué se dice? Lo que resta es simulación de la vida. ¿Cómo seguimos, con qué vestimos a los huesos? Permítasenos: "aprender por fin a vivir" (sin revolución). Era –¿es?– la pregunta a la orden del día.

7. Estábamos a punto, en primera del singular, de argumentar en una clase sobre la debilidad política de un planteo de José Martí –así de enceguecidos andamos–, pero recordar esto de Sarmiento nos sacó del error, más que eso, del disgusto. *Los indios en EE.UU.* se llama la crónica que firma el cubano en el exilio: "Que ya se les han quitado, por razones de la república, sus derechos de naciones libres, no se les quiten a los indios sus derechos de hombres." Es 1885, casi al mismo tiempo que lo de Sarmiento, que es de *Conflictos y armonías de las razas en América*, quien quizás le pasó la mirada por arriba, ya que la crónica la publicó *La Nación*. Íbamos a cuestionar a Martí por la desconfianza que nos suscita la lengua de los derechos que en estas páginas hace suya; le dábamos vueltas al asunto, también interesados –y confundidos–, porque a los "derechos de hombres" los evalúa como resto, mejor, como premio consuelo ante la pérdida, por derrota, de los "derechos de naciones libres". O sea, los "derechos de hombre", humanos e individuales, se otorgan como efecto de una sustracción mayor, un hecho insoslayable que conlleva para un colectivo la pérdida de su libertad y soberanía. Advertimos lo obvio: la desconfianza por esta lengua es de muy pocos, casi que incontagiable; y no es, claro está, porque no simpaticemos por tales cosas, sino por el tipo de potencia, o de despotenciación, que alimenta. No a corto plazo y

cuando se asume en colectivo, sino a mediano y en primera del singular. Pero Sarmiento hace que el alma nos vuelva al cuerpo. Si la lengua de los derechos sirve para iniciar experiencias políticas, o para camuflar metas insondables, perniciosas, adelante camaradas. Signos de exclamación. Como sea, sugerimos no desterrar cierta incomodidad, la sospecha sobre sus límites.

8. Quizás Sarlo repita seguido esta posición y no lo advertimos, el asunto es que teníamos demasiado bien guardada una entrevista de agosto de 2008, recortada con mal pulso, en la que vuelve a la carga con ella, incluso para hacer una pirueta muy arriesgada. Es de *La Nación* y, como no podía ser de otra manera, se habla largo de la derrota del gobierno en el Senado con la 125, el proyecto que volvía móviles las retenciones a las exportaciones del campo. A partir de ahí se habla de todo. Cabizbajos y barruntando qué hacer, cómo seguir, así estábamos algunos de nosotros, los más pavotes, mientras el periodista, Jorge Urien Berri, y la entrevistada, no llegan a relamerse en público, pero auguran que los Kirchner y sus secuaces tendrán rápido su merecido. El argumento principal de Sarlo dice que el kirchnerismo cometió el error de llamar en su ayuda al pasado para actuar sobre el presente. "No hay que ignorar la historia, pero es errado hacer política presente convocándola porque se empiezan a confundir los protagonistas y detrás de la familia Miguens veo a la familia Martínez de Hoz y detrás veo a la dictadura militar y así. Y entonces el escenario presente y el diseño del paisaje presente se me pierden." Dice esto y de inmediato plantea que es inobjetable que la Sociedad Rural avaló golpes de Estado y dictaduras, pero esa Sociedad Rural –aun siendo la misma institución– ya no es ésa que una vez fue. Higiénica disociación entre pasado y presente, flor de lío sobre la identidad para conjurar el error de entrometer a la historia donde no le corresponde, para explicar que no hay motivo para sospechar de la entidad patronal en los flamantes tiempos que corren en agosto de 2008. Ni por un segundo se le ocurre, a ella que leyó tanto a Benjamin, que el tiempo no es vacío, homogéneo, que el presente no es limpio. De este lado, seguro se acuerdan, no tuvimos ni por asomo la impresión de que en ese entrecruzamiento de tiempos se nos había "perdido" el presente, más bien lo contrario, lo vimos mejor que nunca, "tiempo pleno". Lo que ella llama "confundir" para nosotros fue por fin orientarnos, comprender, decisiva lección. Y, ahora sí, arremete con su primera persona: "Porque yo no quisiera ser alineada como miembro del Partido Comunista Revolucionario prochino, del cual fui miembro hasta los cuarenta años." Además de lo ya escrito, digamos que no son menores los problemitas que acarrea comparar a un individuo con una institución,

cual si estuvieran hechos de materiales similares, de arcillas igualmente maleables; como si la Sociedad Rural pudiera ser tan irresponsable con sus intereses para oscilar a lo loco en sus posiciones políticas. ¿Se arrepienten las entidades patronales, se hacen autocríticas, se vuelven democráticas? En lo que hace al individuo, pobre cosa, esta equiparación alimenta perspectivas equivocadísimas, delirios. Así vuelve con el tema del pasado errónea y arteramente introducido en el presente –en verdad, ambos temas son el mismo–, y no puede creer que a Kirchner se le haya ocurrido evocar a los comandos civiles de la Libertadora, "en un discurso en las escalinatas del parlamento casi sesenta años después". Es "anacrónico" y "carece de productividad" en el presente. Lo mismo había escrito Morales Solá días antes. Se mofa de Horacio González, al que imagina en una experiencia epifánica cuando delante del ex presidente mencionó a John William Cooke. Sentencia: "Cooke pertenece a la historia de las ideas políticas, punto." Nada de zombis. Desde hoy, o desde agosto de 2008, desconfiemos de la "historia de las ideas políticas". Recomendación: Fredric Jameson tiene unas páginas sobre la esquizofrenia como producto de la lógica cultural del capitalismo avanzado que la promociona: "Cuando somos incapaces de unificar el pasado, el presente y el futuro de la frase, también somos igualmente incapaces de unificar el pasado, el presente y el futuro de nuestra propia experiencia biográfica de la vida psíquica." Me hacen pensar los compañeros, pregunto yo a veces, discutimos: Sarlo cuestiona al macrismo, le da un par de mamporros, lo daña relativamente, lo que se puede desde una pantalla. ¿Estamos dispuestos a olvidar cómo nos lastimó sistemáticamente a nosotros, con la ayuda que le dieron –también se la dio *678*– y la convirtió en una intelectual de masas respetables? Con muchos ya no tenemos ni medio problema. Pero el tema no es éste, sino –como lo era antes del kirchnerismo– que su manera de entender y tratar la política y la historia es diametralmente opuesta a la que nos define; también a la que puede, como pudo, apuntalar a un sujeto de masas en su irrupción política. "La democracia es gris" titula *La Nación* la entrevista, a partir de una caracterización que defiende la entrevistada.

9. Sorpresas y sorpresas. Venimos padeciendo varias desde octubre de 2015. Otras envuelven de un tiempo a esta parte a algunos que acompañaron en algún momento al kirchnerismo, y en la segunda vuelta de noviembre de 2015 votaron a Macri. Incluso entre ellos a quienes escribieron a favor suyo, o hicieron público su contento y satisfacción. Además del componente contingente que tiene la política, además del estructural –es decir, de la dificultad de ir a contracorriente de lo que signa a una época, de los límites que impone–, las sorpresas que durante 2015 y 2016 nos

tiraron años encima se pueden explicar por algún grado de desconexión entre la imaginación y el conocimiento de las tradiciones de nuestras clases dominantes; más, de una parte de la sociedad argentina, de su mitad. Con esa desconexión, que fue también un desaprendizaje, se tornó inimaginable lo que estaba ocurriendo; de no haberse producido, varias cosas habríamos sostenido mejor. Digamos que todo en el capitalismo extremo está al servicio de que esta desconexión-desaprendizaje, también una amnesia, ocurra.

10. ¿Cuánto de esta irrupción feminista de la mano de *Ni una menos* y, en los últimos meses, con las movilizaciones y los pañuelos verdes que ganaron calles, escuelas, plazas, universidades y pantallas no abreva acaso de ese anarquismo? Preciso un poco más y extremo los cuidados porque desconozco mucho. Sobre todo en las más jóvenes, en las pibas que con mucho de desafío, de irreverencia, se hacen cargo del asunto y discuten con quien se presente, a los gritos si hace falta, para que se apruebe la ley del aborto. Me mostraron un videito en el que se suceden una a una afirmando que ni la Iglesia, ni los políticos, ni el Estado, y se sacan de encima a algunos más, pueden decirles qué hacer con sus cuerpos. Dios, el amo y el Estado en la negación de Bakunin. El parentesco, no sé si buscado, salta a los ojos; pero la demanda es al Estado, las marchas son frente al Congreso, se hace vigilia por una ley. Para que el aborto no sea ilegal y clandestino. Impensable esto en los noventa, donde a nadie se le ocurría pedirle nada al Estado, porque se sabía que tenía tapones en las orejas o que nada bueno podía salir de él. No, nadie no. Mientras buscaban fundar "otro mundo", los movimientos sociales exigían planes, que no es lo mismo que leyes. Sin esperanzas respecto de la ley. La demanda al Estado y, nuevamente, el acento en los derechos es una marca de lo sucedido entre el 2003 y el 2015, procede de esa gimnasia. Pero lo otro, el anarquismo, vuelve a la palestra, en amalgama. Me permito distinguir un filón, me refiero a dosis no menores de nihilismo con lo compleja –potente y peligrosa– que es esa fuerza.

11. Para la ciencia política los sucesos de 2001 fueron imposibles de prever, pues se situaron por fuera del horizonte que ella había fijado para sí misma. Si no pudo anticipar nada de lo que entonces la tomó por sorpresa, una vez sucedidos, dijo muy poco o incluso menos. Plantean el problema, o la ceguera, de la ciencia política, Eduardo Rinesi y Gabriel Nardacchione en la introducción de un libro del que son editores junto con Gabriel Vommaro, *Los lentes de Víctor Hugo*, y que fue publicado en noviembre de 2007. Agreguemos en consonancia con lo de ellos: desde 1996

estaban ocurriendo, sobre todo en las provincias, esos levantamientos que se cifrarían finalmente como 2001. Por lo tanto, la previsión de la que estamos hablando no es una tarea de adivino, tampoco siquiera de extremar hipótesis con excesivo riesgo, sino de atención para mirar correr aquello que ocurre entre la sociedad y la política. Que se llame de este modo el libro en cuestión, nada tiene que ver, claro está, con Morales, sino con la sorpresa del poeta Víctor Hugo que, después de todo lo que se remueve con las revoluciones de 1848, no ve la situación que llevaría al ascenso político de Luis Bonaparte, a las clases y fuerzas del orden que él representa. Con sus lentes no había logrado siquiera sospechar como posible ese hecho fundamental, al que sólo entiende como "un rayo del cielo sereno". Todo esto, obviamente, a partir de la célebre reflexión de Marx. La ciencia política argentina, capturada por el momento de la llamada recuperación democrática, definió que a lo que tenía que abocarse era al régimen de partidos, a pensar las nuevas reglas de juego, a calibrar eso que se llamó "transición a la democracia." A dar una mano preciosa en la invención de tal cosa. Atravesada por una definición restringida de la política, un entendimiento de la democracia como asunto procedimental. Escriben Rinesi y Nardacchione: "las acciones, los avatares y los padecimientos de los hombres y mujeres que viven sus vidas fuera de las zonas más visibles de esas instituciones" no le interesaron a la ciencia política; pero rápido suavizan: le interesaron pero sólo conceptualizadas esas personas "como ciudadanos, como actores políticos, y no como sujetos sociales." O sea, con los lentes de la ciudadanía, a la hora de mirar lo que pasaba durante los noventas entre esos que se distanciaban cada vez más de los partidos políticos y de las instituciones –y partidos e instituciones se distanciaban de ellos–, no veía nada. En otro de los artículos de este libro se pone el acento para pensar esta incapacidad que definió a la ciencia política argentina, en el "déficit de historización" del que se vio severamente afectada, como una resultante de la definición del campo propio de conocimiento, que poco menos que declaró a esa perspectiva por fuera de su incumbencia. Cuando uno lee algunas de las cosas que escribe José Natanson, la impresión es que ese "déficit de historización" le jugó una mala pasada en su formación, cosa que no quita que le vaya bárbaro en la carrera profesional y pública, porque ese hueco se lleva muy bien con todo lo que empuja en la sociedad –dijimos que era un montón– a desdeñar lo que pueden ofrecer de inteligibilidad el pasado. Lo cierto es que con esto algunos pierden mucho y otros no pierden casi nada. Para volver a 2001: en la nueva edición de la *Breve historia contemporánea de la Argentina* de Luis Alberto Romero, que sale poco antes de la agudización extrema de la crisis y del levantamiento de masas, se celebra la "normalidad electoral"

y la "salud excelente" de la que gozan los partidos políticos en el nuevo siglo, "a diferencia de los sindicatos". "El acto electoral es hoy una rutina, poco apasionante pero segura: nadie duda de la continuidad democrática, y cualquier respuesta alternativa –el golpe de Estado o la movilización revolucionaria– ha desaparecido del escenario." Hay una historia, la de Romero es su estandarte más fácil, que siempre está afectada por "déficit de historización". Pero, además, en este caso se ve mal asesorada por las evaluaciones que procedían de la ciencia política, en traducción llana e inmejorable. Es el pensamiento de una clase y el de un orden político, económico y social el que no se interesó por ver lo que ocurría fuera de los carriles que definían la normalidad alcanzada, con anteojeras cada estrechas. Y, ante esto, finalmente se llevaron una flor de sorpresa, un disgusto con el 2001, cuando "la crisis se abatió sobre el país". Ese verbo usa Marcos Novaro en un libro de 2002; Rinesi y Nardacchione señalan que tiene el significado del "rayo del cielo sereno". Se nos presenta, no obstante, otro problema: ¿cómo producir un conocimiento sobre lo social y sus luchas, sobre la política y sobre el pasado, que no quede subsumido en los límites que le imponen los discursos dominantes? En la universidad y fuera de ella. En la coyuntura de 2001 esto no ocurrió en la medida que necesitábamos que ocurriera, aun con el valor de lo que piensa y deja escrito el Colectivo Situaciones y con las huellas más o menos desperdigadas de esa inteligencia colectiva que rodeó al movimiento de masas. El contraste obligado es con el grupo Comuna de Bolivia, que nucleó desde finales de los años noventa a Álvaro García Linera, a Luis Tapia, a Raúl Prada y a Raquel Gutiérrez, entre otros. Y que, incluso con crédito académico, acompañó a las luchas sociales que se desplegaron en alza en ese país entre 2000 y 2005. Pensando con ellas, releyendo la historia en ese ritmo. Sin dudas obran en esta diferencia las maneras distintas de la trama social e institucional propias de un país y otro. Pero, a la par, no podemos sino pensar otra vez en los efectos de la derrota del '76 y de los balances equívocos, que fueron parte de la derrota. La ruptura entre pensamiento y acción, entre teoría y práctica, es un resultado política de la desbandada larga. En los meses finales de 2001, una de las revistas que leíamos con fruición quienes habíamos quedado bajo el signo apagado de la revolución, me refiero a *El ojo mocho*, tiene como conversación principal, a la que le dedica muchas páginas, la que sostiene con Jorge Asís, a propósito de su literatura. Asís, que será parte de lo repudiado por una de las vertientes de la movilización que se activó en diciembre de 2001, de hecho en marzo de 2002 lo escracharán en la calle Florida, cosa que informó *Clarín,* chupándose los dedos por la panzada, y con lujo de detalles; por ejemplo, la dirección en la que vivía. Puede ser

cierto que sea esto otra señal de la ruptura que nos preocupa, pero sólo sería justo pensarlo así si se evalúa también que lo que mantuvo vivo esa revista, lo que permitió acumular, tendría un papel fundamental a partir de 2003.

12. Nicolás Casullo, en su libro *Las cuestiones* de 2007, enfoca la escasísima o ninguna influencia que dejó el 2001 –"esa espontaneidad insurreccional autogestora y autónoma que regó las calles de Buenos Aires"– en el "campo intelectual". Por eso éste, transcurridos seis años y como si nada, vuelve a presentar posiciones "republicanas liberales" y otras, las que "reaparecieron", "populistas estatistas." Posiciones en desacuerdo, claro está, que reinterpretan viejas líneas del diagrama político e intelectual argentino; pero, planteada de este modo, la diferencia no invita a imaginar la ruptura que se producirá poco tiempo después, a partir de 2008, en su mismo seno. Ojalá que nunca volvamos a tener "campo intelectual". 2001 para Casullo está atado a una ciudad, Buenos Aires, y a una clase, la media; arrastra sus incoherencias que se reflejaron en ideas e intervenciones intelectuales que no fueron más que "un dislate posicional de patas muy cortas." Probablemente sea esta caracterización estrecha del 2001 lo que le impidió ver cuánto le debió esa "reaparición" de posicionamientos intelectuales "populistas estatistas" a lo ocurrido en esa situación que alcanzó su punto cúlmine en 2001, pero que fue mucho más que eso, que excedió a "las calles de Buenos Aires" sólo en última instancia sacudidas. Miguel Mazzeo marca en un artículo de 2013 esta lectura de Casullo, para discutir ese diagnóstico sobre un "campo intelectual" inconmovible por el 2001; perplejo ante la posibilidad de que esos sucesos –a los que, además, entiende de otra manera–, pudieran no tener herencia. Sin embargo, parece también convencido de que no hay punto de contacto entre lo que se agitó en el pensamiento que a su manera vistió a los levantamientos y lo que vino después. Una cosa es la nueva "generación intelectual" de 2001 y otra la de 2003 o la del Bicentenario. Apretada y paradójica intersección entre estas lecturas. Señala Mazzeo que el 2001 encerraba una "potencia y una promesa"; el tema es ponderar cómo no se jugaron por completo en un instante, sino que siguieron activas sobre un relieve cambiante y rugoso. Hasta dejar inscripto algo de ellas en el mismo Estado, aunque quedara escondida su procedencia. Pero el problema está ahí mismo, en la ausencia de una reflexión que se pregunte por la procedencia de la potencia que se puso en acto a partir del 25 de mayo de 2003. En México, quienes estaban en la revolución –la que estalló a fines de 1910, se transformó y volvió otra cosa, por momentos incluso irreconocible–, llamaban a toda la dinámica de masas, luchas y mutaciones, la bola. No fue magia.

13. En enero de 2006 estábamos apurados en el Ministerio de Educación de la Nación, terminando de preparar unos afiches sobre los 30 años del golpe de Estado de 1976, para que en los días previos al 24 de marzo entraran en cada una de las aulas del país. Sin pedir permiso del todo a las autoridades provinciales, confiando en acuerdos tácitos; de parte nuestra, me refiero a un equipo de tercera línea, con muy poca conciencia del rechazo que esto podía generar en zonas nada delgadas de la burocracia al frente de los ministerios, también en directores de escuelas, buscando el entendimiento con algunos docentes que, estábamos seguros, adivinarían la jugada. Eran parte los afiches de un plan más grande que comprendía actividades y encuentros con estudiantes y profesores durante todo el año. El tema es que a una compañera –o camarada– se le ocurrió reproducir en uno de ellos, en tamaño reducido, el antiafiche que Roberto Jacoby armó en 1969 sobre el Che Guevara: su imagen, ya icónica, acompañada por un epígrafe, casi un cartelón, que reza "Un guerrillero no muere para que se lo cuelgue en una pared". Reflejar las ideas que revoloteaban en la cabeza, y mucho más que en ella, de cantidad de estudiantes y jóvenes en los tiempos previos a la dictadura. Además con ese pliegue riesgoso y lúcido que sumaba Jacoby. De primera nos pareció la propuesta, hablo de nuevo del equipo. Nos conocíamos bien porque veníamos de la Universidad, casi siempre con experiencias truncas o por andariveles menores. Más algunos otros, los más jóvenes, que también habían tenido una reciente militancia en movimientos sociales y de derechos humanos. Ya estaba todo listo para la impresión, incluso me parece que se habían hecho algunas pruebas, cuando autoridades del ministerio nos hicieron saber que no era conveniente incluir esa imagen, que la sacáramos. Supongo que anticiparon que sería un revulsivo para muchos, tanto la inconfundible cara del Che, como la palabra guerrillero. En esa época *Clarín* no nos atacaba, *La Nación* sí, pero no era ése el tema, más serio. Conversamos y aunque no nos sentimos a gusto con la decisión, la aceptamos. Miento: un par de camaradas prefirió empezar a tomar distancia del proyecto, aunque siguió colaborando sin estar en el día a día. No fue una ruptura. No creímos que dejar de poner al Che en un afiche del Ministerio de Educación de la Nación fuera una agachada. Correcto era en función de dar cuenta de aquél "espíritu de época", pero en el presente no desnivelaba la balanza. Un guiño al vacío. Con ganas y convencidísimos –convenciéndonos más y más en cada encuentro con estudiantes y colegas–, llevamos adelante la tarea que nos habían propuesto, que también inventamos. Complicidades que surgieron por esos días siguen vivas en todo el país. Aunque es inevitable decir que incluso sin el Che, apenas con Elsa Bornemann, otro de los afiches, y otro más con la reproducción de una

pintura de Diana Dowek, en muchas escuelas nada de esto salió de la dirección. Quedó en paquetes sin desatar hasta el final de los tiempos. Fenómeno: Dowek logró burlarse de la censura y hasta recibió un premio del intendente Cacciatore; pero no pudo con el paladar reaccionario de una parte de los relativamente empobrecidos funcionarios a cargo del sistema educativo. Un compañero, aunque aún no lo llamábamos así, con una de las más altas responsabilidades en el Ministerio, probablemente tan entusiasmado como nosotros con esa versión primera del afiche, nos dijo algo así como que hacer política es aprender a comerse sapos. Debe ser de Jauretche. No cayó mal.

14. Menos mal que en los ochentas previos a Semana Santa funcionaban bien las mallas protectoras de lo que había quedado de la cultura revolucionaria, porque de habernos llegado la crónica que Martí escribió cuando murió Marx, se nos habría armado un despiole importante. A decir verdad, no nos eran ajenos los libros de Martí pero no los leíamos, expulsados por esa prosa llena de luces y retorcida. Sólo se sabía algún verso que venía con música; también lo de "viví en el monstruo, y le conozco las entrañas; y mi honda es la de David." Pero de habernos enterado del cuestionamiento a Marx que contiene esa crónica, sin escatimar esfuerzos descifrábamos de qué se trataba. "Espanta la tarea de echar a los hombres sobre los hombres." Pero algún filón de los que convergieron en los noventa hacía que echar hombres sobre hombres nos espantara a nosotros también, un sinsentido después de todo lo que había pasado. "Indigna el forzoso abestiamiento de unos hombres en provecho de otros. Mas se ha de hallar salida a la indignación, de modo que la bestia cese, sin que se desborde, y espante." En los primeros años en el Estado –¿a qué adivinan hasta cuándo?–, no sé si suscribíamos esto, pero estábamos muy cerca. La bestia, a lo sumo, no podía calmarse por lo que había sucedido durante la dictadura. Al presente no había por qué encabritarlo más de lo que ya, recién, había estado. "Karl Marx ha muerto. Como se puso del lado de los débiles, merece honor." Otro filón de los noventa nos hacía sospechar de lo que Martí por fin le reconoce a Marx, reconocimiento único y fundamental, la pasión y elección por los "débiles", pobres de la tierra. En el Estado, desde el primer día nos pareció que eso era una de las pocas cosas que justificaba que estuviéramos ahí. Lo decíamos incluso, lo tarareábamos, pero poniéndole freno a redentorismos.

15. Aún hoy está la información en la web, en el archivo de *La Nación*, que a las 19.30hs. de ese 19 de diciembre se presentaría en la librería Gandhi –avenida Corrientes, a seis o siete cuadras del Obelisco–, la reedición

del libro que Roberto Carri escribió en 1968, *Isidro Velázquez. Formas prerrevolucionarias de la violencia*. Horacio González, que escribe el prefacio, yEduardo Luis Duhalde, el postfacio, a cargo de la presentación. Se podría decir que era una situación menor, de capilla, casi subterránea, que rodea a un libro que sólo se había editado una vez, maldito e inhallable, con una foto en la tapa que perturba, y que esperó treinta y tres años para volver al mundo. También, de nuevo el destiempo o la imposibilidad de un presente homogéneo. Sin embargo, contra la impresión de que si en la cabeza te estaba dando vueltas Roberto Carri, entonces también, la carrera de sociología en los sesenta, un puntapié jacobino en la puerta del despacho del decano de la Facultad, el peronismo revolucionario o los acordes del chamamé que hacía escuchar a los compañeros en su casa y refería a las hazañas del bandolero Velázquez; si estabas con todo esto zumbándote –también con Asís en *El ojo mocho*–, muy difícil era que te sumaras a la movilización que esa noche desembocaría sobre la Plaza de Mayo. María Pia López cuenta en *Yo ya no* que de la presentación se fueron a la pizzería Guerrín, donde discutieron el significado de lo que estaba pasando. Y de ahí al Congreso. Pudimos –podemos– preguntar más: cómo fue la presentación, si estuvo Albertina, de qué manera se habló de los saqueos, si hubo golpes sobre las persianas metálicas de Ghandi que se habían bajado. Lo haremos. Reconstruir el itinerario entero de esa noche de Horacio González, con baches, interrogantes, estados de ánimo, idas y vueltas, sería hallar una pequeña pieza de gran ayuda. Como el camino de la bola de la revolución mexicana, después de un entierro prolongado, en su paso entre intelectuales y trabajadores de la cultura. Pasado y presente, contaminaciones y saltos. O: de la disposición a ser arrastrado a "la corriente principal de la vida".

16. Daniel James se desmarca de esa alta noción de la revolución, en pos de calibrar de la mejor forma los orígenes del peronismo. Se trata del escrito que pone el ojo en lo ocurrido el 17 y el 18 de octubre en Berisso y en La Plata. "Si las revoluciones son las grandes vacaciones que se toma la vida, las huelgas son las vacaciones del proletariado." Idea de una historiadora francesa que hace suya. Revoluciones y huelgas, todo confluye en "vacaciones". Incluso dilapidando, malgastando, consintiendo demás a los chicos, malcriándolos. Aunque se sepa que las vacaciones terminan. El artículo se publicó en 1987, muy a contramano de lo que estaban pensando sus pares académicos de estas playas, quienes, no obstante, le dieron un nuevo lugar en un libro que se lanzó en 1995, cuando el medio siglo de vida del peronismo parecía no entusiasmar a nadie.

17. Pino Solanas entra a la casa de un joven cura en un barrio del conurbano bonaerense. La película, *La dignidad de los nadies*, se estrenó en 2006, pero las imágenes sobre todo fueron tomadas en 2002. El tema de ese episodio es la corrupción y el narcotráfico en las villas, apañados por la policía. El cura está al frente entre quienes ofrecen resistencia a esa trama que amenaza a la vida de los vecinos humildes. Oficia misa en su casa que también funciona como centro de reuniones que motorizan tareas comunitarias. La voz en off, de Solanas, lo compara con el padre Mugica, es decir, acepta esa cita con el pasado, aunque al verse obligado a aclarar quién fue Mugica se contenta con poco, un eufemismo: "anduvo junto a su gente, protegiendo al indefenso hasta dar con la verdad." Pero no es esto lo que nos interesa. Sobre una pared de azulejos blancos, se ve bien, muy bien, una imagen de Evita, una de las clásicas fotografías. Nos faltaría confirmar, la memoria no lo retuvo, si tiene el pelo suelto o en rodete. Pero la cámara la ignora, no se detiene ni un segundo en ella; queda en cuadro pero en un borde, como al pasar, de casualidad. Para tomar la voz de esos "nadies" no es necesario, supone la película, abrir la pregunta por ese resto de pasado, y de peronismo, que los mira y que ellos miran. O para su dignidad. El cine de Solanas desde los ochenta deja de lado al peronismo como tema a pensar, activo en el presente. En contraste, claro está, con la alta presencia que había tenido en sus primeras películas. (Me dicen los compañeros que sí vuelve en el último documental y es Perón cerca del abrazo con Balbín). Nos faltó tiempo para ver una vez más *Sur*, estrenada en los primeros meses del '88; tiempo y ánimo, porque parece no tener conciencia la película de la bestial desazón que exuda, descorazonadora también por el pantano en el que se encuentra el pensamiento. Fiel a la hora. Tómese con pinzas lo que sigue: una escena retrocede en el tiempo y reproduce una asamblea obrera en el Frigorífico Lisandro de la Torre, cuando su ocupación en enero de 1959. Es muy difícil hablar de ese hecho sin pronunciar la palabra peronismo, pero se logra. El padre del protagonista principal, el tartamudo, es uno de los líderes; con dificultad para tomar la palabra en la asamblea, hace no obstante una referencia nítida a la tristeza que sobrevino a la derrota de esa lucha obrera, que se derrama y empalma con la otra, la del '76.

18. En mayo de 2007 se publica la primera parte de las memorias de Duhalde sobre su presidencia, *Memorias del incendio*, que abarcan los primeros cuatro meses de la gestión. Aunque el distanciamiento con Kirchner ya lleva un tiempo, no hay manifestaciones críticas sobre la política de su sucesor, sino más bien la reafirmación de que él fue el creador, el padre del modelo. Estiliza cantidad de cosas Duhalde, como no podría

ser de otra forma en el libro de un político que no quiere abandonar la carrera. No obstante, en relación con el campo están dichas las cuestiones fundamentales: "Mi convicción era que el campo arrastraría a toda la cadena productiva y que nos daría los dólares que necesitábamos para los graves problemas internos que atravesábamos." Proveer de dólares para paliar las urgencias sociales y desarrollar una política al respecto, cosa que se logra a través de las retenciones. Caracteriza a la medida como de "corte revolucionario" y reconoce que "fue resistida por algunas organizaciones del campo y aceptada por otras, pero en definitiva el conjunto entendió que era una medida de estricta justicia." En un contexto, aclara, en el que gracias a la pesificación y a la devaluación habían empezado a incrementarse sustancialmente sus ingresos. Más que la presión de las entidades del campo para zafar de las retenciones, Duhalde destaca la de quienes buscaban la dolarización de la economía y no llega a sugerir intersecciones. La segunda parte de estas memorias, que se anuncian desde las primeras páginas, estaban obligadas a tratar el asesinato de Kosteki y Santillán, así como probablemente, lo dudo, dijeran algo sobre la visita del poder ejecutivo, sólo a través de su secretario de Agricultura, a la exposición de la Sociedad Rural. Da toda la impresión de que tiene pensado cómo abordar la masacre del Puente Pueyrredón, pero fue el estallido del conflicto por la 125, con su escalada de movilizaciones y rupturas políticas, lo que las postergó para siempre.

19. Cuentan los metrodelegados, Beto Pianelli es uno de ellos, que la reivindicación que venía preocupando a los trabajadores del subte a finales de los noventa, la jornada de seis horas, la conquistaron por el miedo que se expandió a partir de 2001. *Crisis* recupera esto en su número de enero de 2011. Apenas habían movido el proyecto antes del estallido. "La situación se tornó bizarra cuando comenzaron a transitar los pasillos del legislativo, a comienzos del 2002. Cada diputado que visitaban los recibía con un pánico conmovedor: impactados por el 'que se vayan todos' se los veía en un estado de virtual *cagazo*." Visitantes indeseados que se pasean, cual invasores que no se saben tales, en un recinto que no les pertenece. Aunque nadie se atreve a cerrarles las puertas en la cara. Ablandados como estaban los legisladores, mucho más fácil que cómo lo habían imaginado se aprueba el proyecto, pero el jefe de Gobierno, Aníbal Ibarra, interpone su veto en septiembre de ese año. Claro, el asunto no terminó aquí, porque el fondo de miedo siguió haciendo de las suyas, asaltando la escena, volviendo maleable lo que no lo había sido.

20. Rafael Barrett: "Jamás ha mejorado su situación –la de los trabajadores– por el altruismo de los capitalistas, sino por su miedo." Es una conferencia que da en Paraguay, donde se hizo "bueno", seguramente en algún centro filoanarquista, a fines de la primera década del siglo XX. *La cuestión social* es su título. Esta idea, tantas veces desaprendida, que se erige como una esas conclusiones fundamentales de la experiencia de las clases desposeídas, está en la desembocadura de un argumento de Barrett que transita el tema de la violencia. "Eliminar la violencia es un quimérico ideal (...) Nuestro ideal no debe ser suprimir la violencia, sino juntarla con la justicia; desprenderla del pasado y vincularla al porvenir. Los trabajadores han experimentado la eficacia decisiva de la violencia." Aquí sigue con lo del miedo. Entre Paraguay y Argentina, Barrett aprendió que para ser bueno había que ser feroces. Pocas cosas más importantes que pensar y discutir sobre la violencia, ya no sólo en relación con el '76, sino con los noventa, con el 2001, con el kirchnerismo en el gobierno nacional y con la ofensiva macrista. La mutación del asunto en una época que postergó a las disciplinas; su persistencia bajo otras formas, cosa que nunca, menos aún ante este tema, es sólo formal. De unos a otros fierros, como decía Kirchner, pero el asunto desde hace tiempo superó la cuestión mediática, es mucho más que eso, rizomático como se gusta decir. Por una vez que a través de las redes se le encuentra algo que lastima a un político de derecha o a un empresario, miles de veces nos controlamos entre nosotros y ayudamos a que nada salga de la órbita correcta, de la horma que nos conforma. Además, la disparidad de fuerzas es pasmosa. Se complica más si ignoramos el tema sobre el que tanto se escribió durante el siglo XIX y el XX.

21. En septiembre de 2003, a más tardar en octubre, el titular del poder ejecutivo también recibe a los delegados de las líneas de subterráneos de Buenos Aires. Ellos venían de una nueva pulseada con Aníba Ibarra que, como no le había ganado a Macri en la primera vuelta para encarar un nuevo mandato en el gobierno de la ciudad, tenía que ir a ballotage. Los trabajadores del subte amenazaron con hacerle un paro que pondría en peligro el favor de los ciudadanos, los votos que precisaba. Ibarra da marcha atrás con el veto, acepta sin más vueltas la "declaración de insalubridad" y la jornada de seis horas. Es en ese contexto que se reúnen con Kirchner en la casa de gobierno. Pianelli cuenta que, al saludarlo, el presidente le dijo "a vos te conozco de la tele". A partir de ese entonces tuvieron línea directa con el ministro de Trabajo, con Tomada. Mucho se condensa en esta situación: la lucha de masas, el miedo de los políticos, la dinámica de las elecciones, la astucia del peronismo.

22. Menos mal que ningún agente estatal con todas las de la ley –argentino, brasilero, francés o universal–, vino a vernos a ese encuentro con estudiantes o a cualquier otro. Después de unos tropiezos con *Los Rubios* de Albertina Carri, y un intento que salió muy bien con el documental sobre Agustín Tosco *Grito de piedra* –Jujuy, julio de 2006–, decidimos trabajar, durante un momento de las jornadas que duraban dos días, con *Papá Iván* de María Inés Roqué. La mirada de una hija de un militante revolucionario, muerto en un enfrentamiento, además del valor que en sí mismo tenía, nos servía para calibrar el problema de las generaciones ante ese pasado. La de muchos del equipo –también de los profesores que concurrían al encuentro con sus estudiantes–, que más o menos coincidía con la de María Inés Roqué; y la de los más jóvenes, los futuros maestros. *Papá Iván,* por otra parte, plantea la tensión entre el camino que elige quien llegó a ser uno de los principales dirigentes montoneros y el de la madre de la directora, Azucena Rodríguez. Julio Roqué entiende que sólo la violencia podrá doblegar a las clases dominantes argentinas, para de esto modo hacer una nación definitivamente justa; Azucena Rodríguez, quizás con convicciones y prácticas no menos revolucionarias, no comparte ese camino. La película circula en ese desgarro. En el encuentro en particular al que nos referimos, fue en septiembre de 2006 y en el litoral, mientras los miembros del equipo llamábamos a apreciar esta tensión en lo que tiene de irresoluble, inclinándonos a valorar en especial la posición de Rodríguez, los y las estudiantes casi que nos acusaban de tibios. Es pequeño el ejemplo, es cierto, pero el desvío se potencia.

23. ¿Punto de bifurcación? En Bolivia se le han dado varias vueltas a esto que aquí usamos rápido y es un concepto prendido a otro, el de "empate catastrófico". De Gramsci y entiendo que introducido en esos pagos por Zavaleta Mercado, en particular lo hace trabajar Álvaro García Linera. Es el momento en el que la fuerza dirime la lucha por el poder político –desde las instancias más encumbradas y formales del Estado hasta la calle–, que hasta ese entonces se había paralizado en tablas. La página de la vicepresidencia de Bolivia subió el año pasado un escrito de quien ejerce esa función, *Tiempos salvajes. A cien años de la revolución soviética.* En Rusia el "punto de bifurcación" se produjo no en 1917, con la ocupación de las viejas estructuras estatales zaristas, sino durante la guerra civil que se extendió por un par de años. Al llegar a este asunto, el escrito de García Linera que perfilaba dedicado por entero a dar cuenta de la revolución soviética, hace una pausa e introduce una reflexión sobre la situación latinoamericana del momento, sobre "las revoluciones del siglo XXI". "Las viejas clases dominantes pueden perder la dirección cultural de la sociedad

por un tiempo, a la espera de retomar la iniciativa una vez que pase el 'torbellino social', mediante la propiedad de los medios de comunicación, las universidades y el peso de las creencias impresas durante décadas en las mentes de las personas." El imprescindible momento leninista o jacobino, el de la fuerza, les quita la chance de "retomar la iniciativa" e implica un decisivo paso para la revolución, en tanto la hace salir del engaño de creer que es suficiente con ocupar el gobierno y las instalaciones del Estado. Ésa es siempre su debilidad. Indica entonces: en Cuba fue la batalla de Playa Girón, tras la invasión de Bahía de Cochinos; en la revolución bolivariana de Venezuela, fue doblegar a las fuerzas conservadores que se manifestaron en el golpe de Estado de abril de 2002. En Chile, fue el golpe de Pinochet, o sea, la salida del "punto de bifurcación" puede ser contraria a las fuerzas revolucionarias. En Bolivia la batalla en cuestión se libró ante "el golpe de Estado cívico-prefectural" de septiembre de 2008. El indicador más seguro de que se ha pasado por tal trance es que "la fuerza derrotada entra en situación de desbande o de desorganización y, lo peor, de pérdida de fe en sí misma. No es que las clases sociales derrotadas desaparezcan; lo que desaparece, por un buen rato, es su organización, su fuerza moral, su propuesta de país ante la sociedad." Incluso pueden seguir siendo en términos económicos clases en "proceso de dominación", pero dejan de ser "sujeto político". En la Argentina, en 2008, el "punto de bifurcación" en su resolución daba toda la impresión de condenarnos nuevamente a nosotros a la derrota. Con las varillas en el lomo rojo nos dejaron pero no dieron el último paso, confiados en exceso y con diferencias que no terminaban de saldar, también arrastrando la debilidad política de 2001 que no lograban superar. ¿Tuvimos nuestro momento jacobino? ¿Alcanzamos en algún momento a desactivarlos como sujeto político? ¿Lo de 2010 y 2011 fue eso?

24. Nuevamente *Los lentes de Víctor Hugo*, su prólogo. Porque en esas páginas publicadas en 2007, Eduardo Rinesi y Gabriel Nardacchione señalan que en la refundación de la ciencia política en los primeros años de la postdictadura, al reducir sus inquietudes al régimen político, no sólo pierde de vista a los sujetos sociales, sino también y sobre todo al Estado. "Con esta redefinición de su campo de intereses la ciencia política argentina abandonaba el gran objeto de sus preocupaciones durante los últimos años '60 y los primeros '70: el Estado". Inmediatamente después de que desde el Estado se produjera terrorismo –si es que hay un después de esto–, la disciplina en cuestión no mira más al Estado. Es la postdictadura que habla a través de esta redefinición. El vacío que esto produjo, más aún porque no hubo otra usina de pensamiento al respecto

que reemplazara a la académica, fue alevoso y lo heredamos. Es decir, lo que en este prólogo se detecta no sólo obra al interior de un campo académico de conocimiento, sino que se transforma en parte de nuestra condición política. Un Aquiles que nunca llegó a ser tal pero que tenía varios talones. Sin teoría –también sin historia– que pensara lo que fue el Estado durante los años de la dictadura; sin teoría que buscara dilucidar cuánto había quedado en pie de su momento terrorista luego de lo que se vive como un "derrumbe" tras la derrota en la guerra de Malvinas; también entonces durante el gobierno de Alfonsín y hasta el 2001 –a nivel nacional, pero también en las provincias y municipios–; sin buscar una más correcta caracterización de lo que significó su vaciamiento y reestructuración durante los años del menemismo; sin nada de eso –en una de ésas gracias a que no contábamos con eso–, ocupamos puestos en la gestión del Estado a partir de mediados de 2003. La ausencia, apenas advertida, no ayudó a que entendiéramos mejor qué estábamos haciendo.

25. "Cumpa: hoy, por Perón, mové un centímetro ese expediente que duerme." Sergio Raimondi recuerda a mediados de 2013 este *tweet* que Martín Rodríguez mandó para un 17 de octubre. Contra toda épica. Es en una entrevista que la revista *Mancilla* le hace a quien fuera coordinador del Museo del Puerto de Ingeniero White y en ese entonces dirige el área de cultura de la municipalidad de Bahía Blanca: "Hoy, hacer (no digo rehacer porque no creo que haya que rehacer un Estado que ya haya existido), hoy hacer el Estado es en sí mismo una gran consigna. Sin duda una consigna llena de interrogantes." Se le ocurre tanto o más importante que "producir sociedad con el Estado." Indisociables. Especula Raimondi que tal vez se pueda ver en *Poesía civil*, el libro fundamental que publicó en 2001, "una demanda por un tipo de Estado que entonces no existía." Digamos lo obvio: puede ser pero también vale entender esta apreciación como efecto del lugar protagónico y también imprevisto que pasó a jugar el Estado a partir de 2003, más inquieto por motorizar expedientes –o, digamos, levantar escuelas– que utopías. Por otra parte, *Poesía civil* disuena porque es piadoso con los restos de la civilización industrial y con las vidas que arrastra en su derrumbe, pero no con el pensamiento argentino; los sigue mordiendo a Sarmiento y a Martínez Estrada cuando ya casi no quedaba rabia. Le preguntan cómo definiría al kirchnerismo: "es en principio una acumulación inédita de experiencias de lo público como institución." En línea con su libro de 2001, todo es antiidealismo –por eso no hay línea que escriba que nos sea indiferente–, menos la valoración del Estado. (Por esos años, pero con Chávez aún vivo, dice un integrante de un colectivo de *hip hop* de esas latitudes: "Podemos estar en un estado revolucionario

pero el Estado es una vaina que no la inventó la revolución. Esa vaina la inventaron otros, son estructuras totalmente verticales y la revolución aún no ha podido romper su dinámica." Concluye: "Nosotros vemos al Comandante como al líder de un proceso, pero al mismo tiempo lo vemos como un infiltrado en el Estado. Chávez es uno de nuestra clase que se ha infiltrado en una estructura arrechísima que va a buscar ahorcarlo de aquí en adelante.") Absorbido por la escritura de la parte que le toca de la "prosa administrativa" del Estado, Raimondi sin embargo se pregunta por la poesía a escribir cuando el Estado pasó a ser parte de la perspectiva, de lo realmente existente. "Es que esta última década de kirchnerismo con su avance en términos de Estado supone varias complicaciones para una tradición poética reciente que, o bien se configuró desde la transición entre la dictadura y la recuperación democrática, o bien desde el vaciamiento categórico de lo público. ¿Qué hacer? Ja ¿Qué hace hoy la poesía con esta década?" En verdad la pregunta podría exportarse a la escritura sin más, como si la prosa del Estado reencontrado hubiera puesto a la escritura ante su freno. O lo hubiera dejado en una situación indecisa, sin forma. No obstante, su poema *Foucault, Michel* es una respuesta. Lo leímos en Gualeguaychú, en una de esas escuelas palacios de los ganados y las mieses, repleta de futuros maestros. Risas y hasta aplausos. Pero lo volvemos a leer, lo seguiremos haciendo una y otra vez, y nos gana la impresión de que otro Foucault, no el de esa recepción antiautoritaria argentina, es indispensable. Martín Rodríguez había escrito en 2012 *Ministerio de desarrollo social*. (Estaba convencido que era posterior, de 2014.) Se lee: "Son las siete de la mañana de un día ordinario y hay un soplido en el/ aire que arrastra el polvo del día anterior. No pasó nada. Pasó de todo.// Los expedientes se m o v i e r o n sólo un paso más." La poesía posible de esa hora. "El que ama al Estado se ama a sí mismo./ El que ama al Estado ama a cada uno de los gusanos que componen al magnánimo Estado.// El que ama al Estado se odia a sí mismo./ El que ama al Estado odia a cada uno de los gusanos que componen al magnánimo Estado." Rodríguez todavía trabajaba en la Televisión Pública, lo dice la memoria compartida y menos mal que lo confirma el mismo libro en la solapa. El tedio no es el tema, ni la burocracia que no se soporta, tampoco el autoritarismo; sino el sacrificio en una monotonía de abrazos pobres que no alcanzan para hacer nacer lo nuevo, ya que es sólo lo viejo lo que renace. "De casa al barrio y del barrio a casa.// En el mp3 de la trabajadora social suena 'Soy feliz'. Ella siente que cuando llega al barrio el barrio se/ enciende. Lo que era blanco y negro se vuelve color.// De casa al barrio y del barrio a casa.// Ascenso y descenso en el premetro.// Pero no garchan nunca." Es ese ministerio pero es el Estado post2011 vuelto poesía. ¿Me equivoco o

hay en *Ministerio de desarrollo social,* en la trabajadora o en el trabajador social con pasado seminarista, una posición tan necesaria como insufrible, que huele a tumba? Comentaba Rinesi que para abocarnos a pensar el Estado y nuestra situación en él podríamos poner en contrapunto al libro de Ignacio Lewkowicz y *Habitar el Estado* de Sebastián Abad y Mariana Cantarelli. Agrego lo de Raimondi y Rodríguez, y al militante del colectivo de *hip hop* venezolano. A destiempo, claro, como suele sucedernos.

26. "Nosotros antes vivíamos en una casa de dos ambientes que alquilábamos entre tres. Era para lo que nos alcanzaba. Íbamos caminando desde Mataderos a Virreyes. Yo laburaba ahí, pero Manuel y Virginia que trabajaban en la línea A daban toda la vuelta. Hoy tenemos auto y un buen nivel de consumo. Cambió sustancialmente nuestras vidas." Dice esto Beto Pianelli, militante trotskista en los ochenta. Son tan vehementes, él y Manuel Compañez, otro de los metrodelegados que conversan con *Crisis,* que Mario Santucho escribe: "Los dos coinciden en algo: los trabajadores del subterráneo de Buenos Aires están sin ninguna duda entre los ganadores del actual modelo." Estamos a finales de 2010, pegados a las muertes de Mariano Ferreyra y de Néstor Kirchner. El ánimo, no obstante, es por afano optimista, se lee en cada línea. Sin embargo, Compañez arma un problema que en ese entonces no trajo cola pero es parte de lo que hoy estamos pensando. Subraya la novedad del kirchnerismo en relación con los noventa capturados por la desocupación, los bajos salarios y la "imposibilidad de desplegar proyectos personales". "Pero en esos años la ideología que sostiene al sistema capitalista estaba siendo socavada. Experiencias como las del Club del Trueque, los piquetes de ruta por todo el país, las fábricas recuperadas, las asambleas populares generaban un pensamiento muy importante sobe la posibilidad de vivir de otra forma. El gran trabajo que hizo Kirchner fue recrear la conciencia de que en el capitalismo se puede vivir, reconstruir la ideología de que uno trabajando, intercambiando, comprando y vendiendo, puede vivir feliz. Nos inculcó entonces que la falla no es del sistema sino de determinados políticos." De la primera a la última página es de gran ayuda este número de *Crisis*. No se nos pasó por la cabeza escribir aunque más no fuera una carta al correo de lectores para discutir con este compañero. Quedan pocas revistas y las que quedan, me parece, no tienen correo de lectores. Entablar una conversación alrededor del legado del kirchnerismo, acerca de qué fue lo que nos "inculcó" y no se desvaneció; y pervive hoy en 2018. Como lo plantea el compañero a fines de 2010, esto se encuentra entre lo que nos desfibró.

27. *Tekoporá* se leyó con letras grandes en el frente del Museo Nacional de Bellas Artes entre julio y septiembre de 2015. Fue el nombre de una muestra de arte de Paraguay: figuras coloniales de santos en las que se cuela la mano indígena, Cristos esculpidos en talleres franciscanos, grabados sobre madera del periódico de trinchera *Cabichuí*, los personajes de Nuñez Soler, bancos con formas de animales del monte, coronas de plumas. Casi todas son piezas del Museo del Barro de Asunción; Ticio Escobar y Roberto Amigo son los curadores. En esa zona de Buenos Aires en donde Paraguay es sinónimo de albañil o de sirvienta –en la mitad de Buenos Aires es así–, el vecino atento se apercibe de la moderada invasión sobre un recinto de musas. No creo que hayamos perdido ni un voto por *Tekoporá* en el Museo Nacional de Bellas Artes, ya todo estaba jugado, pero en la microfísica del odio al kirchnerismo quizás esto ocupe un lugar. Lo que es seguro es que es una rareza, una excepción en la historia de ese museo. Para lamentar que no hayamos hecho un plan sistemático de visitas multitudinarias de compañeros paraguayos con toda la prole. Aunque esté difícil apuntalar otra forma de vida, *Tekoporá* entre nosotros fue una incisión que no nos dimos cuenta de hacer explotar.

28. "La decadencia del estado-nación y el final de los derechos del hombre" no es el título de un libelo de ultraizquierda, sino de un capítulo de *Los orígenes del totalitarismo* de Hannah Arendt publicado en 1951. El nudo del problema lo ubica en entreguerras, con el derrumbe de los imperios por efecto de la derrota y la revolución, y el desparramo de una vasta población a la que, sin ciudadanía, no se le reconocen sus derechos humanos, ésos que se consideraban inalienables. Sin abrigo político estatal, cientos de miles europeos en la mismísima Europa pasaron a ser "la escoria de la tierra". "El mismo término de 'derechos humanos' se convirtió para todos los implicados, víctimas, perseguidores, observadores, en prueba de un idealismo sin esperanza o de hipocresía endeble y estúpida." Desde un vamos, agosto de 1789, estado-nación, ciudadanía y derechos son términos inseparables, que se precisan con urgencia, y esa cadena es la que se rompe con las migraciones masivas de entreguerras. Reitero: en Europa. Judith Butler retoma esto en la situación del mundo post 2001; es un diálogo con Gayatri Spivak, de 2006, que se publicó como *¿Quién le canta al estado-nación?* La globalización y sus flujos económicos es lo que excede a los estado-nación, también con nuevas oleadas de inmigración masiva. ¿Qué queda entonces de los derechos? No lo dice ella pero, podríamos añadir, después de la forma de "bienestar" de esos estados. En el ya no tan nuevo paisaje, los sin-estado no dejan de multiplicarse. Por estos pagos la condición extendidísima en los noventa era ésta y no

otra. Me quedo corto apuntando sólo a esa década y no sólo porque calza justo referirse a la Ley de Residencia de 1902. El "Estado aparente" que propone Zavaleta Mercado para Bolivia es la condición de los sin-estado. Señala Butler que la preocupación de Arendt era determinar si los derechos humanos alguna vez protegieron a alguien. Concluye por el lado de la ineficacia y debilidad de ese discurso. Sin un poder político que los sostenga. Refuerza Butler que el estado, bien lo sabemos nosotros, puede producir pero también puede destruir vínculo. Generosa, expone los argumentos de Arendt, incluso los actualiza, pero no le quiere dar por completo la razón. "Arendt teorizó la condición de los sin-estado, pero no pudo pensar el deseo de ciudadanía." Es cierto, se impone la negatividad en ese capítulo de *Los orígenes del totalitarismo*, no hay propuesta que se ponga de pie. En el terreno de la ciudadanía establece la puja Butler y se entusiasma con los migrantes que sacan por esos días de las casillas a Bush al cantar el himno norteamericano en español. En cualquier idioma tal cosa no nos gusta, menos en español. La escena sabe a derrota prolongadísima, a esfuerzo desesperado por integrarse al imperio. El kirchnerismo, a contramano de una época larga –más larga aún para nuestro continente–, repuso al estado-nación. Arendt: "Las condiciones del poder moderno (...) hacen de la soberanía nacional una burla excepto por lo que se refiere a los estados gigantescos..." Y no hay dudas de que en todas las esferas, incluso y fundamentalmente en la económica, de 2003 a 2015 se persiguió y se sostuvo esa soberanía. La pérdida de soberanía nacional afecta de manera directa la capacidad de un estado-nación para asegurar derechos. Por lo visto, no obstante, seguiremos moviéndonos en esa arena, ahora en una lógica de demanda al borde de la desesperación –eso fue diciembre de 2017– que se pretenderá desoír. En este sentido, sigue siendo una situación extraordinaria. Detectar cuándo satura o debilita, cuándo el lenguaje y las búsquedas políticas tienen que tomar otra dirección.

29. En una de las poesías de *Metal pesado* de 1999, Alejandro Rubio imagina a un conferenciante desesperado que grita por la "Historia", por "la flecha de la Historia." "Algunos entre el público/ saludan con los dedos en V./ Pero ya quedó demostrado/ que la flecha no se mueve." De eso también nos libraron los noventa, de la Historia y sus obligaciones. "Si la historia está relajada/ más vale relajarse." Por eso otro personaje que aparece en la poesía de Rubio, "Esculapio", se la pasa viendo partidos de futbol italiano por cable. Pero la liberación que tal cosa supone se pone en duda con "Teodosio", que sin las obligaciones de la flecha de la Historia, "deambula por la noche con un par de tenazas/ y les arranca los penes a los machitos

que aprietan / en el rincón más oscuro de la placita." Los guarda en formol y los muestra a sus visitas. Su preferido parece ser el del 17 de octubre de 1989.

30. Ya sin bozal, Darío Sztajnszrajber, extrema el asunto. O: sin las restricciones al que el kirchnerismo lo obligaba, le pone más palabras a lo que venía haciendo. "El aula tradicional, para decirlo en términos nietzcheanos, ha muerto." Es una entrevista que le hacen, a él y a Felipe Pigna, en *Página/12*, octubre de 2017, a propósito del espectáculo que animan –se aclara que prefieren llamarlo "conversatorio"– *Preguntas de la Historia y la Filosofía: amor, muerte, religión y poder*; y el periodista no sólo no los contradice ni un poquito, sino que les prepara el terreno para que se luzcan. Sigue Sztajnszrajber: "Creo que enseñar hoy contenidos en un aula es una pérdida de tiempo, porque los pibes los tienen disponibles en plataformas que antes no existían." La escuela, sus autoridades pero más aún el aula, es el blanco de sus ataques, sin competencia. El aula ha muerto, viva el espectáculo que hacemos en el Konex y en todo el país, a teatro lleno. Es cierto que las pantallas de la televisión se han angostado, pero esto no los trauma, pues el espectáculo se da maña para salir de aprietos y seguir vivo. En cuanto a los contenidos del espectáculo, nada de lo que aquí comentan tiene una pizca siquiera de novedad: que los próceres tenían relaciones sexuales, que la identidad es una metáfora, que nos ata a lo mismo, a Patria que viene de padre y Nación que viene de nacer...; lo que no hace más que evidenciar que el tema es festejar las bondades del dispositivo en el que se han montado, ahora con la posibilidad de bastardear sin culpa al otro, al anticuado, que viene cobrando duro y parejo desde que asumió el macrismo. "Una vez, cuando era profesor de secundario, quise llevar a los alumnos a caminar, emulando las caminatas que hacía Aristóteles, pero siempre tenía una autoridad que te decía: 'vuelva al aula, esto no es joda'." ¡Cómo Merli! Lástima que no se le ocurrió contarlo antes. La "deserotizada" escuela no deja hacer, pero *Netflix* sí. Una vez que nuestra articulación –dificultosa, fallada– cayó, la cuestión de lo que hace el espectáculo con la historia y la filosofía se revela en esta nota con claridad gracias a la inocencia del periodista: "Moviéndose en una multiplataforma (libros, medios, charlas), ambos hicieron de la Historia y la Filosofía objetos de consumo masivo pero saludable." También se puede ver lo que apuntala y al sujeto que anula.

31. Interesa una observación que hace Serge Daney, el crítico de *Cahiers du Cinema* y de *Liberation*: mientras que el cine se dirige a sujetos y ayuda

a que se constituyan, a lo sumo "la televisión podría contribuir a reforzar al ciudadano". Dice esto en 1991, después de haberse zambullido en los ochenta en la televisión, suponiendo que por prejuicio de alta cultura se perdía de algo fundamental. Hoy, él mismo lo anticipa, podríamos variar televisión por lo "'visual' que no tiene contraplano, no le falta nada, es algo circular, cerrado". Pero lo que da ganas de seguir pensando es el tema de la relación entre cada uno de esos discursos y el "ente", que en un caso puede devenir sujeto y en otro sólo ciudadano. O consumidor. No nos interesa, a Daney tampoco, la pureza de posiciones, por lo tanto no queda más que correr riesgos, como los que corrimos, y apostar. Que no hayamos tenido durante el kirchnerismo un símil de lo que fue *Las aguas bajan turbias* para el peronismo o *Juan Moreira* para el '73, no obedece a una sencilla cuestión de voluntad. ¿*Insurgentes* de Jorge Sanjinés responde en Bolivia a esta necesidad? No nos convence, entre otras cosas porque ya nada para el cine, y para el sujeto, será igual. Por lo menos por un rato. Mientras tanto, hagámosle lugar a una consideración de un compañero venezolano, Reinaldo Iturriza. Señala en 2008 que el principal flanco débil de los medios oficiales de por allá es ese incomprensible empeño en marcar distancia de la estética popular, barrial, urbana, que es donde habita la inmensa mayoría de los nuestros. Pasar todo por la pasteurización que ofrece la estética de clase media, hecha también por un tipo de recepción de la crítica a la cultura de masas que, no obstante, se hace cargo de los medios masivos. "La noche del 3 de diciembre de 2006 ningún militante festejó tan alegre y ruidosamente la victoria de Chávez como los cincuenta adolescentes que se instalaron a bailar reguetón frente a la esquina de Carmelitas, en la Avenida Urdaneta. Pero eso jamás aparecerá por televisión." ¿Cómo hacer las cosas para que en nuestros próximos festejos se vuelvan visibles las imágenes más inconvenientes, más sucias, más alejadas de la corrección estética, y de clase, de la BBC?

Durante el mes de junio de 2018
en los **Talleres Gráficos Elías Porter**
se terminaron de imprimir 1.000 ejemplares de

Sublunar.
Entre el kirchnerismo y la revolución
de Javier Trímboli.